

CURSOS y CONFERENCIAS

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

SUMARIO



María Rosa LIDA. — Helena en los Poemas Homéricos.

Julio E. PAYRO. — La pintura del 1900 a nuestros días. I.

Alfredo POVIÑA. — Teorías Revolucionarias. III.

Miguel FERNANDEZ. — La teoría de la descendencia y la Biología actual, en especial la Genética. VI.

Angel VASSALLO. — Cuatro lecciones sobre Metafísica. II.

Alberto HUEYO. — La Política Financiera Argentina desde el 20 de Febrero de 1932 al 20 de Julio de 1933: II.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO VI

NUM. 2

VOLUMEN XI

MAYO
1937

DESPLEGADO

CANGALLO 1372
BUENOS AIRES

Colegio Libre de Estudios Superiores

BELGRANO 1732 - U. T. 38 - 2432

Sección:

Cursos de Especialización

\$ 2.— por curso completo.



Sección:

Cursos de Información Cultural

\$ 2.— por curso completo.



Sección:

Cursos de Seminario

\$ 2.— por curso completo.



Sección:

Información Crítica de

Actualidad

\$ 0.50 por conferencia.



CLAUDE MONET

Maestro del Impresionismo (1840 - 1926).

Helena en los Poemas Homéricos

Por MARIA ROSA LIDA

Nada subraya mejor la divergencia entre los dos poemas homéricos que el hecho de que, al pasar de la *Iliada* a la *Odisea*, Helena y Menelao se hayan convertido en personajes de comedia. El cambio es un argumento más en apoyo del admirable paralelo del Tratado de "Longino" que culmina en el juicio: "La *Odisea* es una comedia de costumbres". (1). Pero contra lo que creía el Tratado, el contenido esencial de la *Odisea* no deriva de la *Iliada*. Esta procede de los cantos con que la nobleza aquea celebraba las glorias de sus antepasados; nace en verso; la fijeza de su estilo y de su lenguaje deriva de su carácter religioso y patriótico. Jamás tuvo la *Odisea* tal valor nacional; su origen no es la conmemoración heroica sino el cuento popular que, al aspirar a rango literario, hubo de verterse por fuerza en el único troquel existente, el épico. La disparidad entre el motivo arcaico y plebeyo por una parte, y el estilo de la tardía epopeya cortesana por la otra, es lo que hace sentir la dicción de la *Odisea* como un aderezo poco sincero, como

(1) IX, 11-14. La opinión ingenua de toda la antigüedad afirma como "Longino" la superioridad del poema más antiguo: de Alejandro Magno cuenta Dion que sabía de memoria toda la *Iliada* pero tan sólo partes de la *Odisea*. La crítica moralizante de cínicos y estoicos invierte la apreciación, pues la *Iliada* es repertorio de ejemplos vitandos en tanto que la *Odisea* ostenta preformada la figura arquetípica del "sabio"; cf. Horacio, *Epístolas*, I 2, vv. 1-22. Entre los modernos la conciencia de la inferioridad de la *Odisea* con respecto

“un griego de anticuario que desafía toda traducción honrada” (E. T. Lawrence). Y es lo que invita a abandonar la postura épica y a presentar en un relato a la moderna los temas populares que constituyen el poema (S. Butler). Es absurdo, luego, confeccionar una biografía “homérica” de Helena sumando la versión de la *Iliada* y la de la *Odisea*: por ser epopeya pensada toda en una misma clave altísima, la *Iliada* exalta con su simpatía la figura de Helena, en tanto que la *Odisea* la hace oscilar en el vaivén con que bordea los altibajos de la realidad.

Cuatro veces aparece Helena en los dieciséis millares de hexámetros que componen la *Iliada*. La primera (III, vv. 121 y ss.) descubre el esplendor de su belleza y bosqueja en contraste las sombras de su alma, acentuadas amargamente en la segunda escena (III, vv. 382 y ss.). El canto VI, a manera de pausa entre los combates que le preceden y le siguen, presenta la guerra reflejada en los interiores de Troya; en uno de ellos, Helena, motivo de su destrucción, recibe a Héctor, el “defensor”. Y ante su cadáver, para recordar la bondad del héroe que nunca le ha dirigido un reproche, aparece por última vez Helena, aborrecida y sola. Estas cuatro presencias, distribuídas como cuatro grandes motivos musicales, se hallan anunciadas y enlazadas entre sí con delicada simetría por

a la *Iliada* —en cuanto la actitud cómica, negadora, destructora, es inferior a la trágica, afirmativa, constructiva— es lo que ha movido a descubrir en ella, como por compensación, el mérito de su plan. Aristóteles, en el pasaje de que indudablemente partió “Longino”, había señalado la diferente técnica narrativa: “La *Iliada* es poema simple y lleno de pathos; la *Odisea* es de enredo —converge toda a la anagnórisis— y es costumbrista” (Poética, XXIV,3). Precisamente lo esencial del cuento como técnica de narración es el anudar la intriga y mantener creciente la tensión a medida que se acerca el desenlace: a esto responde el recurso folletinesco de dejar en suspenso la solución de un episodio, la emboscada de los pretendientes, por ejemplo, planeada en el libro IV y resuelta en el XVI; la novela de Jenofonte de Éfeso, también de origen folklórico, repetirá este expediente hasta el mareo. Aristóteles no fué más allá del simple paralelo: argüir del plan de la *Odisea* la superioridad de esta epopeya sería desatino no menor que poner a Menandro por encima de Esquilo. La *Odisea* es ciertamente la novela europea más antigua, pero no por su argumento, peripecias y anagnórisis, sino por su enfoque integral de la sociedad y de la vida, por reunir en la misma trama a Nausícaa, “niña irreprochable” a cuya perfección no volvió a llegar la novela griega, y a Eumeo, “divino porquerizo”, —y en la disonancia de epíteto y oficio se retrata el choque entre el mundo de la *Iliada* y el de la *Odisea*.

un juego sabio y complejo de alusiones y recuerdos. Así la querrela de Agamenón y Aquiles por Briseida es una variación de la gran querrela entre París y Menelao por Helena, de la cual es episodio la Cólera, y por boca de Aquiles el poeta evocará a Helena en cada recodo de la acción. A ella apunta, por ejemplo, el eficaz plural retórico con que el héroe deplora su sujeción al Atrida:

Muchas noches insomnes y muchos días de sangre pasaba yo combatiendo por sus mujeres... (IX, 325-327).

Más adelante repetirá con el énfasis sobreañadido de la pregunta lo que en la Querrela había enrostrado a Agamenón:

¿Por qué hemos de combatir los argivos con los troyanos?
¿Por qué reunió el Atrida la hueste y la trajo aquí? ¿No es acaso por Helena, la de hermosa cabellera?... (XI, 337-339).

Finalmente, en el momento de entregar su vida para vengar la muerte del compañero de armas, Aquiles trae a la memoria el desamparo en que queda Grecia mientras sus hombres luchan en tierra extraña por Helena, "la que hace estremecer" (XIX, 325); y al reemplazar la cortesía épica por un elemental ingrediente de lo divino, el temor, agiganta en el nuevo mito la beldad de la heroína.

En la *Iliada*, quien por primera vez pronuncia el nombre de Helena (II, 161) es Hera, la diosa siniestra a los troyanos, la que derramó sudor y fatigó sus caballos para reunir a los dánaos, y la que impide se dispersen

y abandonen a Príamo y a sus hijos, cual materia de ufanía a la argiva Helena por quien muchos aqueos perecieron en Troya, lejos de la tierra de sus padres.

Es visible tras estos versos la relación casual: ¿cómo no será gran alarde la posesión de Helena si tantos aqueos han muerto por ella?

Fools on both sides! Helen must needs be fair
when with your blood you daily paint her thus!

comenta sarcástico Troilo. El planteo idealista, subjetivo, no es casual: también el honor es en Homero cosa puesta en la opinión de los hombres (dos veces, en el canto VI y en el XXII, lo dice expresamente Héctor); el poema de la Cólera, libro heroico del honor, reduce a convención subjetiva la otra coordenada de la epopeya, el valor de Helena: para el "humanismo" homérico las

cosas no tienen otra realidad fuera de la que les presta la mente que las piensa.

Es obvio que en la *Iliada*, al décimo año de la guerra de Troya, no están lógicamente motivados ni el Catálogo de las naves ni el combate singular entre Menelao y París, con su episodio, la escena del muro. Y pues no hay razón de suponer que Homero fuera menos sensible que el crítico moderno a las incongruencias del plan, se habrá de admitir que acogió el combate singular porque le interesaba ante todo presentar a los dos rivales, fundar en la apreciación de ambos la personalidad de Helena —cómo reacciona ella ante los que la rodean: la escena de los ancianos dirá cómo reaccionan los demás ante ella— y subrayar en la ligereza de París y en la traición de Pándaro las culpas de los troyanos.

Cerrada la primera parte del marco estático (libros I, II, - XXIII, XXIV) que encuadra la serie de batallas en la *Iliada*, marchan al encuentro los dos ejércitos, el del poeta en silencio, y siempre ruidosamente el extranjero ya sea troyano o sarraceno, y al quedar enfrentadas las huestes,

en las primeras filas de los troyanos se hallaba Alejandro, semejante a un dios.

El epíteto, que sólo alude al parecido físico, está repetido seis veces en este canto, y otras tanto el título "caro a Ares" certifica en elocuente contraste la bravura de Menelao. Cubierto de su gracioso y no helénico arreo. París provoca a los más aguerridos, pero cuando su rival recoge el reto, en cómico anticlímax retrocede aterrado a refugiarse "entre la muchedumbre" y no ya en las primeras filas en que se había pavoneado al comienzo. Tal actitud provoca una prolija reconvención por parte de Héctor y no parece sino que, mientras dura, París ha ido recobrando su habitual aplomo, pues se ofrece con irreflexiva temeridad a decidir la guerra combatiendo cuerpo a cuerpo con Menelao: el procedimiento había de parecer "bárbaro" en su exceso individualista al griego de edades posteriores, que se siente ante todo miembro de una comunidad. Hay en la *Iliada* más de un rasgo que hace suponer que en una versión prehomérica París haya sido el héroe de Troya —el raptor debía ser capaz de la defensa— y él es todavía quien dará muerte a Aquiles. Pero el autor de una acción vergonzosa no podía

ser en la épica caballeresca el héroe máximo de la ciudad: ha asumido tal papel Héctor ("=mantenedor, defensor") título común a todo héroe patrono; el nombre es lo que fijó como base del carácter del héroe el valor militar y el valor moral, que es su consecuencia en el modo de pensar caballeresco. Paris, degradado, forma con Héctor un arquetipo frecuente en todas las épicas, el de los hermanos diferentes, como Anfión y Zeto. También Menelao sufre el papel de hermano menor (1). Ágamenón le confía pequeños recados (X, 53 y ss.), cuida solícitamente de él (IV, 160; VI, 55; XI, 138 y ss.) y conoce muy bien su poquedad (VII, 107 y ss.; X, 234 y ss.). La figura de segundón se agrava en él porque le empequeñece el contacto con Helena y porque, para nuestra estética, más conservadora que nuestra moral, la víctima es risible y el victimario no. El poeta le ha dado más tesón que gracia divina, y antes que el arrojado espontáneo de Diomedes o Ajax, le ha concedido la bravura que nace del pundonor exacerbado y de la persuasión íntima de que el menosprecio en que se le tiene es a la postre justificado (XVII, 91, y ss. 586 y ss. cf. v. 26 y XXIII, 606 y ss.). Pero en este pasaje del libro III, preludio de las palabras de Helena que sólo recordará de él su honrada hombría, está favorablemente presentado: airado y resuelto aunque siempre sobrado de sentencias y aforismos triviales (recuérdese su virtuosa moderación ante la jactancia, tan homérica, de Euforbo y ante la regocijada fullería de Antíloco en los juegos fúnebres en honor de Patroclo).

En tanto se apresta el ritual del juramento, Iris penetra en el tranquilo interior de Troya en busca de Helena, a quien encuentra labrando en ancha tela —un cuadro dentro de otro cuadro— los trabajos que arrostran por ella aqueos y troyanos, y la invita a presenciar el combate que decidirá su destino; la invitación es característica de los dioses principescamente ociosos de la epopeya cortesana que, desde los miradores del cielo asisten, por ejemplo, al espectáculo de la agonía de Héctor (XXII, 158 y ss.):

Valeroso era el que huía y mucho más valeroso el que le

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) La gran querrela que separa a los Atridas después del saco de Troya (Odisea, III, 136) parece indicar que este tipo es variante de otro más arraigado todavía, el de los hermanos enemigos: Caín-Abel, Jacob-Esaú, Eteocles-Polinices.

perseguía veloz, pues no se disputaban una res o un cuero de buey —que entre los hombres son los premios del correr— sino la vida de Héctor, domador de caballos... Tres veces rodearon con sus rápidos pies la ciudad de Príamo, y todos los dioses miraban.

El duelo, tal como lo anuncia Iris, parecería implicar la completa pasividad de Helena (III, 136-138):

Alejandro y Menelao, caro a Ares, combatirán por ti con sus largas lanzas y serás llamada cara esposa del que venza.

Y con la pasividad de la mujer disputada se plantea la lucha de los rivales de Sófocles a Ovidio (1), por influencia de la investigación filosófica que con Empédocles comienza a interesarse en los orígenes de la sociedad, y particularmente en el tránsito de la animalidad a las instituciones humanas. Pero la ética homérica no se basa todavía en la ciudad sino en el individuo; para ella todas las almas son igualmente valiosas, la de un griego como la de un bárbaro o la de una mujer. Así el momento en que Helena aguarda el resultado del combate sirve para el despliegue maravilloso de su intimidad.

Iris le hace echar de menos su pasado —así el poeta, cercano al mito: por el contrario en la Odisea y sobre todo en la Eneida, si los dioses intervienen es para hacer un milagro, para ejecutar una acción que rebasa la posibilidad humana—, y Helena obedece prestamente a la divina mensajera (III, 141-160):

Oculto en cándidos velos salió de la estancia derramando tierno llanto; no iba sola, que dos criadas la seguían, Etra hija de Piteo y Clímene la de ojos rasgados; y al punto llegaron adonde estaban las puertas Esceas. En derredor de Príamo, de Pántoo y de Timetes, de Lampo, de Clitio y de Hicetaón, retoño de Ares, de Ucalegonte y de Antenor, ambos discretos, estaban sentados los ancianos consejeros del

(1) Las traquinias, vv. 504-530; Virgilio, Geórgicas, III, 217 y ss.; Horacio, Sátiras, I, 3, vv. 107-110; Ovidio, Amores, II, 12, vv. 17-28. Como con el ruiseñor (Geórgicas, IV, 511-515) y con la rama de oro (Eneida, VI, 205-209), la actitud de Virgilio es peculiarmente original: vuelve al punto de partida del motivo (el pájaro, la rama de muérdago, la lucha de los toros); su combate no es alarde de naturalismo documental; está transfigurado por el recuerdo tácito del duelo humano —por toda la serie mitológica y literaria. No sin causa para la Edad Media, Virgilio es toda la antigüedad.

pueblo, junto a las puertas Esceas; por la vejez habían cesado de guerrear, pero eran nobles arengadores semejantes a las cigarras que, posadas en los árboles, lanzan por el bosque su voz penetrante: tales estaban sentados en la torre los caudillos de los troyanos. Y así que vieron a Helena acercarse a la torre, se dirigieron en voz baja aladas palabras: "No merece reproche que los troyanos y los aqueos de hermosas grebas padezcan largos años por tal mujer: terriblemente se parece a las diosas inmortales. Pero con todo, aun siendo tal, vuélvase en las naves, y no quede para futura desgracia nuestra y de nuestros hijos."

Antes de empeñarse la primera batalla, el poeta ha cuidado de adelantar su profesión de fe afirmativa, entusiasta. Helena, independientemente del odio o el amor que inspire, vale los largos años de padecimiento; ninguna censura moral puede condenar la obstinación de los dos pueblos. Lo peculiar de la emoción es que los héroes que morían en Troya sabían muy bien —tan bien como Luciano— que la belleza de Helena era efímera: así resalta más desproporcionado el sacrificio, más noble la empresa.

La escena del muro es la más importante de cuantas se refieren a Helena, ya que es la única en que su belleza está expresamente realzada y por cierto con arte superior a la de todo croquis naturalista. Porque no sólo la afirmación del valor de Helena sino también la forma de exaltarlo es típica del espíritu de la epopeya cortesana. (1) En no haber descrito la belleza de Helena sino

(1) Compárese la humorística presentación de Penélope (*Odisea*, XVIII, vv. 158-303), parodia de esta escena. Penélope no va a presenciar la decisión del conflicto causado por su belleza, sino a exhibirse a las dos partes interesadas, Odiseo y los pretendientes, y a recomendarse al uno esquilmando a los otros. No interrumpe su labor (la tela famosa pertenece a la prehistoria del poema) porque en la *Odisea* no hace otra cosa que componerse, enviar recados a los pretendientes y quedarse dormida siempre que piensa en Odiseo. El poeta refiere menudamente cómo la embellece Atena para esta ocasión — concibe el embellecimiento como la aplicación de un cosmético divino—, dotándola de las condiciones generales que requiere el ideal griego de la belleza femenina:

la hizo más alta y más gruesa y más blanca que marfil labrado. Pero lo interesante es que tampoco retrata a Penélope; como con Helena, prefiere dar la medida de su hermosura por la reacción de los que la contemplan. Máximo de Tiro, debidamente escandalizado del grosero efecto de su belleza en los pretendientes, supone que tendría más espiritual resonancia en el ánimo de Odiseo: el poeta se

la impresión que causa en los ancianos está su especial acierto, para la retórica racionalista de Quintiliano (VIII, 4, 21-22) por la fuerza de convicción del implícito raciocinio a fortiori, para la crítica estética de Lessing (Laocoonte, XX), porque, reconociendo las limitaciones de la poesía, renuncia a transportar en términos de sucesión la belleza física que es simultaneidad. La ausencia de retrato físico no es peculiar de este pasaje; es propia del arte épico y pertenece a la misma categoría estética que, en los hechos de lengua, la ausencia de diminutivos, el empleo de arcaísmos y la sustitución de vulgarismos locales por "glosas" o sea términos inusitados en el habla diaria y destinados a subrayar el color convencional de la lengua de la poesía. Existe la intención de desechar lo vulgar y lo cotidiano y de estilizar la realidad; por eso se prefiere la descripción de la obra inanimada (la coraza de Agamenón, las ropas de Odiseo), a la enumeración minuciosa de los rasgos del individuo, que sólo es dable hallar cuando el poema adopta actitud irónica, cuando lo que traza no es retrato sino caricatura (Ilíada, II, 216-219: Tersites; Odisea, XIX, 246: Euríates). Sólo en clave de burlas (Luciano en El gallo, Goethe que atribuye a Helena dos rasgos tomados de la estatuaria griega, cabeza pequeña y pie "heroico"), o en la razonadora novela de Dares se incurre en la descripción de la heroína: trazarle el retrato alineando sus epítetos, como hizo el bizantino Manases, es absurdo pues carecen de todo valor específico. Los dos únicos epítetos que Helena posee en propiedad, aluden a su linaje y a su destino ("la de noble padre" y el ya recordado "la que hace estremecer"); los demás que comparte con otras diosas y mortales, son de característica vaguedad ("la de blancos brazos", "la de hermosa cabellera", "la de fino peplo").

Príamo, el rey viejo de esta epopeya, acoge benévolo a Helena y se apresura a declarar que no en ella sino en los dioses ve la causa de la guerra. Sabemos muy bien que no es así, que en el mundo heroico es el hombre mismo quien se labra su destino y asume plena responsabilidad de sus actos; Agamenón podrá guardó de decirlo; lo que sí dice es que el héroe se regocija al ver que su esposa:

les arrancaba dones [a los pretendientes] embaucándoles con dulces palabras, mientras su alma guardaba otra intención.
¡Y la antigüedad condenó a los corizontes!

decir que le ha cegado la funesta Ate y fundarse en el alto ejemplo de Zeus, pero la intervención de Ate no le exime de desagaviar a Aquiles a peso de oro; y el "prólogo en el cielo" con que se abre la Odisea critica en términos inequívocos este abdicar la propia autonomía. Acusar a los dioses es sólo una manera de hablar —la más fácil según Eurípides—; es, en boca de Príamo que pide a Helena le identifique los capitanes griegos, una ansiosa invitación a no pensar, a mirar —reflejar— el espectáculo de los dos ejércitos. Pero toda renuncia es derrota: Príamo, observa Bowra, es figura de vencido aún antes de decidirse la guerra; la hueste de Ágamenón le parece más numerosa que la que él mismo acaudilló en sus mocedades; el presente que le rodea y en el que como viejo no participa, es más grande que aquel lejano presente que ha vivido; contrasta así con la lozana vejez de Néstor, infatigable laudator temporis acti y con la de Homero, pues el arte mitificador de la epopeya ve en el hoy la degeneración del ayer incomparable: los dos hombres más fuertes de hoy no podrían cargar en un carro la piedra que Héctor levanta con la misma facilidad con que el pastor lleva en una sola mano el leve peso del vellón de una oveja (X, 445-452). De toda su actividad, lo que ahora le queda a Príamo es lo que ni siquiera después de muerto abandona al hombre homérico (Odisea, XXIV, 101): el instinto social, la curiosidad por el espectáculo humano que preludia las "inquisiciones" (historíai) de Heródoto y los viajes de Piteas.

Helena responde a la afectuosa invitación ("hija querida", la llama el rey; "señora", Antenor, y "divina entre las mujeres", el poeta), protestando de su amoroso respeto a Príamo; por este respeto, dice Helena en respuesta a la acusación a los dioses, no debió ella seguir a su hijo —a quien no nombra, como no nombrará a Menelao—, abandonando alcoba, familiares, la hija única y las queridas compañeras de una misma edad. Subraya la soledad de la heroína en Troya el sentimiento de solidaridad, la emoción de sentirse uno con la propia generación que tan hondas raíces sociales y religiosas tiene en la vida griega: Teócrito, el poeta de lo juvenil y de lo pintoresco evocará (Idilio XVIII) a estas compañeras que Helena echa de menos en su destierro. En los versos con que Néstor y Menelao exhortan al ejército a ven-

gar a Helena (II, 356 y 590), la expresión usada no es clara, quizá deliberadamente; es muy oportuno ante el ejército hablar de raptos y de gemidos. Pero Helena claramente toma sobre sí toda la responsabilidad: ésta es la tragedia que tratarán de velar las versiones de la piedad ortodoxa mientras que al rebajar la figura moral de Helena, Eurípides le agregará la cobardía de culpar a París y a Afrodita para escapar al castigo. En la *Iliada* nadie juzga su conducta salvo ella; es su obsesión y con esa tónica comienzan y acaban las noticias que da sobre los príncipes griegos, Agamenón, Odiseo, Ajax, Idomeneo. Ni Príamo pregunta por Menelao ni Helena le presenta; Antenor le introduce al contraponer su elocuencia sonora de hombre de acción con el flujo de palabras espeso como nieve invernal de Odiseo, el hombre de consejo. Entre los rostros familiares, Helena echa de menos a sus hermanos, los Dioscuros, y su remordimiento le sugiere enseguida que no quieren combatir por no mancharse con su deshonor; la verdadera causa es otra (vv. 243-244):

Así dijo, pero a ellos ya los retenía la tierra, dadora de vida, allá en Lacedemón, en la amada tierra de sus padres.

Para concluir la enumeración de los jefes griegos, el poeta parecería complacerse en proyectar simbólicamente la grandeza de la muerte sobre las congojas fútiles que torturan la vida de los hombres.

Entretanto, cumplidos los preparativos, se empeñan los terribles juramentos y los rivales se aprestan para la lucha (1). El duelo es inútil; repite en otra forma el agravio del raptos: París, el retador, escapa ileso; Menelao que lleva la ventaja en el combate, será más adelante herido a traición por Pándaro. Precisamente cuando Menelao luchaba con arrojo, Afrodita ha decidido intervenir para proteger al troyano; lo deposita en salvo en su al-

(1) Alejandro abandona el arco, antigua arma en desuso entre los aqueos y que ellos desdeñan, y se reviste de toda su armadura; cada uno de sus actos está minuciosamente destacado, incluso el rasgo humorístico de vestir para esta solemne ocasión la coraza del hermano, como la muchacha que va a la procesión con el embozo de la amiga (Teócrito, II, v. 74). Lo detallado de la descripción da impresión de lentitud y de coquetería subrayada aún más porque un solo verso basta, al final, para anunciar que también Menelao ha tomado las armas.

coba perfumada, corre a llamar a Helena y la lleva por fuerza a su lado. Es uno de los momentos del poema en que de manera más punzante Homero eleva a los personajes humanos muy por encima de los divinos. En la farsa que los dioses representan del libro III a V de la *Ilíada*, le ha cabido a Afrodita el papel de villano, con las obligadas magulladuras como desenlace. Y no por simple intolerancia ante la divinidad extranjera; el respeto a los dioses de los otros pueblos es típico de la religiosidad griega; como rasgo de barbarie nota Heródoto (IV, 95) que los tracios "no creen que exista ningún dios sino el de ellos". Los dioses de Troya no son demonios como Mahoma en el *Cantar de Roldán*; habitan el mismo Olimpo poblado por los dioses de los inmigrantes helenos. Pero éstos no pueden disimular su desconcierto ante dioses irreducibles a las dimensiones helénicas y que encarnan ideales enemigos: la enormidad de la fuerza y de la pasión, Ares y Afrodita, no acogidos todavía en la lista canónica de los dioses. El código de honor elaborado por la epopeya va dejando atrás la teología primitiva que resulta alternativamente horrible y ridícula. Así la burlesca presentación de Afrodita en disfraz imperfecto que no mantiene el incógnito (III, 396-397); maltrecha al querer salvar a su hijo (V, 336 y ss.) sube al Olimpo a lloriquear en las faldas de su madre; Hera y Atena se burlan de ella y el padre Zeus, entre condolido y zumbón, le aconseja ocuparse de su propia hacienda; más adelante, Hera la llama "mosca de perro" (XXI, 421) y Atena la tumba de un puñada en el pecho (XXI, 224). Pero esta misma Afrodita es la diosa cuyo presente a Paris (o sea, cuyo sér) es "la lujuria, don de dolor" (XXIV, 30); es ya la diosa "ineluctable" de la *Antígona*, la diosa "que rompe la medida", del *Hipólito*; sólo que la Afrodita de la tragedia obra con la indiferencia de una fuerza natural, mientras que en Homero, donde todo se recorta en persona, sus actos adquieren una malignidad deliberada, humana, que culmina en la escena en que trae sonriente la silla a Helena. Omitió estos dos versos Zenódoto, el de la biblioteca de Alejandría, por parecerle impropio de una diosa servir tan bajamente a una mortal, y a la mortal a quien acaba de someter con amenazas. Es que este toque de servilismo voluntario, así como toda su repulsiva actuación, exalta la dignidad de Helena. Cuando Afrodita viene en su busca

para conducirla al lado de Paris, ella la rechaza enrostrándole amargamente su parcialidad y negándose a obedecer (III, 410-412):

Yo no iré allí pues sería cosa de indignación y todas las troyanas me escarnecerían en el futuro.

No de otra manera va a la muerte Héctor, por respeto íntimo al juicio de "los troyanos y las troyanas que arrastran pueblo". En la *Iliada* Helena hace frente a Afrodita; tal actitud da la medida de su complejidad, mientras que en la tragedia su figura se esquematiza; para Esquilo sólo existe en función de los personajes en quienes cavila el coro: no es Helena lo que cuenta, sino las fatigas de Menelao y la perdición de Paris. Eurípides elude cuidadosamente la dificultad —y la gloria— del planteo homérico. La heroína de su drama *Helena* es de tan virtuosa condición que cuadraría más en una novela de "trabajos" —Heliodoro o Jenofonte— que en una tragedia, género para el que es poco adecuada, según la *Poética*, la representación de una virtud perfecta. Y la Helena de las otras tragedias, que delega en Paris y en Afrodita toda su culpa, es una de las criaturas negativas con quien más se ha encarnizado la crítica demoledora del poeta.

La figura de Helena se define ahora en contraste con la de Paris. Sentada frente a él, sin mirarle, le invita irónicamente a que vuelva a provocar a Menelao, ya que acaba de conocer su valor. Por su parte, Paris no andaba más confiado antes de la prueba que ahora que ha dado de bruces en la realidad. Las palabras duras que le dirige Helena, como los reproches de Héctor, resbalan sin hacer mella en su indiferente buen humor. Los nociones de justicia y honor, que la ética homérica no concibe como norma subjetiva sino como relación social de un individuo con los demás, dejan de existir para el egoísta que no reconoce más mundo que su yo monstruosamente hinchado. Todos los momentos y todos los caprichos son igualmente preciosos, y así Paris se absorbe totalmente en cualquiera de ellos, pues no llega a su cámara ni a su conciencia la voz de indignación de amigos y enemigos que atormenta a Héctor y a Helena.

La medida, ideal de la Grecia clásica, caracteriza ya la actitud de los homéridas para con la materia principal de su poesía;

la epopeya aprueba la guerra como deporte —“la lid en que ganan gloria los varones”— pero condena terminantemente (sobre todo en el libro de las Súplicas, vv. 63-64, 591-594) la furia bélica obstinada. Héctor es la protesta viva contra la guerra, y la protesta en su aspecto más patético, el de héroe de una defensiva. El canto VI muestra todo lo que el héroe, ya dado a conocer en el campo de batalla, representa en la vida de la ciudad y de los suyos. No avanza en este canto la acción del poema; es una pintura de caracteres que con sutiles contrastes opone las parejas. Héctor-Andrómaca y Paris-Helena. En busca de Paris penetra Héctor en el palacio de su hermano (VI, vv. 313-317):

hermosa mansión que el mismo se había labrado con los mejores arquitectos que había entonces en Troya, la de fértil gleba, y ellos le hicieron estancia, casa y patio, en lo alto de la ciudad...

El recuerdo del fausto de Paris, rasgo moral digno de Ovidio, perdura por lo decorativo a través de los siglos en la “muy rica morada que dieron a Elena y a su marido Paris” los troyanos, según las Sumas de Historia Troyana de Leomarte; de la casa de Héctor el poeta dice solamente que era “bien habitable”. El hermano mayor, de pie en el umbral, empuñando la lanza de once codos increpa al menor por su egoísmo e indolencia. La magnífica caracterización de los dos hermanos es una creación de Homero que utiliza situaciones dadas: Bethe ha demostrado que en la epopeya prehomérica Paris, héroe de Troya, se encolerizaba, como Aquiles o Meleagro con su propio pueblo y permanecía en su palacio hasta lo más recio del peligro. Pero en nuestra *Iliada* no es obstinación sino ligereza lo que aleja a Paris del combate. Entre Helena y las criadas de Helena pule sus “espléndidas armas” (epíteto que no merecen las de Héctor), prueba sus “aduncos dardos”, desdeñada arma asiática, responde sosegadamente a las exhortaciones de su hermano que él abunda en el mismo parecer, y le invita a quedarse y esperar que se arme o a irse, que él le alcanzará: disyuntiva prudente, pues en tanto Paris se acicala, Héctor tendrá tiempo de ir a su propia casa, volver, encontrarse con Andrómaca a medio camino, entablar con ella el coloquio que da nombre a la rapsodia, y separarse. Interviene Helena con la gentileza señorial que sin duda sirvió de modelo al poeta de la *Odisea*

(libros IV y XV), e invita a Héctor a entrar y descansar, lo que Héctor declina con palabras corteses —ella recordará ante su cadáver el habla mesurada del héroe. Como al contestar a Príamo, Helena, por miramiento para los que padecen por su causa, reposa un instante en el deseo de haber escapado a su destino, si quiera fuese que como a cosa de abominación el viento la hubiese arrojado “a un monte o a la ola del mar fragoroso”. Pero no ha sido así y para mayor deshonor los dioses la han hecho esposa de un hombre “que no sabe del reproche y de la afrenta de las gentes”. A los dos ha deparado Zeus maligna porción, la de ser regocijada materia de canto de los hombres futuros. Porque Helena no solamente teme la némesis de las gentes con quienes le ha tocado vivir sino, como criatura de epopeya, vive en suspenso ante el juicio de la posteridad. Si París satisficiera la norma homérica, Helena se hallaría más justificada; ahora —tan enmarañadas tienen sus raíces el honor y la vanidad— llega a la paradoja de que por limpiar su mancilla, Helena aguija a Paris al combate en tanto que la intachable Andrómaca quiere retener a su lado a Héctor, porque su seguridad es lo único que le importa. Y por eso el poeta, que hizo de la despedida de Héctor y de Andrómaca la escena conmovedora entre todas de las del Libro de Ilión, se guardó de presentar a Helena bajo esta suave luz doméstica.

Hay un momento en el curso de la Ilíada en que la conducta de Paris es singularmente distinta de la irreflexiva ligereza que le caracteriza de ordinario. No me refiero a las proezas diseminadas entre los libros XI y XV, oscuros recuerdos del que fué campeón de Troya antes que la moral homérica le sustituyese por Héctor, y autor al fin de la muerte de Aquiles, hazaña máxima de que Homero no pudo despojarle en beneficio de su héroe predilecto. Es la asamblea (VII, vv. 345 y ss.)

terrible, agitada, que se reunió en lo alto de la ciudad de Ilión, a las puertas de Príamo,

un episodio que, como el Catálogo de las naves y el duelo entre Menelao y Paris, corresponde al primero y no al último año de la guerra. Probablemente es la misma asamblea ante la cual se presentaban Odiseo y Menelao para pedir la restitución de Helena y a la que dos veces alude nuestra Ilíada (III, 205 y ss., XI,

123 y ss.). Cabalmente Antenor, que recuerda la oratoria desplegada por los héroes en esa ocasión, es quien aquí, persuadido de que la ciudad perjura no tendrá buen suceso, aconseja devolver al Atrida mujer y riquezas. Pero "el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera" toma la voz en violento altercado (VII, 357-364):

Antenor, ya no pronuncias palabra grata para mí; tú sabes discurrir mejor razón que ésta. Pero si de veras hablas y ése es tu pensamiento, sin duda los dioses mismos te han quitado el seso. Yo hablaré a mi vez entre los troyanos, domadores de caballos; cara a cara lo declaro: ¡la mujer, no la entregaré pero cuantos tesoros traje de Argos a mi morada, todos quiero devolver y aún agregaré otros de mis arcas.

Esta es la propuesta que Príamo ratifica y que el heraldo de Troya repite a los griegos (lo que prueba, una vez más, que en un principio, Paris era la primer figura en la ciudad, pues de lo contrario a Héctor y no a él hubiera tocado decidir, como observó Heródoto, II, 120). Dos versiones de la causa de la guerra de Troya se superponen aquí sin fundirse. La primera está dominada por el convencimiento de que Helena no puede ser devuelta, y pues no queda recuerdo de su existencia como imagen sagrada, el empeño en poseerla se sublima en sacrificio caballeresco: aun en la última vacilación, antes de hacer frente a Aquiles, aparta de sí Héctor la idea de la devolución de Helena. En la segunda, Helena es una de las riquezas que Paris roba a Menelao; hay contaminación de los dos tipos de robo que indica Hesíodo al contar cómo pereció la edad de los héroes (Los trabajos y los días, vv. 161 y ss.):

La guerra malhadada los perdió y la terrible contienda; a los unos mientras luchaban en tierra cadmea, frente a Tebas, la de siete puertas, por los rebaños de Edipo; a los otros, llevándolos, en las naves sobre el ancho abismo del mar, para combatir por Helena, la de hermosa cabellera.

El poeta labrador equipara el motivo de las dos empresas, pues ¿no es casa, mujer y buey de labranza lo primero de que ha de proveerse el campesino? (v. 405). En cambio, el "realismo caballeresco" de la epopeya humaniza por una parte el motivo ritual del paladión, y por la otra, aparta del rapto de Helena to-

da idea de lucro. La actitud desinteresada de la *Iliada* puesta de relieve en esta asamblea (modelo de aquella shakespiriana en que el joven Troilo afirma con brío juvenil, ante la madurez de Héctor, el valor de Helena, "tema de honor y nombradía"), eleva a Paris al rango de paladín sentimental. Proporcio, interpretará como conflicto galante la obstinación por retener a Helena que es el motivo más antiguo de la leyenda troyana (II, 12):

Nunc, Pari, tu sapiens et tu, Menelae, fuisti:
tu quia poscebas, tu quia lentus eras.

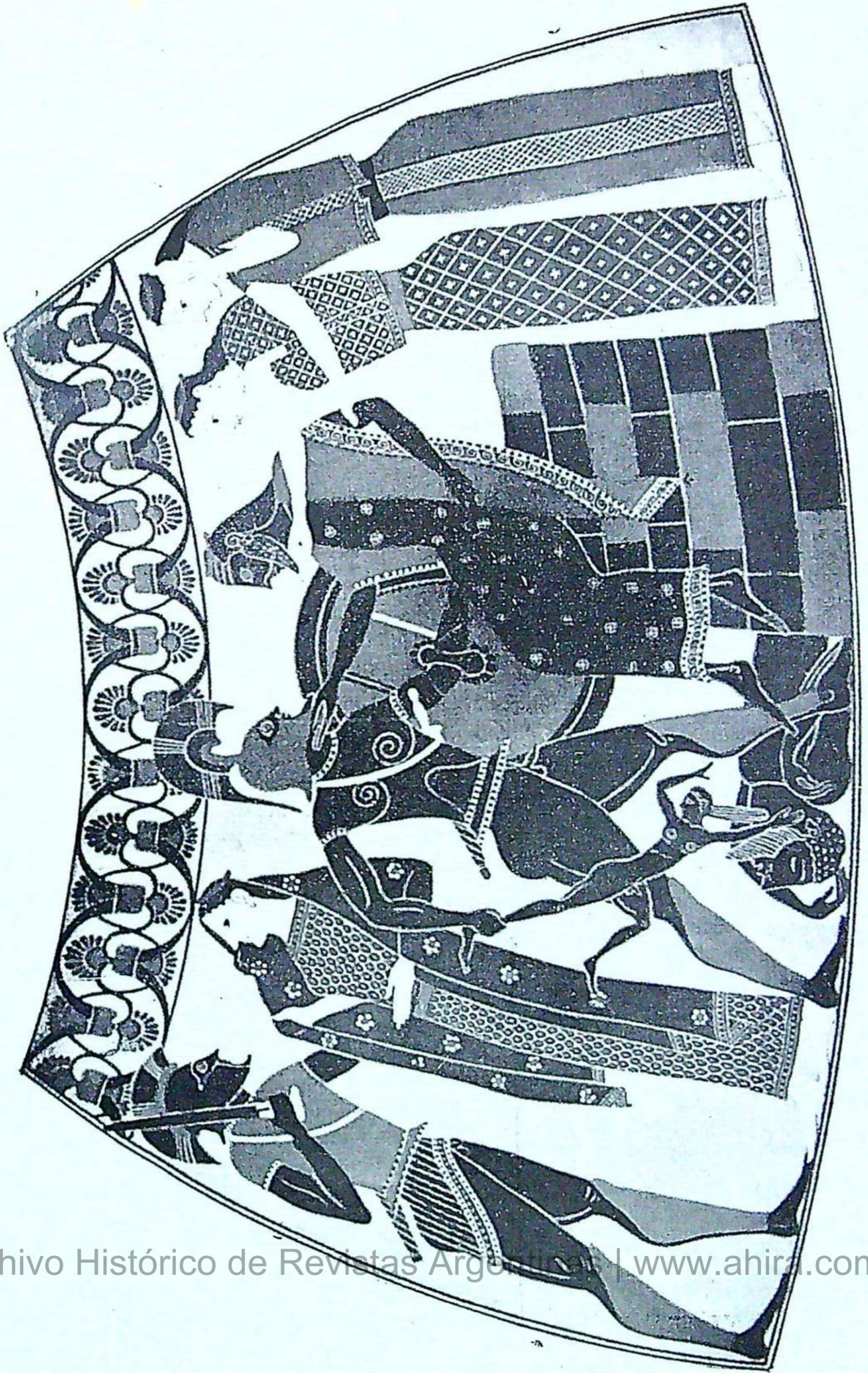
Ovidio, además de parafrasear con amable verbosidad este juicio en varias de sus obras (*Arte de amar*, III, 253-4; *Heroidas*, XVI, 151), negará explícitamente, contra las peregrinas motivaciones de Alcídamente y de la fuente del Seudoplutarco (1), por ejemplo, que la visita de Paris a Grecia tuviera otro fin que ver a Helena. Cuando los temas de la cultura clásica se introducen en la épica medieval y la guerra de Troya se convierte en asunto tan obligado como lo había sido en la poesía romana (*Amores*, III, 12: *Cum Thebae, cum Troia foret, cum Caesaris arma*), Paris el enamorado figura par a par de Héctor el aguerrido. Con Tristán, adalid sentimental de la leyenda bretona, desfila en el Infierno de Dante y en sus innumerables imitaciones. Precisamente el papel que asumieron para el romanticismo Paolo y Francesca, lo tiene en las postrimerías de la Edad Media, la pareja homérica:

Et moururent Paris et Helène,

comienza el lamento de Villon contra la muerte que humilla la lozanía de la carne.

Una misma escena reúne, al terminar la *Iliada*, la causa de la guerra y la víctima cuyo destino precipita la ruina de Troya. Andrómaca ha iniciado el lamento funeral: las hazañas de Héctor se alejan en el pasado, su muerte es desgracia inminente para ella y para el hijo. En cambio, las palabras de la madre suenan a resignación y a consuelo. Es que Hécuba no piensa en sí misma,

(1) "Andando el tiempo tuvo gana Alejandro de ir a Grecia porque quería contemplar el templo de Delfos..." Alcídamente, *Contra Palamedes*, 4. "Alejandro, hijo de Priamo, se embarcó para Esparta deseoso de conocer la vida griega". Seudoplutarco, *Vida y poesía de Homero*, I, 6.



DESTRUCCION DE TROYA
Ánfora arcaica de figuras en negro procedente de Vulci.

ni en Troya, ni en ningún sobreviviente; los ojos vueltos al pasado, piensa sólo en él, en su vida perfecta (1), en el solemne funeral —ceremonia tan importante para los griegos— que la corona y para el cual los dioses, en premio a su piedad, han conservado intacto su cuerpo.

En el lamento de Andrómaca y de Hécuba la situación es natural; en el tercer lamento vibra la patética contradicción de inclinarse Helena a llorar al que ha dado su vida por la Ilíon que ella destruye. En los diez versos que pronuncia no será la suerte de Troya ni la de Héctor lo que lamentará, sino su propia soledad. La nota de imprecación contra sí misma con que se abría su respuesta a Príamo y a Héctor, está enérgicamente reducida a cuatro palabras: "¡Ojalá hubiera muerto antes!" Y con luz vivísima desfilan los veinte años de destierro, la hostilidad de la familia (preparando el contraste, el poeta ha mostrado la solicitud con que las mujeres de la casa de Príamo se agolpan alrededor de Andrómaca y la sostienen en su desvanecimiento), que sólo Héctor cuidaba de reprimir. La memoria de "la bondad de su alma y la bondad de sus palabras" (v. 772) es lo que mueve el llanto de Helena; como las cautivas que gimen por Patroclo y piensan en sus propias cuitas, también ella llora por su propia aflicción, llora porque en la ancha Troya (y aquí el epíteto no parece pura fórmula) ningún otro queda ya que la mire benigno o amigo; y la última palabra de la heroína ante el cadáver de Héctor trae el eco de la que ella misma le dirigió en vida (VI, 346) y de la que pronunció Aquiles ante Patroclo: habla del horror que inspira a los hombres mismos que tácitamente rendidos a su valer,

(1) ...no le mató [Aquiles] como a cobarde, sino cuando estaba aguardándole a pie firme, en defensa de troyanos y troyanas, sin acordarse de miedo ni de fuga (XXIV, 214-126).

La madre nada sabe del pánico antes del encuentro (XXII, 99 y ss.) ni de la huida desesperada (XXII, 137) que realza en forma conmovedora el valor de Héctor, valor nacido del deber y no coraje espontáneo, animal, como el de Ajax y el del mismo Aquiles. Hasta en el recuerdo de la terrible afrenta infligida al cadáver —precisamente con la amenaza de esa afrenta y no con la ruina de Troya ni con su propia vejación, quiso Hécuba disuadir a su hijo de medir sus armas con Aquiles— sobrepone la reina su orgullo por la gran hazaña de Héctor a la desventura actual:

Muchas veces te arrastraba [Aquiles] en torno del sepulcro de su amigo Patroclo a quien tú diste muerte, pero ni aun así le puso en pie. (XXIV, 755-756).

están dando la vida por ella. Al cerrarse el poema de Ilión, Helena se yergue sola, imagen sobrenatural que domina los dos bandos que se la disputan.

Comparada con la *Iliada*, la *Odisea* es poema tardío; de todos los rasgos que lo señalan como tal apenas habrá uno más expresivo que la atención prestada a los jóvenes. La *Iliada* cuenta únicamente con adultos: los niños, Astianacte, por ejemplo, pertenecen a la vida de sus padres; sólo en el mundo no mitificado de los símiles conversan desde una roca o desde una encina el mozo y la doncella (XXII, 126). En cambio, el joven hijo de Odiseo está siempre presente en su poema cuando la acción se desarrolla en Itaca, y es además protagonista de uno de los núcleos narrativos de la *Odisea*. En la *Telemaquía* aparecen además otras figuras juveniles —los buenos amigos de Itaca, Noemón, Pireo, y el hijo de Néstor— que anuncian la gracia de los efebos de Platón. Y en la porción del poema en que no puede tomar parte Telémaco, Homero presenta en Nausícaa la primera y más acabada figuración literaria de la adolescente. En lo esencial, la postura de la *Odisea* ante sus jóvenes no difiere de la de Longo: ambos se complacen en exhibir sonrientes la inocencia, la malicia, la *gaucherie* de sus criaturas: la hija del rey que sale a lavar ropa, verdadera princesa de Trianon, no es menos eglógica que Dafnis y Cloe.

A juzgar por el segundo libro de la *Iliada* (v. 260) Telémaco debió de ser figura importante y bien conocida. Quizá sus aventuras fueran contraparte de las de Odiseo, y el poeta imitara la técnica de la otra epopeya, utilizando la ausencia del protagonista para destacar los personajes de segundo plano. Sea como fuere, en nuestra *Odisea* los viajes de Telémaco son una deliciosa parodia de los de su padre; ni les falta siquiera un simulacro de peligro, la emboscada de los pretendientes. So pretexto de recoger nuevas del ausente, lo que importa (dice Atena, I, 95) es que su hijo vea mundo y se vincule con los príncipes del continente. Como un joven lord en viaje de perfeccionamiento, Telémaco, siempre bajo la tutela de un ayo, divino o humano, es despachado con toda felicidad de Itaca a Pilo, de Pilo a Feras, y de Feras a Esparta, adonde llegan él y su acompañante Pisístrato en sazón

inmejorable. El glorioso Menelao vive en un país de cucaña — jolgorio continuo con deudos y vecinos, amenizado por las habilidades de dos saltarines y un aedo— que es anticipación del Elísio a que se sabe reservado; y a mayor abundamiento le encuentran celebrando las bodas de su hija Hermíona y de su hijo:

el fuerte Megapentes, habido en una esclava —pues los dioses no otorgaron a Helena más prole, después que del primer parto dió a luz a su adorable hija Hermíona, que tenía la belleza de la dorada Afrodita. (IV, vv. 11-14).

... Lo minucioso de la explicación indica que la circunstancia no es tradicional, pues Homero sólo presenta en detalle la situación o el personaje nuevos para el auditorio; y en efecto, tal explicación sugerida probablemente por las palabras de la *Iliada* (III, 175), en que Helena echa de menos a su hija, contradice las versiones del Ciclo. Así, pues, el nombre de Helena suena por vez primera en la *Odisea* para anunciar el grave hecho que le valió el dicitario de *thelypais* (= "de prole mujeril") expresamente forjado por el alejandrino Licofrón y cuya importancia ayuda a comprender el epigrama votivo de la *Antología* (VI, 59) en que la donatrix agradece como especial donde las diosas el haber dado a luz varones. Hay no sé qué sutilmente inmoral, que no escapó a Eurípides ni a Ovidio, en el hecho de que la bella mujer que costó tan caro a Grecia no cumpliera con ese elemental requerimiento.

Acabada la comida, que la *Odisea* describe siempre con infatigable delectación (1), los dos mozos contemplan embelesados la espléndida morada. "Creo, dice Telémaco al oído de su acompañante, que tal es por dentro el palacio de Zeus olímpico". Menelao oye el cuchicheo, declina piadosamente la comparación (2) y aun agrega que hubiese preferido poseer sólo el tercio de sus riquezas y gozar del trato de todos los que perecieron en Troya, a

(1) El verso

tendieron las manos a los manjares aprestados

se lee tres veces en la *Iliada* y once en la *Odisea*. La estadística es elocuente; también es Odiseo quien en el primer poema señala al impaciente Aquiles la importancia que tiene en la guerra llenarse el estómago y quien, en el poema de su nombre subraya el papel de dicha viscera como causa motriz de la actividad humana: VI, 216 y ss., XVII, 286 y ss.

(2) ...the sly cattish wife, that cold-blooded egotist Odysseus, and the priggish son who met his master-prig in Menelaus. (T. E. Lawrence).

quienes con lágrimas recuerda en sus estancias. Pero no es otro que Odiseo quien —de creerle— le hace aborrecible el sueño y la comida. Al oír el nombre de su padre, Telémaco se echa a llorar, y en tan embarazosa coyuntura, delibera:

Menelao, en su cabeza y en su corazón, si aguardar a que nombre a su padre o interrogarle primero y verificar cada palabra (IV, 117-119).

Así se hubiera estado el héroe

agitando la alternativa en su cabeza y en su corazón (IV, 120).

(y difícil sería prever cuando hubiera llegado a resolverla, pues en Homero no es Menelao hombre de dar soluciones sino de acatarlas), cuando Helena abandonó.

su perfumada alcoba de alta techumbre y entró, semejante a Artemis, la de rueca de oro. Adresta le colocó el bien labrado sillón, Alcipa trajo la alfombra de blanda lana y Filo el canastillo de plata... y bordes de oro, henchido de lana hilada, y tendida sobre él, la rueca con su copo color púrpura. Se sentó en la silla, había un escabel bajo los pies, y enseguida preguntó todo a su esposo (IV, 121 y ss.).

Muy lejos se halla esta Helena de la que, en el pasaje de la *Iliada* donde se consagra su belleza, llega rápida al muro con vivo deseo de volver a ver su pasado y llena de la angustia del presente. En la visión trágica de la *Iliada*, el poeta se une a sus criaturas para "engañar" al espectador, como dirían los antiguos. Pero en la *Odisea* (y en Eurípides y Ovidio que continúan su espíritu, frente a Sófocles y Virgilio que pertenecen al linaje ortodoxo de la *Iliada*), el poeta se pone del lado del público, y cara a su propia obra; un ángulo de la conciencia permanece sin ser tocado por el hechizo de la representación, con libertad de criticar las creaciones poéticas, como el hilo de lógica que en sueños controla la fantasía. Nadie llama a Helena en la *Odisea*, se aparece sola, cortando con su entrada la deliberación de Menelao —la oportunidad es la primera de las muchas virtudes mundanas con que la ha dotado este poema—; las criadas se mueven solícitas en su servicio; desfila con todos sus pormenores el rumboso aparato de sillón y escabel, cesto, rueca y lana aderezada, aunque más que de su labor se ocupa Helena de dirigir la conversación, pues tan poco

cuadra en ella lo de *lanam fecit* como lo de *casta vixit* (1). Comparada con la sencilla presentación de las otras figuras femeninas (Areta, Circe), Helena despliega lujo "asiático", mientras que en la asiática Troya, la *Iliáda* la ha encuadrado en un marco de austeridad patriarcal. Dión Crisóstomo (*El reinado*, II) observa que el poeta acomoda el escenario de cada personaje a su propio carácter: así, es voluptuoso el país de los feacios, suntuoso el palacio de Menelao, único de los aqueos a quien moteja de "flaco guerrador" (*Iliáda*, XVII, 187). El lujo de Helena ahonda hábilmente su fisonomía, pero así y todo la *Odisea* guarda distancia bien marcada entre la señorial ostentación de Helena y la rapacidad de Penélope (XVIII, 274).

Helena toma la palabra con graciosa desenvoltura y por supuesto reconoce inmediatamente a Telémaco "por el parecido que cree percibir (con Odiseo); porque las mujeres, siempre atentas a observarse la conducta unas a otras, son muy duchas en advertir si un niño se parece a sus padres" (Ateneo). Sí, es el hijo que Odiseo dejó recién nacido en su casa cuando los aqueos partieron para Ilión por la desvergüenza de ella, por su "cara de perra", y hay que suplir la sonrisa con que, volviéndose a Menelao, subraya el insulto para que el interlocutor rebaje proporcionalmente el énfasis. La aventura de Troya no pasa de ser un pecadillo juvenil que no es de buen tono tomar en serio; con ser idéntica la palabra que emplea en la *Iliáda* al dirigirse a Príamo y a Héctor, no cabe más opuesta notificación. Confirmada la identidad de Telémaco, todos se echan a llorar, hasta que el hijo de Néstor declara, con juicio superior a sus años, que le es particularmente desagradable derramar llanto durante la cena, si bien no tiene inconveniente en honrar a los muertos con sus lágrimas a su debido tiempo. Como justamente Menelao alienta parecida opinión (vv. 102-103): "unas veces satisfago con llanto a mi alma y otras descanso, porque pronto llega la hartura del helado llanto") todos vuelven a comer.

Pero otra cosa discurrió Helena, nacida de Zeus: vertió en

(1) Ateneo, en su comentario a todo este pasaje en el libro V del *Banquete de los doctos*, advierte que si Helena hila no es para ganarse la admiración de los huéspedes sino porque había sido habituada a tal labor en la casa paterna. Es significativo que los ejemplos que abonan esta afirmación estén tomados todos de la *Iliáda*.

en el vino que bebían una droga contra el dolor y la cólera, que hacía olvidar todos los males. Quien la tomase mezclada en su copa, en todo el día no vertería por la mejilla una lágrima, ni aunque se le muriesen padre y madre, ni aunque delante suyo mataran a bronce a su hermano o a su propio hijo, y él lo viese con sus ojos. (IV, 219-226).

El "nepentes", la hierba "moli", las hechicerías de Circe, el veneno que los pretendientes temen les propine Telémaco, y el que sirve para emponzoñar las flechas de Ilo el Mermérida —todo esto es inaudito en el ambiente de la *Ilíada*, y apunta a la esfera del cuento popular, en que el pensamiento mágico tiene arraigo indestructible.

Para asegurar el efecto de la poción, Helena misma, tras una máxima trivial (vv. 236-237) que anuncia la transición de la epopeya al prosaísmo ético de Hesíodo y de los elegíacos, se ofrece a contar de sobremesa algún recuerdo de sus años de Troya. El relato es a modo de preludeo de la inmortalidad literaria de sus andanzas (en que incansablemente insiste la *Odisea*), ya incorporadas al repertorio de los aedos en Feacia y en Ítaca. Cuenta, pues, Helena cómo Odiseo, disfrazado de mendigo, penetró en Troya y ella fué la única en reconocerle. Con su ayuda escudriñó la ciudad y volvió el campamento aqueo no sin haber dado muerte a muchos troyanos. En el agudo lamento de las troyanas se regocijaba ella, dos veces desleal, porque ya deploraba la ceguera con que la había afligido Afrodita cuando la llevó allá, lejos de la tierra de sus padres, lejos de su hija y lejos del esposo en nada falto, ni en belleza ni en discernimiento. A lo que responde maquinalmente el aludido (v. 266):

En verdad, señora, hablaste como era razón.

Es característico de la postura de la *Odisea* que Helena mire con indulgencia su conducta y achaque las culpas a Afrodita —lo que expresamente condena la asamblea de los dioses (I, 32 y ss.)— y que el juicio duro y francamente hostil venga de los demás, de los que sufren por ella: Zeus —gime Agamenón en los infiernos— aborrece a la raza de Atreo y la castiga en sus mujeres (el mismo ginismo, aquí y en XV, 19-23, desconocido en la *Ilíada*, es de raíz plebeya; penetra en la literatura con la versión hesiódica del mito de Pandora y hace las delicias de los fabulistas y yambó-

grafos). Pereció Odiseo —dice su porquerizo—; antes hubiera perecido el linaje de Helena que quitó la vida a tantos hombres! Juzgada así la heroína, la guerra de Troya ya no es guerra santa contra la ciudad perjura, ni siquiera empresa caballeresca. La gentecilla de la Odisea no está hecha para pensar como Diomedes (Iliada, IX, 49), ni para ver con los ojos de los ancianos de Troya. Ilión es una ciudad maldita, su nombre mismo no debe ser pronunciado (XIX, 260; XXIII, 19); Odiseo es el mal rey que se ha llevado en sus naves lo mejor de sus hombres para hacerlos perecer (XXIV, 426 y ss.). Que tal guerra se emprenda por recobrar una mujer veleidosa resulta demasiado absurdo; ya no basta Helena para motivar los diez años de lucha y así la Odisea, ciega para el valor de la heroína, renuncia a comprender y se refugia devota en la voluntad de los dioses:

Ví a la argiva Helena [contará Telémaco a su madre, XVII, 118-19] por quien argivos y troyanos padecieron muchos trabajos, por voluntad de los dioses.

Y no sólo habla aquí, empleando la fórmula con que Odiseo enumera las bellas damas de antaño (XI, 235 y ss.) el mozo admirado de la gracia exquisita de la reina de Esparta: sus palabras son las mismas del canto de las Sirenas (XII, 190); todo indica la proximidad de una reelaboración teológica del tema de Troya, movida por el ansia de salvar el decoro de dioses y hombres.

Al relato de Helena, Menelao contesta recordando la feliz intervención de Odiseo dentro del caballo de Troya, cuando salvó a los griegos de la traición que les tendía Helena:

Algún dios que quería otorgar gloria a los troyanos te debió de enviar (IV, 274-275).

aunque el lector encuentra más satisfactoria la causa apuntada en el verso siguiente: tras la heroína, que esta vez traiciona a los griegos, seguía espada en mano Deífobo, su cuarto marido.

Pero por más ingenio que desplegara Odiseo en tales ocasiones, no logró salvarse a sí mismo ni su memoria logra alejar de su hijo el deseo de "gozarse adormecido en dulce sueño". Helena — es cómico verla en tales menesteres— cuida solícita de que sus criadas preparen el lecho para los huéspedes, con profusión de colchas, cobijas y velludas mantas, por fortuna para Telémaco que gusta de meditar bien arropado en su cama (I, 443; XV, 7). Al

dia siguiente, pues veda hacerlo antes la cortesía homérica, Menelao interroga al joven sobre el motivo de su viaje. Enterado de su propósito, le recita por extenso su peregrinación en Egipto, de que es centro la profecía de Proteo. Atañen a Odiseo únicamente nueve versos (y de ellos uno apócrifo) de los doscientos diez y ocho con que se despacha Menelao; y es tan recargado el contraste entre lo opaco de su papel en la *Iliada* y el puesto central que él mismo se atribuye en su relato, que involuntariamente se inclina el lector a recelar de su veracidad; así Estrabón para salvar la exactitud de la geografía homérica (I, 2, 23) sienta como principio que "todo el que narra sus propias andanzas es jactancioso y de éstos era también Menelao". Para el final de su historia reserva el Atrida la noticia gorda de su inmortalidad. La mención de una morada de bienaventuranza revela una mano tardía; sólo a partir de las violentas conmociones sociales y políticas del siglo VII se refugian los hombres en la compensación del más allá. Pero el aedo que introdujo en el poema este fragmento anacrónico no quebró la línea humorista del retrato de Menelao: en las Islas Afortunadas situaba la imaginación popular a Aquiles y a Diomedes por su excelsa valía pero, anuncia Proteo, a Menelao le transportarán allí los dioses "porque es marido de Helena". Y además en esta cómica situación se perfila la creencia de que el Atrida queda muy por debajo, en cuanto a linaje, de Helena "la de noble padre", idea que se repite con frecuencia y es un eco remoto de la relación ritual entre la diosa de vegetación (la Gran Madre, Diana) y el héroe encarnado en su sacerdote (Atis, Virbio). En forma más obvia todavía sugerirá esta relación la Helena de Isócrates que otorga la inmortalidad a Menelao como recompensa de los trabajos que sufrió para recobrarla de sus raptos.

Un rasgo menor en la semblanza caricaturesca de Menelao preludiado ya en la *Iliada* afirma el nexo de pensamiento que une la *Odisea* con Hesíodo y con la elegía de Focílides y de Teognis: es el hablar sentencioso que ofrece en fórmulas pegadizas al oído el poso añejo de experiencia ajena. En la *Iliada*, ni aun Néstor y Odiseo, los dos hombres de consejo, abundan en ellas pero el caudal de sentencias de la *Odisea*, dudosa riqueza, convirtió el poema en texto favorito del estoicismo popular; todos sus personajes las lanzan a porfía, y en este sentido la respuesta de Menelao es una

muestra característica (XV, 68 y ss.). Telémaco desea volver a Itaca; pues bien, su huésped no le retendrá; así se lo asegura en no menos de siete hexámetros que en cadenciosa simetría prueban cómo empieza por ser precepto de buena usanza lo que culminara en norma moral (1). Telémaco tendrá que aguardar únicamente a que le aderecen la comida y coloquen en su carro los dones de hospedaje. Pero si quisiera ponerse bajo su dirección, ambos podrían recorrer la Hélade y nadie les despediría sin regalarles ya un trípode, ya un caldero, un tiro de mulas o una copa de oro. La cortés propuesta enseña cuál sea el origen de los tesoros que tan muníficamente prodiga el rey de Esparta y cuál el modo de circular la riqueza en la época heroica, ya que la práctica recomendada no tiene nada de anómalo. (Véanse las fúngidas aventuras del protagonista: XIV, 285-286; 323-326; XIX, 282-284). Si el amor de Helena es lo que lleva a morir a los héroes de la Ilíada, la posesión de chrémata thymedéa (= "las riquezas [bienes materiales, palabra que no existe en la Ilíada] que deleitan el corazón", XVI, 389) es lo que pone en movimiento a la Odisea: en el happy end de este poema cuenta por mucho el arca cerrada con complicado nudo que el héroe se ha traído de Feacia y que se ha apresurado a esconder en la gruta de las Ninfas, bajo supervisión de Atena. Hasta la guerra de Troya, suma empresa caballeresca, cae bajo este común denominador pecuniario. En el poema de la Cólera la actividad de Aquiles antes del momento de la acción es toda bélica (conquistas de Lesbo, Crisa, Tebas Hipoplacia). Otra cosa dice Néstor en la Odisea (III, 104-6):

(1) Vv. 67-74:

Telémaco, no te retendré aquí mucho tiempo, pues ansías el retorno y por cierto reprocharía al huésped que con exceso agasaja y con exceso aborrece: vale más la medida en todo. Porque no es menor calamidad el que importuna al huésped que no quiere marcharse que el que retiene a quien está impaciente por partir. Mientras el huésped esté a tu lado, agasájale; cuando quiera volver, despáchale.

Compárese la exhortación que se lee en Teognis (vv. 514-518 Bergk), a vueltas de la diatriba política y de las reflexiones sobre Zeus y la justicia:

No obligues a ninguno de nosotros a quedarse a pesar suyo ni pongas en la calle al que no quiere irse; no despiertes al que duerme... ni ordenes que se acueste contra su voluntad el que está despierto.

En estas conveniencias sociales tienen su raíz los preceptos de Delfos que luego pasan a la especulación ética griega: "Nada en demasía", "la medida es lo mejor".

...me recordaste todo lo que hemos sufrido los aqueos vagando en las naves por el mar faz de niebla, en busca de botín, doquiera nos llevase Aquiles.

A la luz de estas y otras palabras de Menelao (III, 301-202; IV, 81 y ss.) explica Estrabón la lentitud del regreso: la demora era en buena parte voluntaria, por afán de lucro. Así al retrato ideal de la nobleza aquea, la *Odisea* sustituye otra concepción y crea a sus personajes a semejanza de los navegantes del siglo VII, el siglo en que Egipto abre sus puertos a los movedizos mercaderes griegos; con el volver de las generaciones, su héroe prestará el nombre a la imagen nueva que Dante ofrecerá a la Europa pre-renaciente, la imagen de aquel Ulises que, poseído de su dignidad de hombre, siente el imperativo de lanzarse más allá de las barreras impuestas por siglos a su derrotero y a su saber.

Aunque sus aventuras trasuntan las correrías utilitarias de una nueva Grecia, Menelao conserva su liberalidad de gran señor; la codicia sombría que le atribuye el Segundo Fausto rompería la gracia de la risueña caricatura homérica. En la *Odisea* Menelao no es avaro: toda la familia se reúne en la perfumada estancia del tesoro a fin de aprestar los dones para Telémaco —la doble copa, la jarra de plata, el peplo labrado—, y recorre de vuelta el palacio en busca del huésped. El poeta ha articulado con gradación dramática la graciosa escena de la entrega, ahondando finamente la caracterización de Helena y de Menelao. Él se esmera en enaltecer su regalo, repitiendo complacido la minuciosa descripción con que lo había presentado al prometérselo el día anterior (IV, 615-19). Su hijo, personaje mudo, deposita su presente en silencio: la pausa realzará la actuación de Helena. También ella acompaña su don con palabras, pero no para encarecerle el valor; de ello se encarga el poeta repitiendo el elogio de la ofrenda con que las troyanas intentan en vano aplacar el rencor de Atena (*Ilíada*, VI, 294-5):

era el más grande y el de más hermosas labores, brillaba como una estrella y estaba guardado debajo de todos los demás.

Tampoco traza Helena la genealogía de su obsequio; todo es futuro para el joven, y en el futuro de Telémaco sitúa la heroína el peplo que despliegan sus manos (XV, 125-129):

Hijo mío, también yo te entrego un don, este recuerdo de las manos de Helena, para que lo lleve tu esposa en el esperado

día de tus bodas; hasta tanto, guárdelo en su cámara tu querida madre. ¡Y ojalá llegues con toda alegría a la tierra de tus padres y a tu bien labrado palacio.

Con cada recomendación penetra más hondo el regalo en la intimidad de Telémaco, porque cada recomendación expresa en diferente forma el deseo de asegurarse el recuerdo y el cariño del huésped, mientras que su solicitud por Telémaco mismo, por su madre, por su futura mujer —prevenido por el v. 26 el lector sabe que Helena ha acertado con esta secreta preocupación del joven— confirma su cortesía de gran dama para con el hijo del antiguo amigo.

Llega en esto la última comida; los huéspedes suben al carro y ya les brinda Menelao la copa de despedida, como en las escenas tantas veces representadas en los vasos, cuando asistimos al cuadro final de la comedia. No bien acaba Telémaco de dar las gracias por la espléndida hospitalidad, un agüero elocuente cautiva la atención de todos: a su derecha pasa volando un águila que arrebatada entre las garras una alimaña. ¿Combate heráldico entre águila y serpiente como en el libro XII de la Ilíada? No: la alimaña que ha arrebatado el águila es un animal doméstico, un ave de corral, un ganso cebado (1), aclara el poeta. Mozos y mozas corren tras él y todo el mundo goza del espectáculo, cuando con ingenua falta de tacto Pisístrato pone a Menelao, "retoño de Zeus, cabeza de la hueste", en el terrible aprieto de decidir si el prodigio va enderezado al dueño de casa o a los huéspedes. Mientras Menelao medita boquiabierto, empeñado en no equivocarse la respuesta, otra vez, como en el panel simétrico que abría la estada de Telémaco en Lacedemonia, se le adelanta con rapidez juvenil Helena, la de fino peplo, divina entre las mujeres, y enuncia, inspirada y segura, la deseada solución. A ella se dirige agradecido Telémaco (XV, 180-1):

¡Así lo cumpla Zeus, fragoroso esposo de Hera! ¡y a fe que allá en mi tierra te invocaría como a una diosa!

(1) El águila representa a Odiseo y el ganso cebado a los pretendientes

non tantum Veneris quantum studiosi culinac.
Muy semejante es el agüero que intriga a Penélope (XIX, 535 y ss.): ve en sueños un águila que baja de los montes y le mata los veinte gansos que ella criaba. ¡Y Odiseo mismo se le aparece además para exponerle el sutil presagio!

“Como a una diosa”; las gentiles palabras de despedida tienen aquí sentido pleno. De igual suerte que en el lamento sobre el cadáver de Héctor, la presencia de Helena está divinamente realizada: ya no es el departir familiar del comienzo, en que todos intervenían; ahora, ella habla y huéspedes y familiares acogen su palabra con respetuosa devoción. Al resolver el grotesco paso de comedia, Helena vuelve a elevarse por un momento a la cumbre épica donde había descendido para alternar con los huéspedes de Menelao. Pero la crítica de las generaciones siguientes ya no volverá a esa altura; su visión del motivo de Helena quedará determinada por la participación de la heroína en el trajín anti-heroico de la Odissea.

La pintura del 1900 a nuestros días

Por JULIO E. PAYRO

El Colegio Libre de Estudios Superiores me ha hecho el honor de ofrecerme su cátedra para hablar de la pintura moderna, del 1900 a nuestros días. Reina una enorme confusión acerca de las distintas tendencias del arte de nuestro siglo, confusión que resulta de la complejidad y la trabazón de los diversos movimientos. Intentaré una clasificación orgánica de las escuelas sucesivas. No pretendo examinar uno por uno los árboles del enmarañado bosque, sino mostrar los más elevados, determinar las esencias principales y señalar algunas sendas que permiten explorar el aparente laberinto.

Al preparar estas conferencias, no he tenido la pretensión de formular teorías brillantes y originales. La materia en sí pertenece ya a la historia y es, por lo tanto del dominio público. Mi programa consiste tan sólo en ofrecer un esquema breve y claro de la revolución que se ha operado en la estética en el siglo XX. Tal aspiración impone sacrificios. Para ser breve, omitiré muchos nombres, muchas obras significativas. Mas quiero dejar expresa constancia de que mis omisiones no significan necesariamente indiferencia o menosprecio. Para ser claro, estableceré una coordinación que, como todo el sistema simple, podrá tacharse de elemen-

tal y acaso de arbitrario. Corro el riesgo de la censura, confiado en que mi método será útil, por su simplicidad misma, para despejar el terreno, y abrigo la esperanza de que inspire a quienes me escuchan, el deseo de bucear más profundamente en la tan discutida pintura moderna.

* * *

En la historia del arte, como en la historia de la humanidad, no hay hechos sin precedentes ni fenómenos inexplicables. Nada es producto de la creación espontánea. Todo obedece a una lógica evolución. La protesta de muchos artistas jóvenes contra los excesos de escuelas entronizadas, la añoranza de una tendencia pasada y mejor, o una voluntad de renovación de los medios de expresarse, impuesta por la transformación del alma colectiva, son las causas profundas de los sacudimientos que se han observado periódicamente en el mundo de la pintura y que van dirigidos, en general, contra conceptos arraigados en el público como consecuencia de la costumbre. Cada vez que la pintura tuerce su rumbo, el espectador se desconcierta y protesta contra lo que considera como una subversión sin precedentes, cuando, en realidad, se trata tan sólo de una oscilación más en la serie constante de acciones progresistas y de reacciones tradicionalistas, tan viejas como el mundo. Así, se cree en general que la pintura, desde los felices tiempos del impresionismo, ha caído en un abismo de delirio del cual no puede salir. Está muy lejos de ser cierto: la fiebre alta de los dos primeros decenios del siglo XX ha salvado al arte enfermo que nos legó la centuria pasada. Y cuando se las contemple desde lejos, con serenidad, las diversas tendencias modernas se encadenarán sin esfuerzo para formar un sistema claro y evidente.

* * *

No requiere el programa de este curso que me remonte más allá de los comienzos del siglo pasado para mostrar la periodicidad de los cambios en el gusto de las generaciones sucesivas. Ni tampoco necesitaré analizar los hechos acaecidos fuera de Francia, ya que París fué el punto de convergencia de todas las fuerzas constructivas, francesas o extranjeras, que dieron a esa ciudad la posición soberbia y privilegiada de inspiradora universal de las artes.

La crisis de la pintura, en Francia y en el mundo, al estallar la Revolución Francesa, era muy semejante a la registrada cien años después, a fines del siglo pasado: era una crisis de agotamiento: se moría lentamente el Renacimiento entre destellos de los magníficos fuegos artificiales de Watteau, entre turbias derivaciones del sensualismo cortesano de Boucher, entre lagrimeos ficticios de la sensiblera escuela de Greuze. La pintura había olvidado las enseñanzas magistrales de los colosos renacentistas y barrocos para dedicarse a un anecdotismo trivial y cotidiano. El gran soplo vivificador de Grecia y Roma era ya imperceptible aliento de moribundo. Y se produjo la lógica reacción.

La Revolución Francesa hizo vibrar de nuevo la cuerda heroica. Se juraba por la Antigüedad, aparecía la moda de los nombres griegos, y David, reformador de las artes, fundaba la escuela puritana y helada del neoclasicismo, dirigida precisamente contra todas las manifestaciones estéticas del antiguo régimen, del abominado régimen de la monarquía. La sensiblería se acabó de pronto. A las lágrimas por cuentagotas de las vírgenes y los hijos pródigos de Greuze sucedió el estrépito de las trompetas guerreras, el juramento de los Horacios, el rapto de las Sabinas. Toda la epopeya napoleónica se cantó luego en estilo noble, en gestos y actitudes teatrales. Cerebral, intransigente, artificial, de una pureza helada de ejecución, la pintura neo-clásica sólo de contrabando toleraba algún calor de vida, algún estremecimiento sensual enérgicamente reprimido, alguna manifestación peculiar del individuo. Era un disciplina rígida, intolerante y estrecha.

Del 1830 al 1848, paralelamente con la conquistas libertarias, el individualismo y la pasión volvieron por sus fueros: la escuela romántica fué consecuente con la anterior en su aspiración de hacer arte grande, pero revolucionaria en cuanto al modo de expresión. Sacudió con estrépito las cadenas académicas davidianas, libertó la forma, reivindicó el color suntuoso, el fausto oriental de Rubens y de Rembrandt, los trágicos efectos de luz y de sombra que había desterrado la academia, hipnotizada por el mármol. Pero conservó el acento heroico, permitiéndose tan sólo un

corto paso hacia la liberación del asunto: el paso que va de la historia a la leyenda y la novela.

Entretanto, el mundo empezaba a hastiarse de esa embriaguez de pasado, de las cruzadas, de Marino Faliero y los esplendores de Venecia, de Virgilio, del Dante, de Fausto y de Medea que la pintura le ofrecía como única alternativa del tradicional retrato. Fermentos filosóficos y políticos hacían nacer el interés por la realidad del mundo en que se vivía, y que empezó a manifestarse primero en los paisajistas, transcritores fieles, a su modo, de las bellezas del campo y de la selva, y muy luego en esa escuela naturalista de Courbet que causó escándalo en su tiempo por su afán de reproducir escenas de la vida corriente, sin literatura. Courbet rompió con los románticos en cuanto al asunto pictórico, reemplazando el cuadro de historia por la tranquila evocación de la vida de los trabajadores, sus contemporáneos. Pintó picapedreros reparando una carretera, pintó un entierro rural, pintó labriegos volviendo de su campo. Reprodujo lo que veía en sus andanzas por el rincón de Francia en que vivía. Pero lo pintó, como los románticos, a fuerza de efectos teatrales, de contrastes antojadizos de luces y sombras; elaborados en el taller.

Resumamos: en los primeros tercios del siglo, asistimos en Francia a tres grandes movimientos, todos ellos de reacción contra el que les precede, todos ellos orientados hacia alguna liberación, hacia alguna ampliación del dominio de la pintura: el neoclasicismo reacciona contra la corrupción del siglo XVIII por el culto puritano de los héroes; el romanticismo reacciona contra ese puritanismo impersonal, libera la técnica y proclama la necesidad de dejar libre curso a las expresiones apasionadas; el naturalismo asesta un golpe al artificio del argumento literario, invocando los derechos de la realidad directamente observada. Y los aportes de las tres escuelas pueden resumirse en tres palabras: orden, expresión, verdad.

* * *

Muestran también los ejemplos precedentes que cada escuela, aun alzándose contra la precedente, algo conserva de ella. No hay, en arte, rupturas bruscas y totales. Es lo que ocurrió con el im-

presionismo, movimiento libertario de vastos, incalculables alcances, que sin embargo está íntimamente vinculado a lo que le precede —el naturalismo— y, por consiguiente, a un encadenamiento de evoluciones que, seguidas paso a paso, nos llevan hasta un punto de partida: el Renacimiento. Por sus aspectos tradicionales, es algo así como la manifestación extrema de cuatro siglos de pintura bajo el signo renacentista. Por sus características originales, preparó indudablemente el terreno para la eclosión de una pintura nueva. No sé cómo se clasificará al impresionismo dentro de uno o dos siglos, cuando la perspectiva histórica lo simplifique todo, acorte las distancias y precise los contornos del panorama. Por mí, creo que fué, no un alumbramiento, sino el canto del cisne de un moribundo: del arte imitativo que imperó en una sociedad pretérita, en el mundo anterior a 1914.

* * *

Si fuera preciso clasificar a toda la pintura que ha conocido el mundo en dos grandes especies, podría decirse que una es la pintura lírica y otra la pintura prosaica. La lírica es aquella que se evade en cualquier forma de lo terrestre y material; la aspiración de la prosaica consiste en la representación exaltada, admirativa o simplemente fiel del espectáculo de la naturaleza. En todos los tiempos, y especialmente en las épocas convulsionadas de guerras, plagas y miseria, hubo pintores que huían del espectáculo entristecedor de un mundo para ellos poco satisfactorio, para refugirse en otro, ilusorio, que creaban en sus obras. Y hubo también en todos los tiempos pintores que estimaban vivir en el mejor de los mundos posibles y cantaban su alabanza por la transcripción concienzuda de sus aspectos visibles. Ahora bien, si se analiza la tendencia del arte en el siglo pasado, se advierte muy luego que, después del breve sobresalto romántico, clasificable en gran parte en la especie lírica, se avanza cada vez más decididamente por la senda de la pintura prosaica. Desde Corot, Millet y Théodore Rousseau, hasta Courbet, lo que más preocupa al pintor es permanecer en contacto con la naturaleza, estar sólidamente plantado en la tierra. Desde luego, hay más poesía en un cuadro que representa un claro de luna que en el que evoca un establo o una carnicería, y

por eso es más poeta Corot que Courbet, pero no me refiero a esas diferencias inherentes al motivo mismo, sino a la preocupación de pintar una u otra cosa "tal como son". Todos los pintores nombrados, los más significativos de la abundante cohorte de sus correligionarios realistas, amaban apasionadamente (y pintaban con exquisito gusto y con sabiduría) el panorama del mundo en que vivían. Pero lo pintaban en su taller: fielmente documentados por medio de dibujos y bocetos tomados del natural, se encerraban luego para terminar cómodamente su obra. Y, cosa extraña, apenas si había diferencia, para ellos, entre la noche y el día, entre la luz implacable del sol de Provenza y los mortecinos rayos del sol de invierno de Barbizon. Difícil es creer que observadores tan minuciosos y penetrantes no advirtieran el violento contraste. Lo más probable es que los desdeñaran, como tradicionalmente se hizo en toda la historia de la pintura, por razones puramente plásticas. Decía Ticiano que "el sol era muy bueno para calentarse, pero muy malo para pintarlo" y esa frase, en boca de tamaño maestro, merece tenerse muy en cuenta. Pues bien, lo más inesperado, lo más característico, lo más importante del movimiento impresionista consistió en plantar el caballete en pleno campo, al aire libre, para reproducir "sobre el terreno" el espectáculo natural. Prescindir del taller; transcribir directamente las impresiones visuales recibidas; observar el juego sutil y caprichoso de la luz y de la sombra, las transformaciones de los colores por la perspectiva aérea y los reflejos, introducir la atmósfera física en el cuadro, como personaje dominante, tal fué el propósito de los artistas que hollaron la senda abierta por Claude Monet alrededor del año 1870. De este propósito fundamental se deriva todo lo significativo del movimiento cuyo nombre, digámoslo de paso, tuvo su origen, sencillamente, en un cuadro expuesto por Monet y titulado "Impresión" que, como todas las obras primeras del maestro, causó descomunal escándalo.

Los impresionistas se dedicaron con tenaz empeño naturalista a pintar la realidad, incluyendo en ella la realidad de la luz, elemento recién introducido en la concepción artística. Tan realistas como Courbet por su voluntad de no representar otra cosa que lo que veían todos los días, lo eran más que él a causa de su preocupación por imitar los efectos inconstantes que producen las

diversas horas del día, las distintas estaciones del año. Monet llevó la conciencia, en tal sentido, hasta el punto de plantar varios caballetes, en semicírculo, ante el mismo campo en medio del cual se alzaba una parva. Cada cuarto de hora, abandonaba uno de los caballetes para pasar a otra tela, donde registraba la nueva versión colorida y luminosa de la parva acariciada por un sol cambiante. No hubo, pues, pintores más ávidos de verdad que los impresionistas, y sin embargo, el público los perseguía con su odio, porque estaba convencido de que se burlaban de él.

Pero triunfaron al fin y, como ocurre siempre, desde que el hombre cuaternario pintó los bisontes de Altamira, enseñaron al público a "ver". Porque el artista cuyo oficio es estudiar la forma y el color de las cosas, ve siempre más que el común de los mortales, para quien los ojos sólo sirven propósitos prácticos. Así vieron los impresionistas, apoyándose en teorías científicas imperfectamente asimiladas por ellos, que la sombra proyectada por un objeto sobre la arena amarilla era marcadamente violeta. La gente bramaba o prorrumpía en estrepitosas carcajadas ante esa yuxtaposición de tonos insólita, pero poco a poco se fué acostumbrando a tal punto que cuando la pintura de paisaje, en un nuevo vuelco tradicionalista, prescindió de tales efectos y adoptó armonías más neutralizadas con el propósito de dar mayor unidad al cuadro, el público denunció esa tendencia en nombre de los violetas y los amarillos del impresionismo.

Dejamos, pues, sentado que los impresionistas llevaron el naturalismo prosaico a su extremo límite. Recordemos ahora que, paralelamente a aquel movimiento de verismo que sumerge todo el siglo pasado, se manifestó una constante aspiración a la libertad de expresión y de técnica. La lamida pintura de factura clásica no tenía ya otro refugio que la Academia cuando surgió Monet. Y los impresionistas asestaron el golpe decisivo a los procedimientos de la "cocina" tradicional. ¿Cómo no habían de hacerlo? Pintaban al aire libre, bajo el sol, bajo la lluvia o la nieve, con los dedos endurecidos de frío, sobre la tela estremecida por ráfagas de viento. Era el suyo un oficio directo, vigoroso, ágil, precipitado, que no admitía mucho retoque. Al correr las horas se iba alterando lentamente el motivo y era preciso apresurarse para captar el efecto fugaz. Su arte era de nervios y de sentidos, y no

el producto de una cerebración lenta. Ello no podía menos que manifestarse en la pincelada, en la pasta desigual, en la imprecisión del dibujo. Absurdo sería pretender que, trabajando en tales condiciones, pudiesen conservar nada de las lentas preparaciones, de las capas sucesivas, de las hábiles y discretas veladuras de la técnica antigua. Y la pintura perdió de golpe —en términos de belleza de ejecución y de armonía constructiva— lo que ganó en espontaneidad y en vigor de expresión.

* * *

En suma, el impresionismo fué una manifestación de individualismo agudo, el resultado de una serie de acciones cada vez más alejadas de una concepción impersonal, unitaria, colectiva, e impulsadas, desde luego, por las corrientes filosóficas derivadas de la Revolución Francesa. Alrededor del 1900, había una verdad para cada pintor: la verdad de su visión propia del espectáculo del mundo. Claude Monet, en los últimos años de su dilatada vida, renunció por completo a la figura para dedicarse exclusivamente al paisaje y la naturaleza muerta. Prescindiendo de la efigie humana, sin la cual no hay pintura que ofrezca verdadero interés temático, indeterminado en la forma hasta el extremo de no ser aparente el dibujo de un perfil, desprovisto de construcción plástica estructurada, fragmentado al infinito el color de intensidades neutras, dominado por el blanco (ese blanco del cual decía un gran pintor veneciano que ojalá fuera tan caro como el ultramar, para que no se abusara de él), privado de todo factor constante por el juego de la luz y de los reflejos, que se caracteriza por la movilidad, la inestabilidad, la condición accidental y pasajera, el cuadro impresionista que originalmente aspiraba a la máxima verdad, acabó por ser la más artificial y externa imagen del mundo, en que ningún objeto tenía importancia en sí, sino tan sólo valores relativos, en función del ojo, del temperamento y del estado de ánimo del pintor en determinado momento.

Dijimos, hablando de la escuela de Barbizon, que sus discípulos no distinguían diferencias entre la luz de la Provenza y la luz de la Isla de Francia: todo lo pintaban igualmente sombrío. Era la mecanización, la academización de un procedimiento. Pues

bien, apenas triunfó el impresionismo, se volvió fórmula a su vez, adquirió "tics" inconfundibles, se estereotipó de tal modo que tampoco los impresionistas diferenciaron el paisaje del norte y el paisaje del sur: la atmósfera de Noruega y la de Argelia son para ellos muy semejantes, sino idénticas. El único cambio consiste en que la paleta del pintor se ha aclarado de tal modo que, en la escuela impresionista, los colores se agrupan en torno del blanco, mientras que en la de Barbizon, forman sus armonías en torno del negro.

Recapitulemos: el impresionismo pulverizó todas las teorías formadas en torno de la pintura desde los tiempos del Renacimiento, de acuerdo con las cuales un buen cuadro debía constar de cuatro elementos fundamentales: 1) asunto, 2) representación real, 3) construcción geométrica, 4) maestría técnica, y se lanzó decididamente por la senda de la libre expresión del sensualismo individual a través de una transcripción arbitraria de impresiones puramente ópticas y, subrayémoslo, accidentales.

El pintor del Renacimiento, cuando pintaba, miraba más el cuadro que el modelo. Y tanto que el modelo solía no estar en el taller, aun tratándose de un retrato. El pintor impresionista, en cambio, mira más al modelo que al lienzo. (Rodin, el magnífico escultor, enseñaba a dibujar la figura humana sin alejar la vista del modelo: la mano debía trazar por tanteo en el papel, sin fiscalización directa de la vista, sino por instinto, las imágenes dictadas por los ojos). En estas condiciones, lógico es que la perfección técnica del cuadro renacentista no tenga contrapartida en el lienzo impresionista. Por otra parte, el primero buscaba en un rostro rasgos psicológicos y en una figura, equilibrios armónicos de forma. El asunto del retrato era la personalidad del retratado; la representación real se derivaba de la selección de los elementos constantes de la figura; la construcción del conjunto era la consecuencia de una concepción geométrica de la belleza; la maestría técnica constituía un imperativo de la consuetudinaria concepción artesana del objeto de arte, que ha de ser ante todo hermoso en sí, en su calidad de objeto, con abstracción de lo que pueda repre-

sentar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un tipo, un prototipo: es lo que encontramos siempre en el retrato antiguo, porque, conviene repetirlo, los antiguos operan

con los valores constantes, no con los accidentales. Pera el impresionista que pinta un retrato, en cambio, no es importante el individuo que sientan enfrente de ellos y al cual, sin embargo, hacen observar una inmovilidad despiadada: lo importante es el rayo de luz que, de tal a tal hora, mariposea en el rostro del sujeto. Si cambia el efecto de luz, porque el sol sigue andando, el impresionista tiene que dejar de pintar hasta el día siguiente.

* * *

Tendrán ustedes que disculparme si, a esta altura de mi exposición entro por un instante en explicaciones puramente técnicas acerca del oficio de la pintura. Sin tales aclaraciones, que para muchos serán harto conocidas pero que algunos pueden no tener tan presentes en la memoria, me resultaría difícil hacerme entender con claridad.

Todos los objetos visibles tienen su color predominante. Así, una amapola es roja, un limón, amarillo, un zafiro, azul, una planta, verde, un papel, blanco. Ese color esencial es lo que el pintor llama tono local. Los primitivos cultivaban en sus obras el tono local, distintivo y casi simbólico a veces, y prescindían generalmente de las alteraciones introducidas en él por la luz y la sombra. Los pintores barrocos, para quienes el claro-oscuro, o sea ese juego de luz y sombra, solía tener gran importancia, operaban pintando la parte iluminada del objeto con el tono local más claro (por adición de un color más luminoso) y la parte sombría con el tono local más oscuro (por adición de un color más opaco). Las variaciones de un tono local entre la claridad máxima, que sería el blanco, y la obscuridad máxima, que sería el negro, se llaman los matices de un tono. La matización del tono local fué un gran paso dado en el sentido del verismo imitativo, desde el Renacimiento.

Además de los efectos del tono local y del claro-oscuro, la naturaleza nos brinda otro, el de los reflejos. Cualquier objeto refleja con mayor o menor intensidad las cosas que lo rodean. El fenómeno es más o menos visible, pero se produce siempre. Desde luego, en una superficie brillante, un espejo, un metal pulido, una porcelana clara, el reflejo tiene tal precisión que suele reproducir

la imagen del objeto vecino. Pero la tapa negra y opaca de un libro también refleja, aunque en la forma más imprecisa, los objetos que la rodean, y en tal caso igualmente se modifica el tono local (el color básico del objeto) como consecuencia de lo que se encuentra cerca de él. Este fenómeno, y no otro, es responsable de la admirable armonía de color que observamos en la naturaleza, donde jamás desentona nada. Es algo que puede observarse muy bien en los países tropicales, en el Brasil, por ejemplo, donde las casas suelen estar pintadas de todos los colores imaginables y, sin embargo, armonizan entre sí y con el paisaje, admirablemente, a pesar de las aparentes disonancias. El pintor que no tuviera en cuenta los reflejos al pintar una vista de Río de Janeiro y se limitara a reproducir tonos locales, haría un cuadro inarmónico, espantoso.

Ni los primitivos, ni los primeros renacentistas tuvieron en cuenta el fenómeno de los reflejos. Pintores barrocos, como Rubens, sistematizaron su empleo pictórico convencionalmente. Los impresionistas, en cambio, le hicieron desempeñar un papel primordial.

También tenemos que considerar la perspectiva aérea. Los antiguos, desde Paolo Uccello, se ocuparon tan sólo de perspectiva lineal, es decir de ese fenómeno de la vista que deforma los objetos y altera sus dimensiones en razón directa de la distancia a que se encuentran del espectador. Mas esas deformaciones, para los antiguos, pertenecen únicamente al dibujo. Ahora bien, los modernos observaron que la atmósfera también tiene su perspectiva. Las capas atmosféricas que se interponen entre el observador y el horizonte son como un sinnúmero de cortinas de tul muy transparentes y del color del cielo, que van difuminando los tonos locales de los objetos a medida que estos se colocan más lejos del espectador y más cerca del horizonte. Ello es obvio, pues allá, en último término, el objeto está recubierto por tantas cortinas atmosféricas que, a pesar de la transparencia de éstas, acaban por formar un velo opaco, y este velo, presta su color a aquella forma lejana.

Valga un ejemplo: una mujer vestida de rojo pasea por el ambiente serrano de Córdoba. Vista de cerca contrasta violentamente con el fondo de bosques y montañas. A medida que se

aleja, su vestido es una mancha cada vez menos sonora en el conjunto, y en un momento dado, el rojo acaba por no ser perceptible siquiera. Ha sido absorbido por los velos atmosféricos. Tal es el principio de la perspectiva aérea cuya aplicación, junto con la perspectiva lineal, debería producir teóricamente el máximo de realidad imitativa.

Por fin, ejerce su influencia en la pintura moderna el conocimiento de que la luz tiene un color propio, que tiñe leve o fuertemente, según los casos, a los objetos que baña. No es preciso ser pintor para saber que la luz de la mañana es más fría, más azulada que la de la tarde, cálida y anaranjada. En ningún caso se advierte mejor el fenómeno que al observar paisajes nevados: el sol poniente suele teñir la nieve de un rojo violento como el de un reflector de teatro.

Pues bien, la característica de los impresionistas fué su indiferencia absoluta por el tono local (único elemento constante en el orden del color), su desprecio por la perspectiva lineal (factor matemático, disciplinario, de construcción de un cuadro) y su preocupación dominante por la función de los reflejos, del color de la luz y de la perspectiva aérea, que son los elementos más inconstantes y caprichosos que puede imaginarse.

Tuvieron, pues, una noción inestable, movediza, accidental y a flor de piel del paisaje y del hombre. Al tomar como tema la figura humana, no trataron de crear prototipos, como lo hacían los clásicos, ni siquiera de retratar individuos de características singulares, sino que consideraron al hombre como simple objeto, en que tenían más importancia los reflejos de todo lo que los rodeaba que sus propios rasgos fisonómicos. En tales condiciones, para aquellos hombres que sólo juraban por la verdad y representaban la última etapa en el camino de la imitación de las cosas reales, el espectáculo del universo se convirtió en pretexto para el juego más arbitrario de sutiles e imponderables armonías de colores.

* * *

con los epígonos, en el amaneramiento, la sistematización, la Academia. Claude Monet, que murió en 1926, casi nonagenario, durante los últimos 25 años de vida —mientras en su retiro campestre pintaba inmensos paneles que sólo representan nenúfares y agua y apenas tienen el valor de curiosidades decorativas— asistió al derrumbe total de sus teorías. El otro gigante del impresionismo primitivo, Auguste Renoir, pintor exquisito, amante de bellas formas, alimentado de sanas tradiciones y de una inspiración poética reñida con los excesos de lenguaje, se orientó muy luego hacia el camino de la medida clásica, y bajo su égida se formaron una serie de discípulos —Albert Besnard, es el más famoso de ellos— que del impresionismo sólo conservaron lo más externo, lo más compatible con el estilo tradicional de los artistas elegantes y de buen tono. Volvieron a la Academia —que también evoluciona con los tiempos— como los muchachos vuelven a la escuela después de hacer la rabona: interiormente exaltados por todo lo que descubrieron en la espléndida aventura de un día, pero, como se dice, con el rabo entre las piernas. Pertenecen todos ellos al grupo de los eclécticos que, lejos de someterse a la rigurosa, intransigente disciplina del impresionismo integral, sufrieron las más diversas influencias clásicas, de flamencos, de españoles y de italianos del siglo XVII y no pueden clasificarse, por lo tanto, entre los innovadores.

En cambio, un grupo de artistas encabezados por el juvenil Seurat, en vez de volver atrás, hacia la escuela, aspiró a llevar a sus últimos extremos la concepción impresionista. Los trabajos científicos de Helmholtz y Chevreul acerca de los fenómenos cromáticos fueron la cartilla de los neo-impresionistas, también llamados divisionistas y puntillistas. Seurat, Sisley, Signac y también el veterano Pissarro, empeñados en la reproducción exacta de los fenómenos luminosos, llegaron a la conclusión de que al mezclar los colores en la paleta, reducían su valor cromático, por tratarse de pigmentos groseros cuya amalgama producía tintas barrozas. Basándose en los experimentos de los físicos mencionados acerca de las "mezclas ópticas", es decir acerca de las combinaciones de tonos aislados que se operan en el ojo humano por superposiciones visuales, optaron por pintar exclusivamente con los colores puros del prisma, yuxtapuestos en la tela por pequeñas manchas,

redondas o cuadradas, o por diminutos puntos, de tal modo que, por ejemplo, una superficie punteada de rojo y verde produjese en la retina del espectador —a consecuencia de aquella “mezcla óptica”— el efecto combinado de los dos colores.

Los neo-impresionistas (que influyeron, no en el estilo pero sí en la técnica de Van Gogh y de Gauguin), se fundaban en verdades científicas introvertibles y llevaron muy lejos sus experiencias cromáticas. Pero como bien puede imaginarse, el ejercicio de su técnica de verdaderos mosaistas era de una meticulosidad, una frialdad y una lentitud verdaderamente agobiadoras. Desde luego, no permitía la menor espontaneidad de expresión, y en esa época enemiga de trabas al oficio, ello bastó para condenar a muerte al divisionismo. No prosperó en Francia, aunque lo practicaron en mayor o menor escala Bonnard, Vuillard y Roussel, por una parte, Henri Martin y Le Sidaner, por otra; y no tuvo mayor eco fuera de las fronteras francesas, salvo en Bélgica, donde produjo un maestro del género, Theo Van Rysselberghe, y en Alemania, donde se modificó substancialmente en un sentido académico pero no dejó de transformar la pintura de paisaje.

La última proyección del impresionismo llegó, pues, a un callejón sin salida. Por un lado —después de Renoir— vulgarizado, popularizado, suavizadas todas sus aristas violentas, el impresionismo de los epígonos —tigre de circo con las garras limadas— prestaba una apariencia de vida y de modernismo a los pintores a la moda, a los socios de los salones oficiales, y a través de ellos entraba en las viviendas de la burguesía. Por otro lado, sistematizado hasta la mecanización, producía una rama científica, fría, impersonal.

Pero lo más curioso es que el divisionismo, hijo del impresionismo, derrotado por sus propias armas, producía acaso a pesar suyo obras anti-impresionistas por lo estilizadas, por lo rigurosas en la forma, por lo altamente decorativas, como las admirables composiciones de Seurat en que las figuras adquieren valores monumentales por su extrema simplificación, reducidas como están a meras siluetas chatas que solo por el propio color se destacan sobre fondos semejantes a los de las más bellas tapicerías.

Luego veremos cómo el divisionismo tuvo su consecuencia

más inesperada al ser invocada por los futuristas como factor "sin el cual la pintura no puede subsistir".

* * *

Ya en pleno esplendor del impresionismo se había producido un movimiento de protesta y reacción contra esa escuela material, satisfecha, despreocupada, que tan bien representaba a ese fin de siglo decadente y exhausto. A ella se opuso en nombre del espíritu el prerrafaelismo, hermano del simbolismo, ávido de contenido intelectual en la obra de arte. Consideró que el impresionismo era el resultado nefasto de todo el movimiento artístico iniciado en el siglo XVI, y por eso puso los ojos en los maestros anteriores a Rafael, modelo del pintor renacentista. El prerrafaelismo fracasó, porque no estaba preparado el terreno para una visión más espiritual e íntima de las cosas. Ni los mismo prerrafaelistas estaban suficientemente convencidos de la necesidad de dar el gran salto atrás, de modo que no tuvieron fuerza de arrastre. Se vivía entonces en pleno delirio del siglo del progreso, en el "mejor de los mundos posibles", y en aquella fiesta de prosperidad y alegría superficiales, precursora de una de las mayores catástrofes que asolaron a la tierra, nadie quería hacer caso a aquellos austeros disciplinantes. ¡Muy distinta hubiera sido la evolución de la pintura si se hubiese dilatado aquel movimiento!

Entretanto, tres hombres formados en el impresionismo o el neo-impresionismo, Vincent Van Gogh, Paul Gauguin y Paul Cézanne, obraban en silencio y soledad, en sentidos marcadamente divergentes, sin sospechar acaso que sus tres obras monumentales contenían en potencia otras tantas escuelas trascendentes.

TEORIAS REVOLUCIONARIAS

Por ALFREDO POVIÑA

CLASIFICACION DE LAS REVOLUCIONES. — REVOLUCIONES SOCIALES Y REVOLUCIONES POLITICAS. — APLICACIONES. — LA REVOLUCION DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1930. (*)

En las dos primeras conferencias hemos seguido un método exclusivamente inductivo. Partimos de lo particular para ir a lo general, tomando los elementos comunes de los casos concretos, con el objeto de llegar a una generalización sociológica. Ahora el método será preferentemente deductivo. Volveremos de lo general a lo particular, es decir, trataremos de efectuar una aplicación de la teoría sociológica a determinados fenómenos históricos.

Para poder llegar a hacer una aplicación a casos especiales, es previo realizar una clasificación de los tipos de revoluciones, porque si bien es cierto que todas tienen una estructura común, no lo es menos que cada una posee particularidades que permiten agruparlas y subdividir las.

Nuestro punto de partida será la posición psico-sociológica de Gabriel Tarde, para quien todos los fenómenos pueden considerarse comprendidos en tres grandes campos, que son: la repetición, la oposición y la adaptación. Esta ley se cumple no sólo

(*) Tercera clase del curso del Profesor de la Universidad de Córdoba, doctor Alfredo Poviña, dictada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 17 de Octubre de 1936.

en el mundo físico y biológico, sino también en el individuo y en el grupo. En consecuencia, toda ciencia consiste en considerar una realidad cualquiera bajo estos tres aspectos: las repeticiones, las oposiciones y las adaptaciones que encierra. En virtud de este principio, la sociología no conseguirá elevarse ni más ni menos que otra ciencia, sino poseyendo y teniendo conciencia de que posee el dominio propio de repeticiones, de oposiciones y de adaptaciones, todos característicos y de su exclusiva propiedad. (1).

Dejando de lado el primero y el último de esos aspectos, que por el momento no nos interesan, estudiemos el proceso de oposición, que puede manifestarse, por una parte, en el mundo natural: astronómico, físico y químico, y por otra, en el campo animado, que se traduce en el concepto de lucha por la vida. Por último, en el mundo humano, el conflicto toma dos formas diferentes, ya sea que se cumpla en el individuo mismo, ya sea que se refiera al grupo en su totalidad. La lucha individual es aquella que se produce dentro de cada uno de nosotros mismos, es una oposición infinitesimal, una lucha diaria y de cada momento, como cuando dudamos interiormente por elegir y decidimos entre dos palabras que pueden tener un mismo significado, o entre seguir uno de dos modelos diferentes que tenemos a la vista. Pero la lucha que a la sociología interesa principalmente es la lucha colectiva, la lucha de los grupos como tal. Este modo de oposición se manifiesta en la forma de los conflictos sociales, en los que el sujeto ya no es el individuo mismo, sino la sociedad.

Los conflictos de grupos o sociales se manifiestan en diferentes formas puras de socialización, siendo las dos principales la guerra y la revolución. A ellas se agregan otras secundarias de naturaleza individual y externa, tales como la concurrencia, afirma Xénopol, la lucha jurídica, o lucha de los pleitos, que describe Jorge Simmel, la lucha del deporte en el que se lucha simplemente por el placer de luchar, y la discusión verbal que agrega Tarde. (2).

(1) G. Tarde: "Las leyes sociales". — Traducción española de G. Núñez de Prado.—Sopena.—Barcelona.—pp. 7 a 10.

(2) A. D. Xénopol: "Le rôle de la guerre dans l'histoire de la civilisation". — Annales de l'Institut de Sociologie; t. XI; 1907; p. 299.—Jorge Simmel: "Sociología". — Traducción de J. Pérez Bances; Revista de Occidente; Madrid; 1927; IV: La lucha.—G. Tarde: Ob. cit.—p. 75.

Dejando de lado estas últimas formas nos concretaremos entonces a las dos primeras que son las que nos interesan: la revolución y la guerra.

La guerra es la manifestación sociológica de la lucha entre dos sociedades diferentes. Con análogo criterio diremos que la revolución es un conflicto dentro de una misma sociedad. Es la oposición inter-social e intra-social respectivamente, como diría Tarde.

En la revolución, sin embargo, es preciso hacer algunas distinciones. Si bien es cierto que, como particularidad propia, la revolución se cumple dentro de un ámbito social determinado, no lo es menos que existe una forma especial que participa en cierto modo de las características de la guerra. Existen así ciertas revoluciones, cuyos efectos salen fuera del ámbito de la sociedad en la que se realiza. (3).

Estas revoluciones, que podemos denominar con un término en cierto modo paradójico, revoluciones externas, comprenden dos grandes grupos: las revoluciones de independencia y las revoluciones de secesión. Estos dos tipos, y por eso pueden llamarse indiferentemente guerras, presentan en cierto sentido, las características de uno y de otro de estos dos modos principales de conflicto social. Son entonces, formas "sui generis" de revolución, que constituyen la etapa intermedia entre la revolución propiamente dicha y la guerra con todas sus características. Este tipo de revoluciones externas tiene como particularidad, de que se cumplen en su primera etapa dentro de un ámbito social, como sucede en una revolución de independencia; con el triunfo del movimiento se produce el efecto de que esta sociedad revolucionaria se separa, se divide y queda así seccionada de la otra parte de la sociedad, con la cual antes formaba un solo todo.

Eliminando esta forma híbrida de revolución-guerra, el tipo que más nos interesa es el de las revoluciones internas, es decir, aquéllas que se cumplen dentro de una sociedad determinada, y a las que nos hemos referido en las dos clases anteriores de este cursillo.

Estas revoluciones internas son susceptibles también de una clasificación desde un punto de vista teórico, y podemos decir que:

(3) Cfr. Alfredo Poviña: "Sociología de la Revolución". — Imprenta de la Universidad. — Córdoba. — 1933. — p. 106.

hay tantas revoluciones internas como instituciones en una sociedad determinada. La noción de sociedad, no en el sentido a que nos referíamos de sociedad "in status nascens" que se transforma en virtud de un proceso insensible y progresivo, sino en el sentido de sociedad institucionalizada, que es la que nos da la base para hacer la clasificación de los diversos tipos de revoluciones.

Así podemos encontrar revoluciones referidas a cada una de las clases de las instituciones fundamentales de una sociedad. Y es posible entonces, concebir revoluciones políticas, revoluciones económicas, revoluciones religiosas, revoluciones industriales y hasta revoluciones estéticas. Pero también la revolución puede no afectar solamente a una institución determinada, sino que puede referirse a toda la sociedad en su conjunto; son sociales en el sentido de abarcar todas las instituciones de un grupo en un momento determinado. De todas estas formas, los dos tipos característicos de revolución son las revoluciones políticas y las revoluciones sociales.

Las primeras, lógicamente se deduce, son aquéllas que afectan únicamente a las instituciones que configuran el organismo político de una sociedad; en una palabra, son las revoluciones que importan un cambio de gobierno o una transformación en el régimen del estado.

Presentan, dos matices fundamentales. Puede ser una revolución política que afecte directamente la estructura política; es decir, aquella revolución que tiene por objeto y por fin cambiar el régimen político vigente de una sociedad en el momento de la revolución.

Este tipo de revolución que afecta la estructura política, es al mismo tiempo social, en el sentido de que la institución política es una de las bases fundamentales de toda organización colectiva. Por eso tenía razón Marx, cuando decía que toda revolución política es en el fondo social, afirmación que admitimos exclusivamente con respecto a este primer matiz. Hay otro segundo aspecto de revolución política y es aquella que simplemente tiene por objeto el cambio de hombres del régimen político, sin tocar la estructura fundamental de este régimen.

Por tanto, dentro de este primer grupo de revoluciones políticas es posible hacer una distinción, y a mi modo de ver, este

doble matiz es de importancia. Podemos distinguir, entonces, una revolución política simple que es aquella que se limita a cambiar únicamente los hombres del gobierno, y una revolución política compleja que es la que se vincula directamente con la organización y estructura políticas.

Sin embargo, en cualquiera de estos dos tipos, la revolución tiene un carácter superficial, es una revolución en horizontalidad; simplemente afecta a la capa superior de la estructura social, y por tanto, es una revolución de alcances limitados.

Frente a todas estas características de la revolución política, encontramos aquellos rasgos distintivos de las revoluciones sociales.

Estas revoluciones importan modificaciones fundamentales de la vida del grupo. Es, como decía Echeverría, "el desquicio completo de un orden social antiguo o el cambio absoluto tanto en el régimen interior como exterior de la sociedad". (4).

Afecta, por tanto, a todos los estados definidos de una sociedad; y en consecuencia, ya no existe el partido revolucionario identificado con un partido político, que es la característica fundamental de esa clase de revoluciones sino que el partido revolucionario debe considerarse como partido social.

La revolución social importa una innovación institucional, por tanto afecta también, como la revolución política, el aspecto político de la sociedad, pero no como propósito único y último. La revolución política se propone simplemente apoderarse de la estructura política, ya sea para modificarla o para gobernar el partido revolucionario. La institución política es entonces, el fin último de la revolución política. En cambio, en la revolución social, la toma del gobierno, el apoderamiento del estado, de las instituciones estatales por el partido revolucionario, es simplemente un medio para realizar otro fin que va más allá de la esfera puramente política.

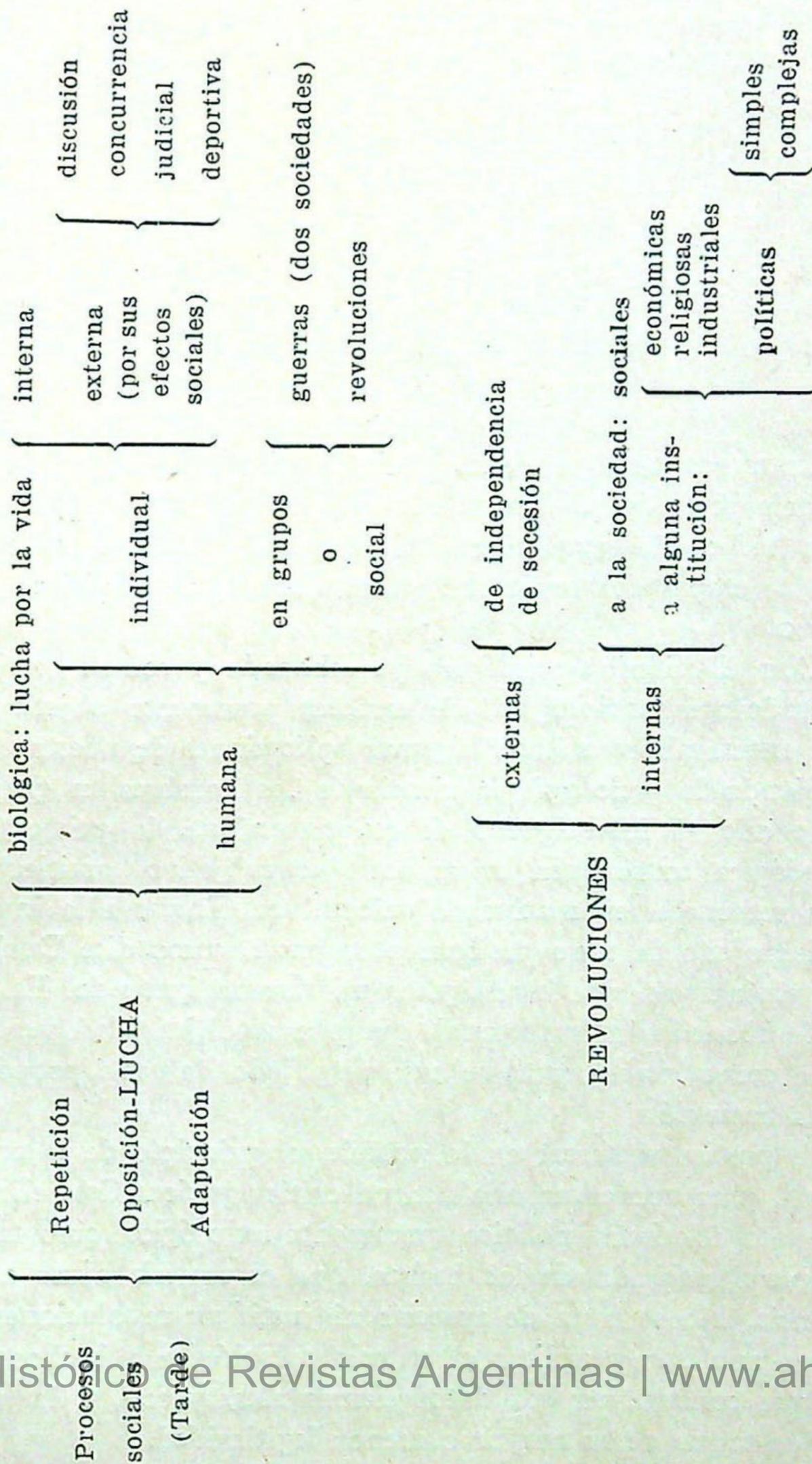
La revolución social es una revolución en verticalidad, es un proceso en profundidad, va a llegar hasta los cimientos mismos de la vida social y transforma, o por lo menos pretende transformar, todas las instituciones de una sociedad y no simplemente su

(4) Esteban Echeverría: "Dogma Socialista". - La Facultad. - Buenos Aires.-1915.-p. 171.

vida política, como es el objetivo del primer grupo o del primer tipo de revolución. (5).

Con lo dicho, quedan claramente establecidas las características fundamentales de las revoluciones políticas con sus dos matices: las revoluciones políticas simples y las revoluciones políticas complejas, como también qué es lo que debe entenderse por una revolución social. Para mayor claridad, agregamos el siguiente cuadro sinóptico, que sintetiza las distinciones mencionadas:

(5) **Arturo Orgaz**: "Diccionario Elemental de Derecho y Ciencias Sociales" (Imprenta de la Universidad de Córdoba, 1933), con un criterio semejante, las distingue del siguiente modo: "Las revoluciones políticas atienden más a la forma que al espíritu o sustancia de las instituciones, más a la estructura que al movimiento de la sociedad. Las segundas (las revoluciones sociales), sin despreciar por cierto lo formal, se preocupan más del nuevo sentido de la vida colectiva, de una nueva manera de ser y de vivir". (p. 430).



A P L I C A C I O N E S

Entremos ahora al estudio de la piedra de toque de nuestra teoría sociológica. Veamos si esta generalización puede aplicarse a hechos de la vida real. Si se puede encontrar los elementos y las etapas del fenómeno en diversos casos históricos de revolución.

Con el criterio sociológico ya esbozado y con el auxilio de la metodología sociológica, de carácter puramente objetivo, vamos a entrar ahora a hacer algunas aplicaciones de nuestra teoría.

Siendo la sociología la ciencia de los hombres en grupos, y participando el investigador de esa naturaleza, la primera regla metodológica consiste en evitar todo lo subjetivo, omitiendo los juicios personales estimativos o valorativos. Entrar a la investigación despojado de todo pre-concepto; hacer, como dice Durkheim, con el espíritu del que investiga en un terreno ignorado. Es el método de observación impersonal, que por su objetividad puede presumirse como exacto, porque está despojado de todo propósito y de toda intención.

Es preciso desterrar en lo posible, el principio de la ecuación personal, para conservar una actitud crítica y científica, eliminando no sólo el criterio político, puramente axiológico, sino también la simple descripción de los hechos, que es materia ajena a nuestra ciencia. No se trata de apreciar ni justificar revoluciones, sino exponer, analizar y aplicar el criterio sociológico a hechos históricos, que constituyen sus datos elementales, y son, a la vez, la piedra de toque de su mayor o menor legitimidad.

Esta investigación puede considerarse como un ensayo de sociología aplicada, y como nos referimos a casos nuestros principalmente, es una especie de sociología nacional, como quería Juan Agustín García, o aplicación de la teoría sociológica de la revolución en la República Argentina.

El gran maestro español, don José Ortega y Gasset, siempre tan recordado, nos dice en su obra "El tema de nuestro tiempo", que en Europa han acabado las revoluciones y que en América nos las ha habido todavía. (6).

En primer lugar, es bueno hacer una advertencia. En materia social son peligrosas las profecías, cualquiera que sea la inteligencia y la capacidad del que las hace, y son aventuradas porque aquella profecía de Ortega y Gasset no se ha cumplido; por el contrario, los hechos de su misma patria no están de acuerdo con aquella afirmación tan dogmática.

Ortega y Gasset quería significar al decir que en Europa han acabado las revoluciones, de que allí no existen ni pueden existir más revoluciones "sociales". Sin embargo, en España viven hoy en una de las revoluciones, quizás la más grande de todas de la época moderna, y que por su magnitud, solamente podría comparársela a la Revolución Francesa o a la Revolución Rusa.

La Revolución Española es, a nuestro modo de ver, una revolución típicamente social. Cualquiera que sea el resultado de la revolución —al cual todavía no hemos llegado— es evidente que la estructura social fundamental de España, va a sufrir una gran modificación en todos los órdenes de la vida. No es una revolución que tiene únicamente por objetivo apoderarse del Gobierno, para cambiar la estructura política o para gobernar los revolucionarios, sino que, por el contrario, ya sea que triunfe el partido gobernante, ya sea que triunfe la revolución, es lógico presumir —y hablo en tono de presunción, porque quiero evitar toda clase de profecías— es lógico presumir que España va a sufrir una transformación fundamental en todo el orden social. Por tanto, creemos aventurada, y los hechos lo demuestran, la primera parte de la afirmación del pensador español.

(6) José Ortega y Gasset: "El ocaso de las revoluciones", en "El tema de nuestro tiempo". - Revista de Occidente. (Segunda edición). Madrid. - 1928. - pp. 161 y 163.

Pasemos a la segunda, que es la que más nos interesa; piensa Ortega y Gasset, que en América no ha habido todavía ninguna revolución, a pesar —nos dice— de la afirmación de su amigo uruguayo de que, en menos de un siglo, su país había sufrido los efectos de cuarenta revoluciones. Esta afirmación también la debemos entender referida a las revoluciones sociales, porque la opinión exagerada de su amigo uruguayo, es una realidad frecuente en todos los países latino-americanos, en los que vivimos en una “exuberancia tradicional del fenómeno”. Sin embargo, estos movimientos no presentan ninguna de las características de una revolución social, aunque quizás sea una excepción, la Revolución de Méjico, que tiene alguna trascendencia colectiva.

En nuestro país hemos pasado por varias revoluciones, empezando por la primera o sea la Revolución de Mayo que es una revolución de independencia, y que por tanto, incluimos dentro de aquel grupo que hemos llamado “revoluciones externas”. La Revolución de Mayo tuvo por efecto separar a nuestro país de España, el que se produjo después que se realizó la Revolución. Hasta tanto éramos una sola sociedad con España. Se podría pensar que teníamos nuestras propias características, en virtud de las cuales ya formábamos una sociedad aparte. Pero, a mi modo de ver, esas mismas características son las razones por las que estalló la Revolución. Si no hubiese habido rasgos distintivos entre la sociedad argentina y la sociedad española, es fácil que no hubiera estallado una revolución de independencia.

De modo que esta primera Revolución de Mayo tiene sus características “sui generis”; en ella encontramos sin embargo, las tres épocas de toda revolución.

La primera etapa se inicia con la literatura anterior a 1810, es decir, la obra de la generación de Mayo, de Moreno, Monteagudo, etc., y se reafirma con las invasiones inglesas.

Luego estalla la Revolución el 25 de Mayo de 1810 y los hechos se suceden lentamente, hasta que ella se consolida con la independencia de 1816.

Entramos, en 1816, en el tercer período que hemos llamado post-revolucionario, que caracterizábamos como un estado de

anarquía, de revolución crónica, que culmina en el año 40, hasta que aparece Rozas como dictador, después del cual, recién se cierra este primer ciclo revolucionario, para entrar otra vez en el período de vida normal. (7).

Se han hecho algunas tentativas en nuestro país con el objeto de llegar, mediante un riguroso determinismo, al descubrimiento de una ley que rijan las revoluciones, o bien a la formulación de ciclos o períodos revolucionarios, algunas de las cuales tienen un carácter científico.

La primera es la del doctor Juan Alvarez, en su libro "Estudio sobre las guerras civiles argentinas" publicado en 1914. (8).

Dice el doctor Alvarez que los políticos tienen un barómetro anunciador de los períodos revolucionarios, que está dado por la desvalorización de los frutos del país. Es entonces, un factor económico lo que anuncia el estallido de una revolución; así, en cuadros estadísticos, nos da el descenso de los precios de nuestros principales productos: la lana, el trigo, etc., que coincide con un estallido revolucionario. Juntamente con esta desvalorización se produce un rápido descenso de los gastos individuales, un derrumbe irremediable de los sueños de riqueza y por último, una brusca desvalorización del papel moneda. Son todos estos hechos, los síntomas que anuncian una revolución. Sin embargo, el mismo doctor Alvarez se encarga de decirnos, que esto no equivale afirmar que sean los únicos factores que pueden producir una revolución.

Otra tentativa interesante, más moderna, es la del doctor Rodolfo Rivarola, en 1932. (9). Intenta descubrir en la Historia Argentina, bajo la influencia de Fouillée, ciclos de ideas fuerzas, que comprenden períodos más o menos de treinta años, en los que, en la mitad del proceso, aproximadamente, se produce un estallido revolucionario. Distingue, de este modo, cinco períodos. El

(7) Cfr. Alfredo Poviña: Ob. cit. p. 142. — Raúl A. Orgaz: "La sinergia social argentina". (Buenos Aires; 1924): Psico-sociología de la revolución, p. 145. — Ricardo Levene: "Síntesis sobre la Revolución de Mayo". (Museo Histórico Nacional; Buenos Aires; 1935).

(8) Juan Alvarez: "Estudio sobre las guerras civiles argentinas". - Juan Roldán. - Buenos Aires. - 1914. - pp. 12 y 150.

(9) Rodolfo Rivarola: "Ciclos de Ideas-fuerzas en la Historia Argentina". - Diario "La Nación". - Buenos Aires. - 7 a 11 de marzo de 1932.

primero que va de 1791 a 1821 tiene la Revolución de Mayo. El segundo a 1851 presenta el año 40. El tercero a 1880 posee la Revolución constitucional del 60. El cuarto, a 1911, ofrece la Revolución de 1890. El quinto, de 1911 en adelante, presenta la Revolución del 6 de setiembre de 1930.

Por nuestra parte, estudiaremos solamente esta Revolución del 6 de setiembre de 1930, como punto final de este cursillo.

Lógicamente, es la más difícil de caracterizar, en virtud de aquel principio que se llama "de la ilusión de lo próximo". Estamos tan cerca de ella, que como bien se ha dicho, "los árboles nos impiden ver el bosque".

Reconociendo así que hay una falta, en este momento, de perspectiva histórica para poder apreciarla, empezaremos por recordar algunas tentativas de explicación, siempre que tengan carácter objetivo, científico e imparcial.

En primer lugar, se ha dicho que la Revolución de 1930 ha sido un acto de fuerza destinado precisamente a hacer cesar la revolución que se inició con el súbito advenimiento al poder del radicalismo; por tanto, no tuvo por resultado cambiar las instituciones e implantar un estilo político diverso, sino que simplemente fué la natural reacción de la clase conservadora, aprovechando el agotamiento del prestigio gubernativo y la iniciación de la crisis económica.

Esta opinión es sostenida por el profesor de sociología de Córdoba, doctor Raúl A. Orgaz, en su obra "La ciencia social contemporánea". (10). Creo, de acuerdo con el doctor Orgaz, que de ningún modo puede considerarse la revolución del 6 de setiembre, como una revolución social, desde que no se ha producido un nuevo sistema de coordinación social, y porque, para la sociología, no interesan las intenciones, ni los propósitos que se hayan tenido en vista, sino que preocupan las consecuencias, los efectos, las exteriorizaciones de estos propósitos, es decir, la manifestación y traducción en hechos.

(10) Raúl A. Orgaz: "La Ciencia Social Contemporánea". - Cabauf y Cía. - Buenos Aires. - 1932. — "Teorías de la Revolución". - p. 117.

Es, como dice el doctor Colmo, en el caso del matrimonio como institución, desde el punto de vista social, no interesan los propósitos que tuvieron los cónyuges para casarse, eso es secundario; lo que debe verse es la estructura de la institución en sí.

Sin embargo, a mi modo de ver, la Revolución de Setiembre, sí es una revolución, pero no creo que se haya iniciado con el triunfo del radicalismo y la toma del Gobierno por el medio legal del sufragio, porque sólo es un momento del proceso normal de nuestra evolución, que quizás pueda tomarse como la iniciación del período pre-revolucionario, en el que se preparó el estallido de 1930, que es la etapa de la Revolución propiamente dicha.

Otra opinión, es la del doctor Carlos Cossio quien afirma, entre otras cosas, que la Revolución del 6 de Setiembre es una revolución institucional y de derecho con cuatro planos metafísicos. (11).

Esta opinión, si bien la creo exacta, me parece imprecisa e insuficiente. Si hemos dicho ya que toda revolución es la consecuencia de una desarmonía institucional y que siempre afecta a alguna institución o a todas las instituciones en general, es evidente que al decir que la Revolución del 6 de Setiembre es una Revolución institucional, no adelantamos nada, porque es preciso saber cuál es la institución afectada por la Revolución, desde que todas son institucionales, y así lo ha entendido el autor al precisar el concepto con posterioridad, al referirse al comportamiento político.

En primer lugar, por nuestra parte, eliminamos el concepto de que la Revolución de Setiembre sea una revolución institucional, en el sentido de que haya afectado todas las instituciones de nuestra sociedad. A nuestro modo de ver, se vincula a una sola clase de instituciones, a un solo mecanismo social, que es el mecanismo político. Vamos a ver hasta dónde.

En primer lugar —y eso nos lo da el sentido común— ha habido un cambio de hombres. Mediante la revolución, ha sido desplazado un partido y ha entrado a gobernar otro partido con otros hombres, que es su rasgo más saliente, y que basta para que

(1) Carlos Cossio: "La Revolución del 6 de Setiembre". - La Facultad. - Buenos Aires. - 1933. - p. 57 y 161.

digamos que es una revolución política. Pero, como ya distinguimos nosotros, entre dos matices de las revoluciones políticas, es preciso que incluyamos este movimiento en una de estas dos clases.

La Revolución de Setiembre ha producido ciertas y determinadas modificaciones en la estructura política del país, en primer lugar, la reorganización de los partidos políticos.

Siendo una Revolución política, tenemos que tomar como elemento principal orientador a los partidos políticos, así como en las revoluciones sociales es preciso hacerlo con los partidos sociales.

Ha existido pues, una reorganización de los partidos políticos, no sólo diré de los partidos conservadores, sino también del Partido Radical con su nuevo programa o su nueva plataforma de 1931, que implica un propósito de modificar, en cierto sentido, la estructura de los partidos políticos antes de la Revolución, y que se precisa, teóricamente, con el nuevo régimen de partidos políticos mediante el Decreto del Gobierno Provisional en el que se establecían las condiciones que debían reunir.

Por último, han surgido otros partidos políticos. En primer lugar, la tentativa de organizar aquel Partido Nacional, tentativa que fracasó y que sociológicamente tiene su explicación, porque el partido político no se hace en teoría, sino que nace en una sociedad.

Surgieron también a la vida política nuevos partidos, tales como el Nacionalismo, la Legión Cívica, etc., que vinieron a dar un nuevo ritmo, ampliando el horizonte de nuestro sistema político anterior a la Revolución.

Por estas características, a mi modo de ver, la Revolución de Setiembre fué una revolución política, pero no simple, sino que fué una revolución política compleja, aunque en forma parcial, porque no se modificaron todos los puntos de la estructura de nuestro régimen.

Hubo, es cierto, y quizás si se hubiese llevado a la práctica, tendríamos ya definida una revolución política compleja en el más amplio sentido, una tentativa o un propósito de reforma constitucional.

Pero, como decíamos, no es posible juzgar por las intenciones sino por los hechos cuando ellos ya se han realizado. Mien-

tras tanto, el régimen político no cambia, como no ha cambiado, en líneas generales, nuestro sistema después de la Revolución del 6 de Setiembre.

En la Revolución de 1930 es posible también encontrar aquellos tres períodos propios de toda revolución, que ya hemos precisado, al referirnos a las revoluciones típicas, o a las revoluciones sociales. Aunque las revoluciones políticas son pseudo o cuasi-revoluciones, sin embargo, las características gruesas del proceso, es posible también encontrarlas en esta clase o tipo de revolución.

La iniciación o el período pre-revolucionario tiene su origen con el advenimiento al poder del radicalismo, y su causa inmediata es de índole administrativa.

En virtud de ciertos hechos, que no es necesario detallar porque son de todos conocidos, ni quiero hacerlo tampoco, se produce un estado de descontento, no sólo diré de la oposición al Gobierno —que siempre está descontenta— sino también dentro de las mismas filas del partido gobernante. (12).

El malestar reinante, que se reflejaba en la prensa seria del país, empezó a formar todo un ambiente revolucionario, que a mi modo de ver, repito, tiene su origen administrativo y burocrático, debido principalmente a las autoridades y altos jefes del Estado.

Aparecen los primeros síntomas en aquellas declaraciones de las fuerzas vivas del país, de la industria y del comercio, como manifestaciones de un movimiento que no se sabía de dónde venía ni cómo venía, porque era obra del grupo, de la sociedad.

En un momento determinado se cumplen ciertos hechos, y entramos a la revolución propiamente dicha, cuyo desarrollo no es preciso detallar. La cuestión es que la revolución se cumplió en pocas horas, lo que no deja de ser una felicidad para una sociedad, porque un estado revolucionario llegado a este punto, ya no se detiene, y sólo es de desear que el problema se solucione del modo más rápido posible y sin ningún derramamiento de sangre.

(12) Este aspecto referente a los hechos está tratada detalladamente en Carlos Cossio: Ob. cit.; y en Alfredo Colmo: "La Revolución en la América Latina". - Segunda edición. - Gleizer. - Buenos Aires. - 1933, que nos han servido como antecedentes.

Su instrumento fué el pueblo y el ejército. Esta característica de la participación del ejército da también un cierto sentido de profundidad a la Revolución de Setiembre. Los hechos se cumplen por el ejército como élite de acción, y el pueblo en multitud, que como dijimos, tiene una función de medio y que en realidad es la que hace materialmente la revolución, aunque no dirigida por ella.

Entramos al último período, a la etapa post-revolucionaria que se inicia con el Gobierno del General Uriburu, que sociológicamente, fué una dictadura en el sentido que le dimos a la expresión, es decir, no, un gobierno arbitrario ni despótico, sino un gobierno anormal y de origen extralegal, en el sentido de que es un gobierno que no ha llegado por el único resorte normal de la Constitución y del sufragio.

En este sentido, se puede aceptar que el Gobierno del General Uriburu fué una dictadura, en virtud de la cual se nos permitió suprimir el estado de anarquía, el estado de revolución crónica, que es una regla casi general de todas las revoluciones, y de la que sólo se puede salir en virtud de un gobierno enérgico, es decir, por obra de un dictador.

La dictadura es un gobierno provisional, y así también puede calificarse nuestro período post-revolucionario, sin juzgar intenciones, que repetimos, deliberadamente hemos excluído. Lo cierto es que el Gobierno del General Uriburu fué un gobierno transitorio, un gobierno de hecho como se lo llamaba en todos los documentos oficiales.

El período post-revolucionario termina con la convocatoria del pueblo a elecciones, es decir, cuando ya se pone en marcha otra vez el resorte normal de la evolución política de nuestro país, o sea cuando funciona nuevamente nuestro sistema de sufragio. De modo que, una vez establecido el gobierno en virtud del régimen común de este mecanismo constitucional la revolución ha cumplido su ciclo.

A mi modo de ver, esta es la descripción y explicación sociológica del movimiento del 6 de Setiembre, que está perfectamente de acuerdo con los antecedentes teóricos que nos suministra la materia. Quizás es cierto, y lo vuelvo a repetir, la proximidad de los árboles no nos permiten ver el bosque. Pero, por lo menos creo

—y espero que así se me habrá interpretado— que este análisis se ha hecho con un criterio puramente imparcial, en virtud de lo cual, como conclusión diré, que la Revolución del 6 de Setiembre —a mi modo de ver— es una Revolución política compleja en forma parcial, de acuerdo a lo que hemos explicado.

La Teoría de la Descendencia y la Biología actual, en especial la Genética

Por MIGUEL FERNANDEZ

VI

Agregaré que Abel en su última obra: *Die Stellung des Menschen im Rahmen der Wirbeltiere* (1931), llega, a base del estudio de los Primates fósiles, a la conclusión que hay que buscar los antepasados del hombre en una forma entre gorila y chimpancé, pero algo más cerca no al último que al primero y que debe considerarse cercana al género *Dryopithecus* del mioceno y plioceno inferior de Europa, India y Africa del Norte. Abel y Weinert llegan, por tanto, a conclusiones muy similares y coinciden en lo esencial con las ideas emitidas por W. K. Gregory a raíz de extensos estudios sobre los Primates publicados a partir de 1920. En cambio Osborn acepta dos troncos, uno para los antropomorfos (incluso el gibón) y otro para los homínidos, que se habrían separado en el oligoceno (una lista de los trabajos de Osborn y de Gregory véase en Abel, 1931). Naef en su última obra sobre los estadios ancestrales del hombre (1933), considera a los Pongidos (chimpancé, gorila, orangután y formas fósiles afines), como los parientes más cercanos del hombre, pero indica que el orangután

se aleja más de éste que los póngidos africanos, habiéndose separado de ellos en una época relativamente temprana, y que, si el chimpancé reúne con el hombre un mayor número de caracteres parecidos, es por haberse alejado menos de la forma ancestral de los póngidos. También Naef, por tanto, se halla muy cerca de las ideas de los autores primero nombrados.

Creo que lo explicado, basta para darnos la sensación que, a pesar de la relativa exigüidad de los hallazgos fósiles de los primates, hemos llegado ya a datos bastantes seguros con respecto a nuestra propia filogénesis. Me parece de interés que, después de meticulosos estudios, ésta resulte de acuerdo con Gregory, Abel, Weinert y Naef, en un todo, casi igual a la que Ernesto Haeckel, con intuición genial de artista, más que a base de datos científicos, formulara ya en su *Generelle Morphologie* en 1866, y la que, dicho de paso, él mismo creyó deber modificar más tarde en algunos detalles. (1).

Habrá llamado la atención el escaso rol asignado justamente en el árbol filogenético de Weinert a los fósiles. En efecto, los primates son un grupo en el que el número de piezas fósiles halladas es pequeño comparado con el gran número de especies vivientes y su conservación es muy incompleta. Algunas de ellas como el *Pithecantropus*, y su pariente muy cercano, el *Homo Pekinensis*, son inapreciables y otros como los *Dryopithecus* han permitido demostrar por lo menos en qué época los diversos géneros pueden haberse separado. Pero no pueden caber dudas, que el estudio morfológico, embriológico y fisiológico de las formas recientes habrían bastado para darnos un cuadro bastante exacto de nuestra ascendencia, por lo menos dentro del grupo de los primates. A la paleontología le ha correspondido en este caso más bien el rol de corroborar por hallazgos reales lo que por estudios en formas recientes se había ya supuesto, corrigiendo ciertos detalles.

No hay que olvidar nunca en estudios paleontológicos, que sólo las partes duras, p. e., en los primates (o en los mamíferos en general, sólo los dientes y el esqueleto se conservan y que de los otros órganos, por lo general, no existen datos directos, a pesar de ser posible a veces llegar a ciertas conclusiones a su respecto

(1) Véase los árboles filogenéticos en la "Historia de la Creación Natural de los Seres".

por el estudio de las mismas partes duras. Es este un defecto general de los hallazgos paleontológicos, que se hace sentir, ante todo, si se trata de estudiar el origen de los grandes tipos o divisiones primarias del reino animal, los que probablemente han tomado su origen todos ellos de formas blandas sin esqueleto. Creo que na-

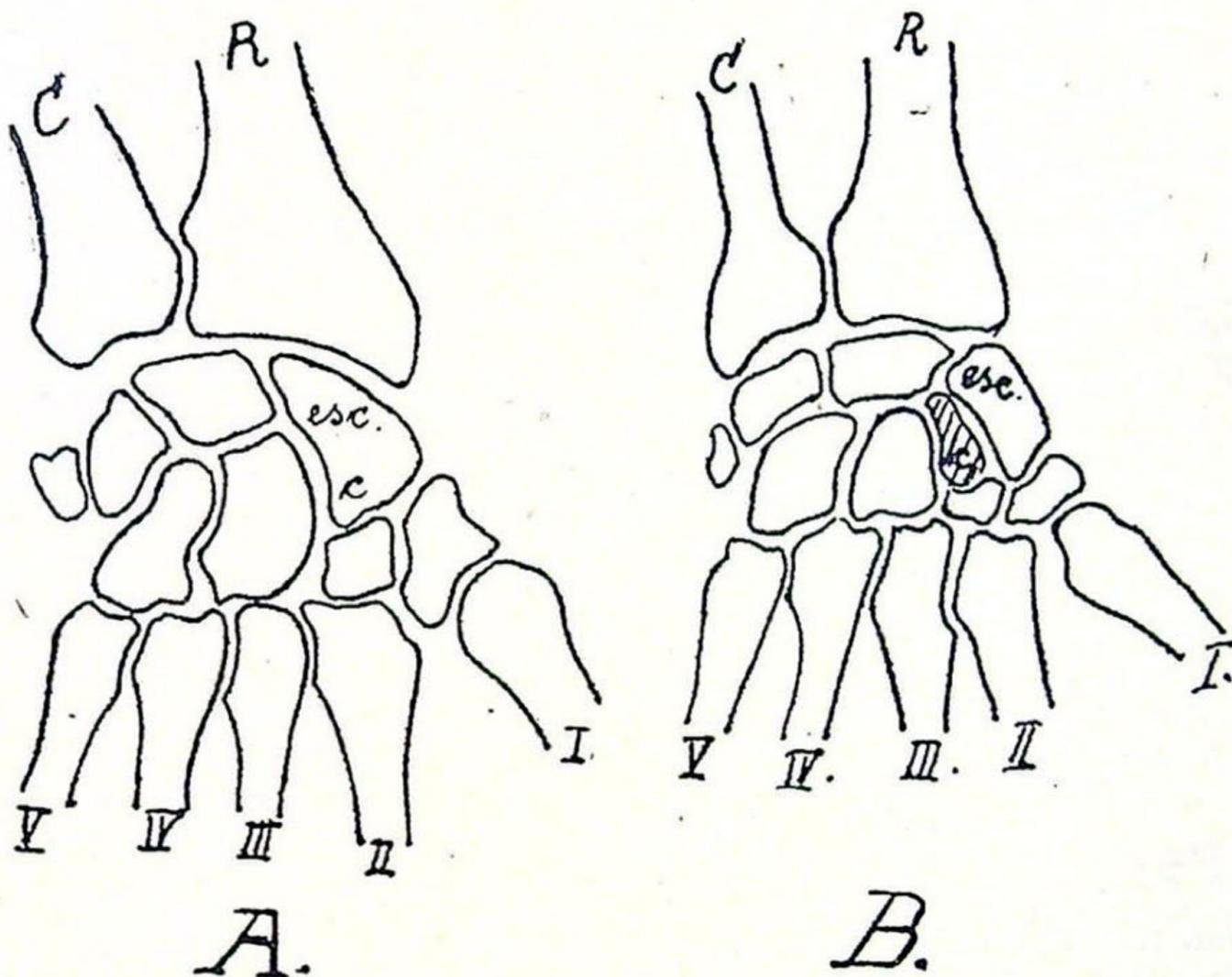


Fig. 52: Esquema de los huesos de la mano: A) en el hombre, chimpancé y gorila. B) en el orangután, gibón y monos inferiores. En B, existe un hueso central libre; en A el "central" se ha soldado con el escafoides. El hueso "central" es uno de los elementos característicos del carpo. En tetrapodos primitivos, como los estegocéfalos, Sphenodon y otros existen dos y más huesos "centrales". C = cúbito; R = Radio; esc = escafoides, c = central. Seg. Weinert, 1931.

die dudará que al principio de los vertebrados se hallaron formas parecidas a *Amphioxus* (1), es decir sin ningún esqueleto capaz de conservarse, excepto en circunstancias muy especiales y poco frecuentes y de ahí que la paleontología, hasta ahora por lo menos, no puede darnos datos respecto al origen de los vertebrados. Si en el precambrio, es decir en las capas fosilíferas más antiguas

(1) Creo que la idea emitida por L. S. Berg, que las varias ramas que constituyen los mamíferos se hubieran desarrollado por separado, a tal punto, de haber pasado cada uno por estadios de peces y hasta de vermes (!) distintos, está tan poco fundada, que está demás discutirla en clases de carácter general como estas. ("Nomenclogenisis", pág. 404.-1926).

hallamos representantes de medusas, trilobitas, braquiópodos, bivalvos y otros, no significa ello, que esos grupos se hayan originado entonces, sino que antes de esta lejanísima época a la que en la actualidad se le asigna hasta más de unos 500 millones de años, la vida orgánica ya existía durante muchísimo tiempo, quizá otros 500 millones de años o más, pero que los organismos, ya por faltarles partes duras, ya porque los sedimentos de aquel entonces no eran propicios para su fosilización, ya por la metamorfosis secundaria que sufrieran aquellas rocas arcáicas, u otras razones, no pudieron conservarse.

No hay, por eso, muchas esperanzas de que podamos saber objetivamente, si el protoplasma se ha formado una única vez o varias, o muchas, y si en una sola o varias épocas geológicas.

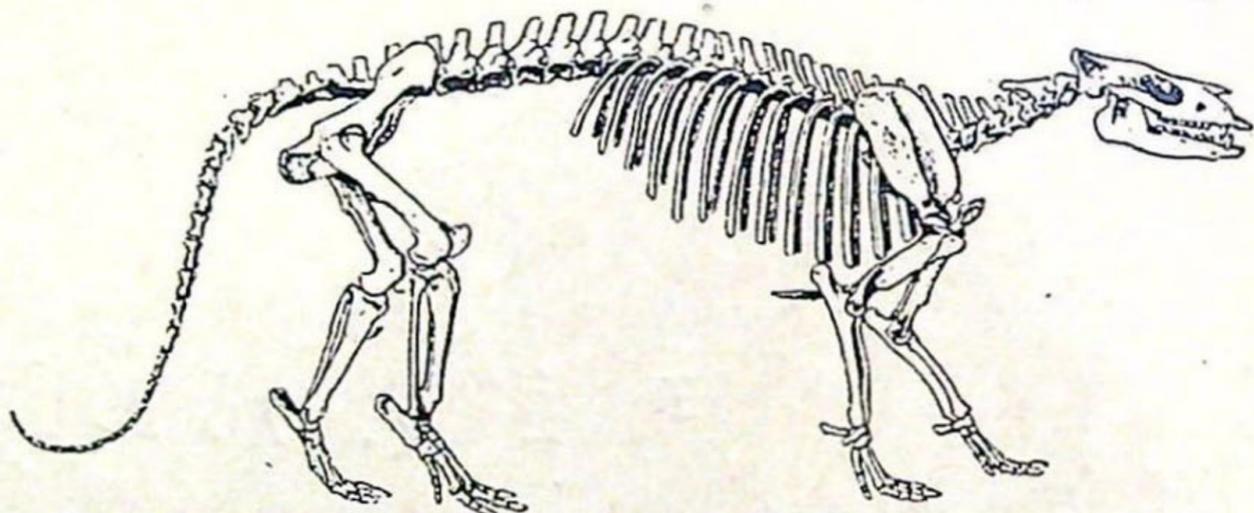


Fig. 53: *Phocaena primaevus*, mamífero de un alto algo menor de un tapir (hay otra especie más pequeña, del tamaño de un perro grande), y con 5 dedos en la mano y 4 en el pie, que debe ser muy semejante a la forma de que han tomado origen los perisodáctilos (tapir, caballos). Seg. H. F. Osborn de Weber: Die Säugetiere, 1904).

Hay, en cambio, grupos especiales, en los que la paleontología ha descubierto realmente un mundo de formas nuevas e inesperadas. Tal ha sido el caso, para no citar más que algunos, en los amonites entre los moluscos, en los equinodermos, en ciertos grupos de crustáceos y de peces, en muchos órdenes de reptiles, en los desdentados sudamericanos, (los gliptodontes, milodontes, megaterios y afines), y en muchos grupos de los ungulados, entre otros los notoungulados (*Toxodon*, *Pachyrucos*, etc.) y litopternos (*Macrauchenia*, *Thoatherium*, etc.), tan característicos de la fauna fósil sudamericana actual y en los equidos. De estos últimos, representados en la fauna actual solo por el género *Equus* (caballos y afines), se conocen más de 260 formas fósiles (1) y la serie que conduce de mamíferos de patas, dientes y cráneo

(1) Seg. Haldane.

muy primitivos, como los condilartros (Phenacodus), a formas tan especializadas como el caballo es una de las genealogías más perfectas que se conocen. No puede negarse, que, gracias al material fósil abundantísimo, que poseemos sobre el grupo, pueda seguirse su evolución casi paso a paso. Pero, si se ordenan los hallazgos

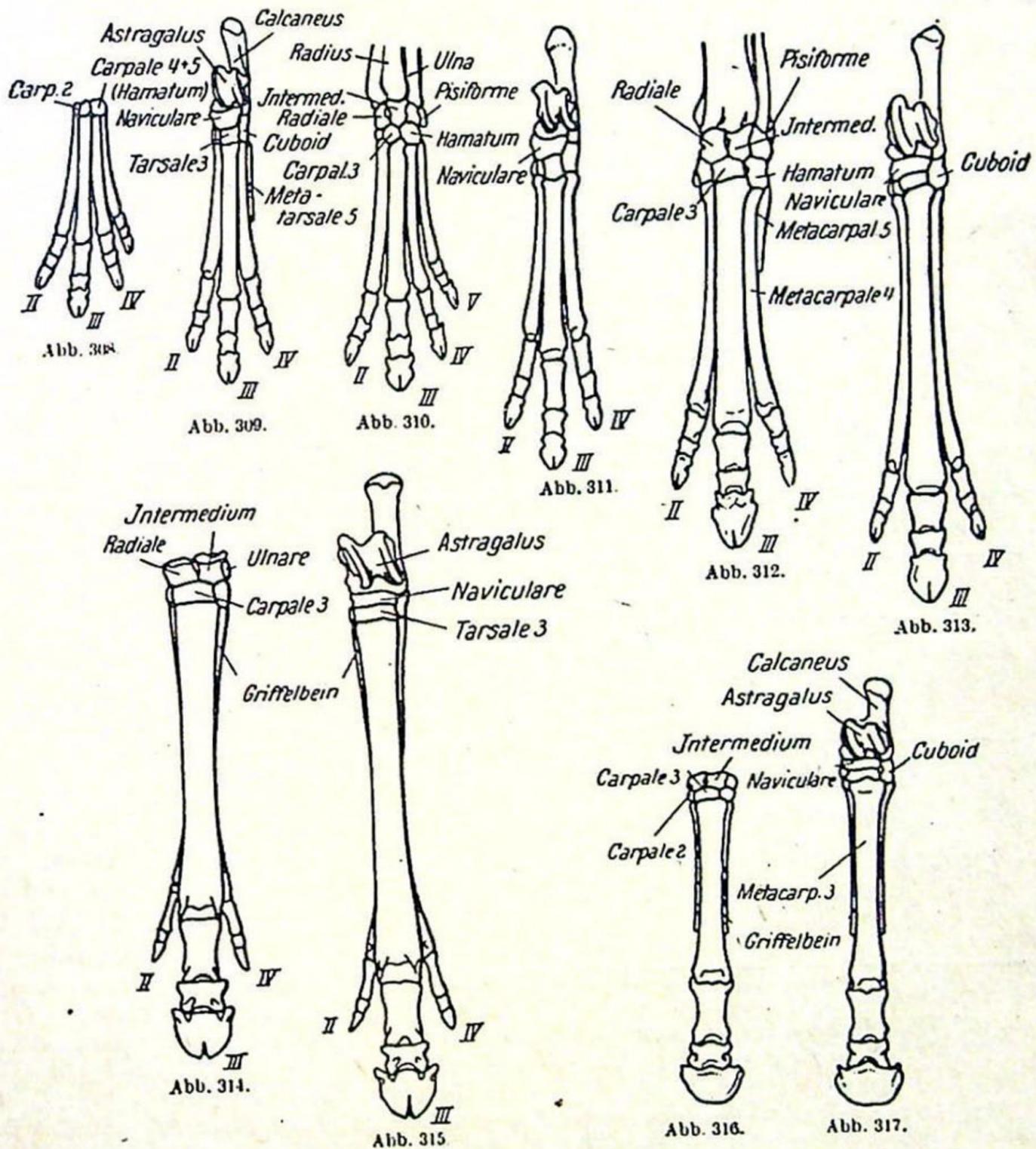


Fig. 54: Transformación del esqueleto de mano y pie en los équidos. La figura muestra en la hilera superior de izquierda a derecha mano y pie de Eohippus, Orohippus y Mesohippus en la hilera inferior de Nechipparion y del caballo. Según Lull, 1907, de Versluys: "Vergleichende Anatomie der Wirbeltiere, 1927.

una vez de acuerdo a la especialización de las extremidades, otra geológicos en que las formas aparecen, se observa que no siempre de acuerdo a la de los molares, y otra de acuerdo a los horizontes estas series coinciden. No es, por tanto, posible fijar con exacti-

tud cuales han sido los antepasados reales del caballo, y lo mismo sucederá en cualquier otro grupo del cual se dispone de abundante material fósil. Paleontólogos modernos, conocedores de los resultados de la genética. como Daqué o Abel, por eso ya no hablan, por lo general, de series de antepasados ("Ahnengerihen") sino simplemente de series escalonadas ("Stufenreihen") y explican el hecho de que nunca un fósil reúna todos los caracteres que debería poseer como forma de "transición directa" entre dos otros géneros o grupos, argumentando que lo que se hereda es el genotipo, pero que, lo que hallamos, es el fenotipo, correspondiente a aquél bajo ciertas condiciones (Daqué).

LAW OF LOCAL ADAPTIVE RADIATION

Contemporary Evolution of 4-5 Phyla of Horses, Oligocene to Pleistocene.

J. W. Gidley, 1904.

	1. Side phylum related to 2.	2. Hippariion phylum	3. Equus, phylum	4. Pliohippus phylum	5. Hypohippus phylum	6. Side phylum related to 5
Pleistocene			<i>Equus</i>			
Pliocene		<i>Hippariion</i>				
Miocene		<i>Neohippariion</i>	<i>Protohippus</i>	<i>Pliohippus</i>	<i>Hypohippus dakotensis</i>	
		<i>Merychippus insignis</i>	<i>Merychippus sejunctus</i>	<i>Merychippus mirabilis</i>	<i>Hypohippus equinus</i>	
		<i>Parahippus brevidens</i>	<i>Parahippus texanus</i>	<i>Parahippus</i> sp.		
Oligocene	<i>Miohippus gidleyi</i> <i>M. auncelens</i> <i>M. crassicuspis</i>		<i>Mesohippus valdens</i> <i>M. brachystylus</i>			<i>Mesohippus meteulophus</i>
			<i>Mesohippus bairdi</i>	<i>Mesohippus</i>	<i>Mesohippus obliquidens</i>	<i>Mesohippus culophus</i>
			<i>Mesohippus montanensis</i>			<i>Mesohippus proteulophus</i>

Cusps separated.
Protocone becomes isolated
Styles prominent
Cusps moderately united into crests.
Ectoloph & styles flattened,
cusps united into perfect crests
like those in Tapirus & Rhinoceros

Fig. 55: Evolución paralela de varios grupos del parentesco del caballo (los probables antepasados del caballo (Equus) se hallan en la tercera hilera vertical). Según H. F. Osborn, en el 6º Congreso de Zoología, 1905.

Tenemos que acordarnos que a un mismo genotipo corresponden fenotipos muy distintos, según las condiciones en que el individuo vive y que fósiles que se hallan en pisos sucesivos pueden haber existido bajo condiciones muy variadas (p. e. de temperatura, humedad y de ahí vegetación, etc.), así que, aun en el

caso de haberse conservado el material hereditario, el genotipo, sin modificación alguna en animales de dos épocas sucesivas, el cambio de ambiente podría hacerlos aparecer como formas diferentes; y al revés, que genotipos distintos, pueden aparecer por las mismas razones en pisos sucesivos como fenotipos iguales o casi iguales y así llevar por falsas vías al investigador que tratase de reconstruir la historia filogenética.

No hay, en efecto, seguridad que las formas fósiles que se ordenan en una serie sean genotipos distintos, e. d. que sus caracteres se hereden; pueden muy bien ser simples variaciones somáticas de un mismo genotipo, debidas al ambiente. Según Plate (*Jenaische Zeitschrift*, 1920, pág. 223), esto sería, entre otros, muy probable para la célebre serie de *Planorbis multiformis* de Steinheim, en la que, en un tiempo, se creyó poder seguir paso a paso la transformación de unas especies en otras. Un nuevo estudio emprendido por Gottschick, dió por resultado que las formas altas, turbo espiraladas, son probablemente simples variaciones somáticas, no heredables, debidas a la aparición intermitente de vertientes calientes en la laguna en que vivían dichos gasterópodos, no siendo necesario, por tanto, que el genotipo hubiera cambiado. Probablemente la no menos célebre serie de las *Paludinas* del plioceno de Novska de Eslovenia será de la misma índole, y, por tanto, sin importancia para la evolución.

Estos ejemplos demuestran el cuidado con que hay que manejar el material paleontológico si se extraen de él conclusiones filogenéticas. Lo que conocemos son las formas y los horizontes en que fueron halladas; en muchos casos será posible extraer de los hallazgos con alguna seguridad conclusiones respecto al género de vida de estos seres; pero lo que no sabemos, son los lazos exactos de consanguinidad existentes entre los seres que creemos parecidos y que se encuentran en los mismos o en horizontes sucesivos. Tampoco en las series filogenéticas establecidas a base de la anatomía comparada, conocemos los lazos reales de parentesco existentes entre las formas, así que también estas series son puramente teóricas. (1).

(1) Tampoco es posible, a mi juicio, sacar, por lo general, de los estudios descriptivos (sistemáticos, paleontológicos, anatómicos, de embriología descriptiva, de biogeografía, etc.) con alguna seguri-

La embriología nos ofrece, por lo menos en muchos casos, al extender ante nuestros ojos estados sucesivos del desarrollo individual, la posibilidad de tirar de ellos conclusiones sobre la vía general en que pudo efectuarse la historia filogenética, que, aunque con frecuencia falseadas por condiciones especiales ("cenogénesis" de Haeckel), pueden ofrecer una preciosa guía para orientarnos p.e. en el laberinto de formas fósiles. ("Ley biogenética", véase capítulo II). (1).

Pero, observando los métodos de las distintas ramas biológicas sin prejuicios, no caben dudas, que la única que ve directamente el origen de formas nuevas es la genética y en *Drosophila* y *Antirrhinum* y en alguna otra especie bien estudiada como en el maíz, se conoce ya un suficiente número de mutaciones de un mismo órgano, para ordenarlas en series, parecidas a las de la anatomía comparada o paleontología; pero, con la ventaja, que en este caso conocemos como cada una de las formas se ha originado.

Concretémonos, como ejemplo, a algunas mutaciones de la forma y tamaño del ala de *Drosophila*. Puede establecerse con ellas toda una serie, desde el ala normal hasta su falta comple-

dad conclusiones respecto a los factores de la evolución (p. e. si herencia de caracteres adquiridos o selección). Creo que para ello es indispensable poder criar las formas, y hasta someterlas a condiciones experimentales.

(1) Morgan opina que en muchos, sino en la mayoría de los casos el embrión no pasaría primero por el último estadio (estadio adulto) del carácter original (o de su antepasado), para desarrollar luego otro nuevo, sino que ese estadio adulto sería suplantado por el carácter nuevo. Una mutación de un gen puede producir su efecto, ya sea sobre el estadio final adulto, ya modificar un carácter embrionario o larval. Pero, en vista de la gran complicación de los procesos embrio-genéticos, sería frecuente que en el último caso se produjeran "efectos desastrosos" en todos los estados embrionarios que sigan al afectado y de ahí que la primera forma de mutaciones (la que actúa sólo sobre los estadios adultos) sea la que tenga mayor probabilidad de sostenerse, y que en el curso de la filogénesis de los grandes grupos se conserven con frecuencia los estadios embrionarios o larvales. Según Morgan p. e. las hendiduras branquiales de un embrión de mamífero no deben compararse con las de un pez adulto, sino con las de un pez joven de edad comparable al respectivo embrión, en lo que Morgan seguiría las ideas de von Baer (1828). Se mantendrían los estados larvales o embrionarios, por ser la manera más simple de desarrollar estructuras más elaboradas la de basarse en aquellas que ya habían sido usadas por los antepasados durante millones de años. (Véase: T. H. Morgan: *Embryology and Genetics*, 1934, capítulo 12).

ta; pero si analizamos cómo estas nuevas formas se han originado de la normal y las unas de las otras, vemos que el ala relativamente más pequeña no ha tomado, como se supondría, su origen del ala algo más grande que, por su tamaño, debería colocarse a su lado en la serie.

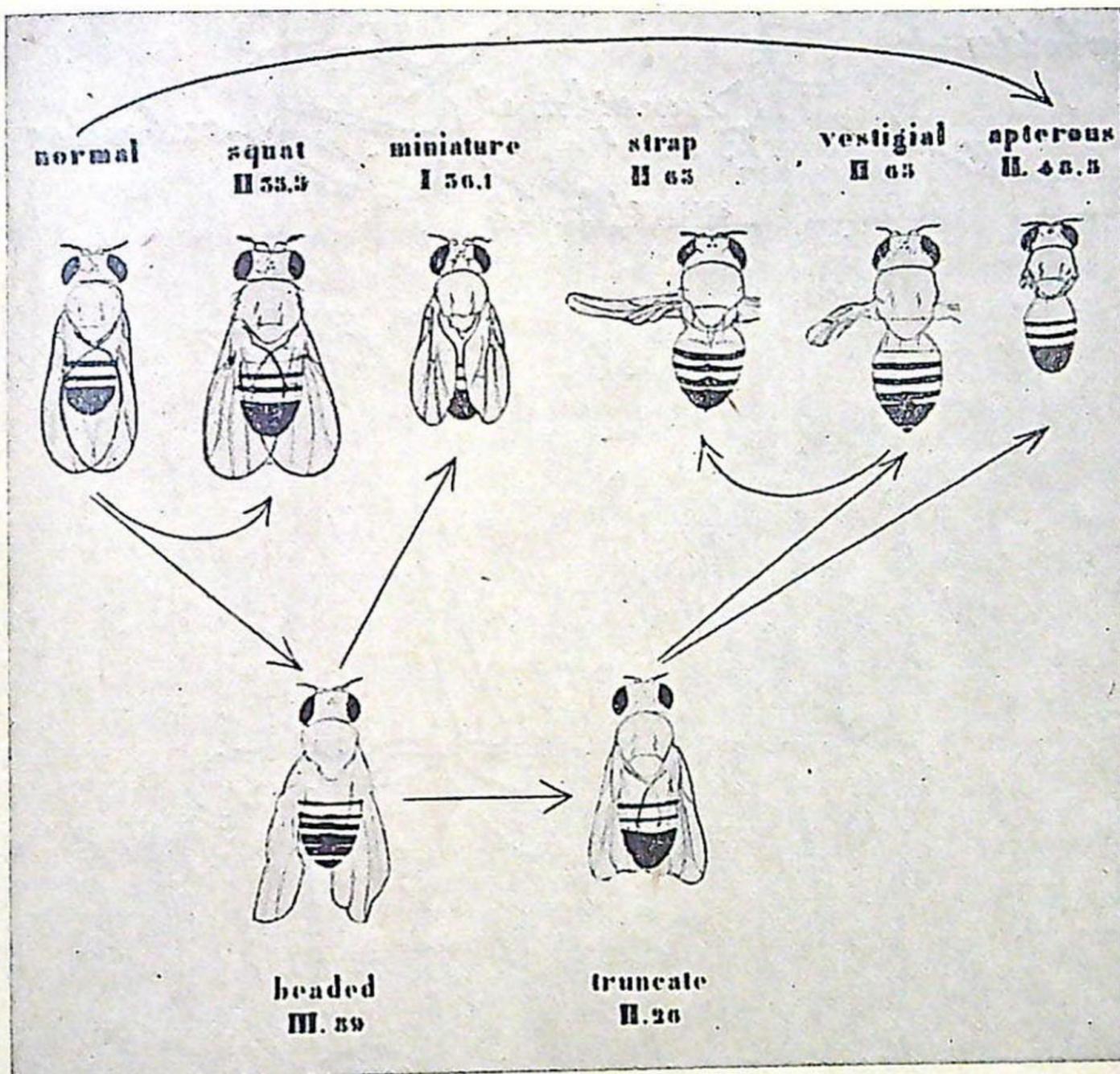
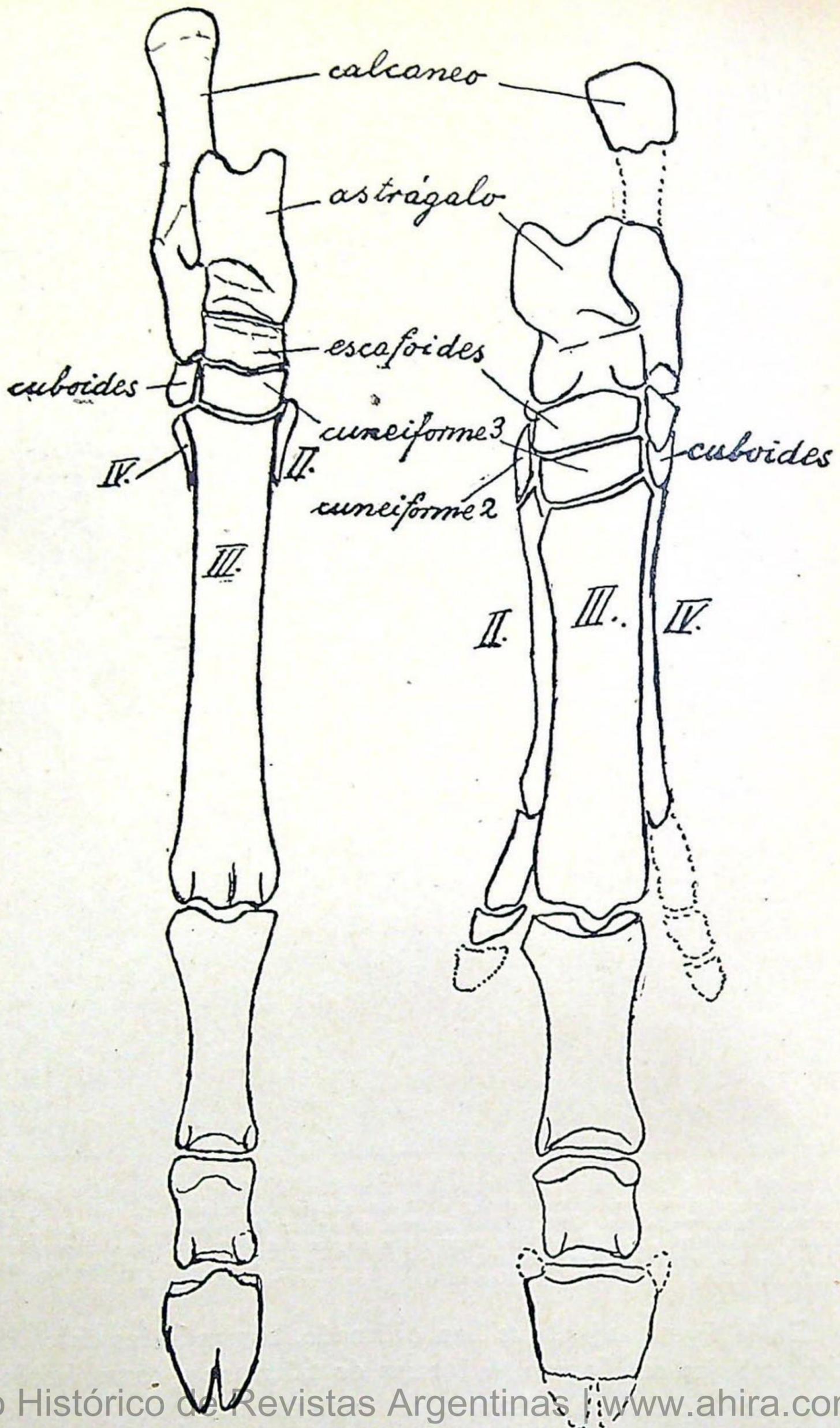


Fig. 56: Tabla de varias mutaciones de las alas de *Drosophila melanogaster*; debajo del nombre está el cromosoma y el lugar dentro del mismo en que debe hallarse ubicada la mutación. Las flechas indican el origen de cada una de ellas., Explicación, véase texto. La figura fué compuesta según datos de las siguientes obras de Morgan: *Journal of Experimental Zoology*, T. 11; Carnegie Institution, publicación N° 278, y *Evolución y Mendelismo* (traducción castellana).

En la figura adjunta se han ordenado, tomando los datos de varios trabajos de Morgan, 4 formas de tal manera como las ordenaría la morfología comparada, comenzando por la mosca normal.

De ésta se ha formado una mosca cuyas alas son algo más cortas ("squat"). La forma que le sigue ("miniature") no to-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fig. 57: Pie de *Thoatherium minusculum* y *Diadiaphorus majusculus*, dos ungulados sudamericanos fósiles que muestran una reducción de los dedos parecida a la de los caballos, pero pertenecen a un grupo muy distinto, los Litopternos (la figura de *Diadiaphorus* está reducida en 1/4 más que la de *Thoatherium*. Largo del pie de este último: 22,5 cm.; del primero: 28 cm.; largo en el caballo unos 53 cm.). Según W. B. Scott. en Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia. Vol. 7, 1910.

inó su origen de "squat", sino de una mutación "beaded", cuyas alas son del largo normal, pero tienen sus bordes imperfectos, como comidos, y esta forma, por su aspecto, nunca se ubicaría en la serie normal - miniatura; pues esta última que tomó de ella su origen, tienen las alas de forma normal parecidas a "squat", sin los bordes imperfectos, y sólo mucho más pequeños que la forma silvestre.

Colocaremos en la serie 2 formas, "strap" y "vestigios" que tienen las alas más angostas que la forma silvestre. El origen de ambas mutaciones es interesante. "Vestigios" ha tomado su origen de otra mutación "truncada", cuyas alas aparecen como cortadas en sus extremos y que se ha formado de la ya mencionada "beaded". Las alas de "vestigios" son más cortas que las normales, pero no truncadas como en la mutación de este nombre. Ahora bien: "strap" se ha originado de "vestigios", es decir, el ala ha vuelto a adquirir mayor longitud, volviendo por tanto, a aproximarse más a la forma normal que la forma "vestigios" de que tomó su origen. Nadie que hallara estas dos formas en la naturaleza supondría que "strap" se hubiese formado de "vestigios", sino al revés; y tampoco se esperaría que la vía seguida a partir de "normal" fuera: beaded-truncado, sino más bien la en que las formas están dispuestas en la figura.

Finalmente se ha originado de "truncado" una forma áptera. También de ésta se supondrá más bien que procedería de "vestigios". Pero formas ápteras resultaron también directamente de la normal, sin estado intermedio alguno, como también lo indica la tabla. La figura ha sido compuesta según los primeros trabajos de Morgan; desde entonces muchas de las mutaciones que presenta han vuelto a aparecer y la mayoría de éstas más de una vez.

Se conocen muchísimas más mutaciones del ala de *Drosophila* que las mencionadas; también para otros caracteres, como ser forma y color del ojo, podrían confeccionarse tablas parecidas.

Es importante que lo expuesto son simples hechos: las formas han tomado su origen de esta manera y todas ellas son tipos estables, que se heredan.

¿Qué nos dicen estos resultados para la historia de los seres, o sea la filogénesis? Una conclusión se impone con toda cla-

ridad: Las formas nuevas no necesitan tomar su origen de la manera como lo esperamos, o deducimos por su estructura morfológica. En una serie como la de los antepasados del caballo, en que en cada uno de los respectivos horizontes se conocen ya una buena cantidad de formas, será muy difícil establecer cuáles deben reunirse en una línea filogenética. En todo caso no necesitan ser las más parecidas, y esto podría ser otra razón, porque no se hallen, en general, las formas intermedias exactas que se han reconstruido teóricamente. Hay que tener presente que en *Drosophila* p. e., se producen en unos ejemplares mutaciones en las alas; en otros, mutaciones en la forma de los ojos; en otros, en el color de las mismas; en otros, en las cerdas del tórax; en otros, en el color del abdomen; etc. Será muy difícil, que dos, y menos aun que muchas mutaciones referentes a diversos órganos, se produzcan en un mismo individuo.

Para obtener individuos que reúnan varios caracteres hasta ahora conocidos sólo en formas distintas, ¿qué hace el genetista? Efectúa hibridaciones. También a este método de la genética, al cruzamiento, le ha de haber correspondido un cierto rol en el desarrollo filogenético, como hemos visto más arriba. Volvamos a la historia del caballo. Una vez que se hayan producido en unos individuos mutaciones en la dentadura, en otros en las patas, en otros, quizás relativas al tamaño y otros caracteres, entonces será necesario que se produzcan cruzamientos, a fin de combinar en un solo ser todos estos caracteres hasta entonces aislados. Y, mientras las formas sean tan emparentadas, que no existan entre ellas mayores discordancias en su aparato cromosómico y quizá en otros caracteres del núcleo o protoplasma que aun ignoramos, no habrá razón para que tales cruzamientos no puedan efectuarse. Tenemos que acordarnos, que, además, por la reunión de distintos genes se modifica el equilibrio total del genotipo, que hay una interacción entre los distintos genes, y de ahí, que todos los caracteres del ser formado por cruzamiento, su fenotipo, resultará modificado más de lo que lo haría cada gen por separado. (Véase más arriba el origen de formas extremas por polimería y las figuras de Klatt referentes al aspecto de razas de perros gigantes y enanos).

En cruzamientos de formas aun más cercanas podría resi-

dir quizá la principal razón porque no coinciden las series que se obtienen ordenando según uno u otro carácter, y sobre todo porque no se encuentran las formas intermediarias esperadas, los "missing links".

Parece entonces, que, de acuerdo con las ideas que se imponen por los estudios de genética, es muy poco probable que pueda reconstruirse detalladamente la filogénesis de cualquier grupo, aun en el caso de disponerse de un número muy grande de fósiles, o, aun en el supuesto, imposible, de que se hallarían todos los fósiles del grupo. Podemos sólo dar un cuadro hecho a grandes pinceladas; pero esto, me parece, que es justamente lo importante, los pequeños detalles que siempre quedarían — según esta manera de ver — inseguros, muy poco agregarían a nuestra ilustración. Es claro, que no pretendo con esto, que no pueda llegarse a un conocimiento más exacto de la filogénesis especial de los grupos del que tenemos actualmente, ni que, quizá, pueda lograrse, por otros métodos nuevos, a aislar el hilo del parentesco exacto con mayor aproximación. (1).

Muchas mutaciones de *Drosophila* se han producido repetidas veces, unas más de 30, según una tabla de Morgan del año 1926. El origen repetido de la forma áptera indica que las frecuentes especies de insectos no alados que encontramos en ciertas islas oceánicas, pueden también haberse originado por repetidas veces de las formas normales, conservándose en las islas, porque su condición de no aladas se prestaba más al ambiente isleño, impidiendo que fueran llevados los individuos al mar por fuertes vientos. Las formas no aladas pueden haberse producido así por un solo gran paso de la normal, sin necesidad de intermedias. Su conservación se debió a la selección natural, actuando, ésta sólo sobre la forma ya perfectamente terminada, pues no existían es-

(1) Hace algunos años Brinkmann (Abhandl. Gesellschaft Wissenschaften Göttingen. Mathem. Naturwiss Klasse. Tomo 13 o comunicación ante el 5º Congreso de Genética, Berlín 1927), trató de establecer con gran exactitud la posible línea filogenética de los amonitas de ciertas especies del género *Cosmoceras*, trabajando con un abundantísimo material de más de 3.000 individuos cuya edad geológica relativa estaba conocida con gran exactitud y al que era posible aplicar los métodos de la biometría. El año pasado Kaufmann publicó estudios similares sobre el género *Olenus* perteneciente a los trilobitas (Abhandl. geolog. paläontolog. Institut der Universität Greifswald, 1933. resumen en *Die Naturwissenschaften*, 1934).

tadios intermedios; pero en otros casos, como también resulta de lo recién explicado para *Drosophila*, pueden también formarse por varios pasos sucesivos — y no siempre en la misma dirección — teniendo entonces la selección natural ocasión de actuar sobre cada una de ellas.

Observaciones como las mencionadas tienen su importancia para el problema ya varias veces discutido, si es posible, que una especie (y por tanto también los grupos superiores del sistema, como clases, órdenes, etc.) podrían haberse formado más de una vez en el curso de la historia de la tierra (Broman 1931). A pesar de la facilidad con que se explica el caso especial de las formas ápteras de insectos, el problema general no puede aún considerarse resuelto por estas observaciones, pues, como habíamos visto, las especies vecinas difieren entre sí no por un solo carácter sino por una gran cantidad de pequeñas diferencias en sus distintos órganos.

Con relativa frecuencia se encuentran series paleontológicas, que indican que durante mucho tiempo la evolución de un carácter ha seguido en una dirección determinada. Es la llamada ortogénesis. Series ortogenéticas serían entre otras la ya mencionada evolución del caballo de animales de 4 dedos de la mano y 5 del pie hasta llegar a uno sólo. Otra serie, sería la de los litopternos sudamericanos:

Eoprotherium del Pyrotheriense.

Diadiaphorus del Sta. Cruceño.

Protherium del Sta. Cruceño (más esbelto).

Thoatherium del Sta. Cruceño y Monte Hermosense, (más pequeño aún).

la que comienza con formas con varios dedos y termina con una monodactilia aun más extrema que la de los caballos actuales, pero en la que, al revés de lo que sucede en estos, las formas más especializadas y modernas son más pequeñas que las más antiguas (1). Otras series conocidas estarían constituidas por la evolución del hombre, con un aumento progresivo del cerebro, la serie de los *Machairodus*, comenzando con gatos de aspecto común y terminando con otros de un largo tan desmesurado de los col-

(1) Scott, autor de la monografía más importante sobre el grupo, considera que estas formas no constituyen una línea directa.

millos (Smilodon) que probablemente les hacía difícil atrapar la presa, aparte de que los mismos se adelgazaban, quebrándose fá-

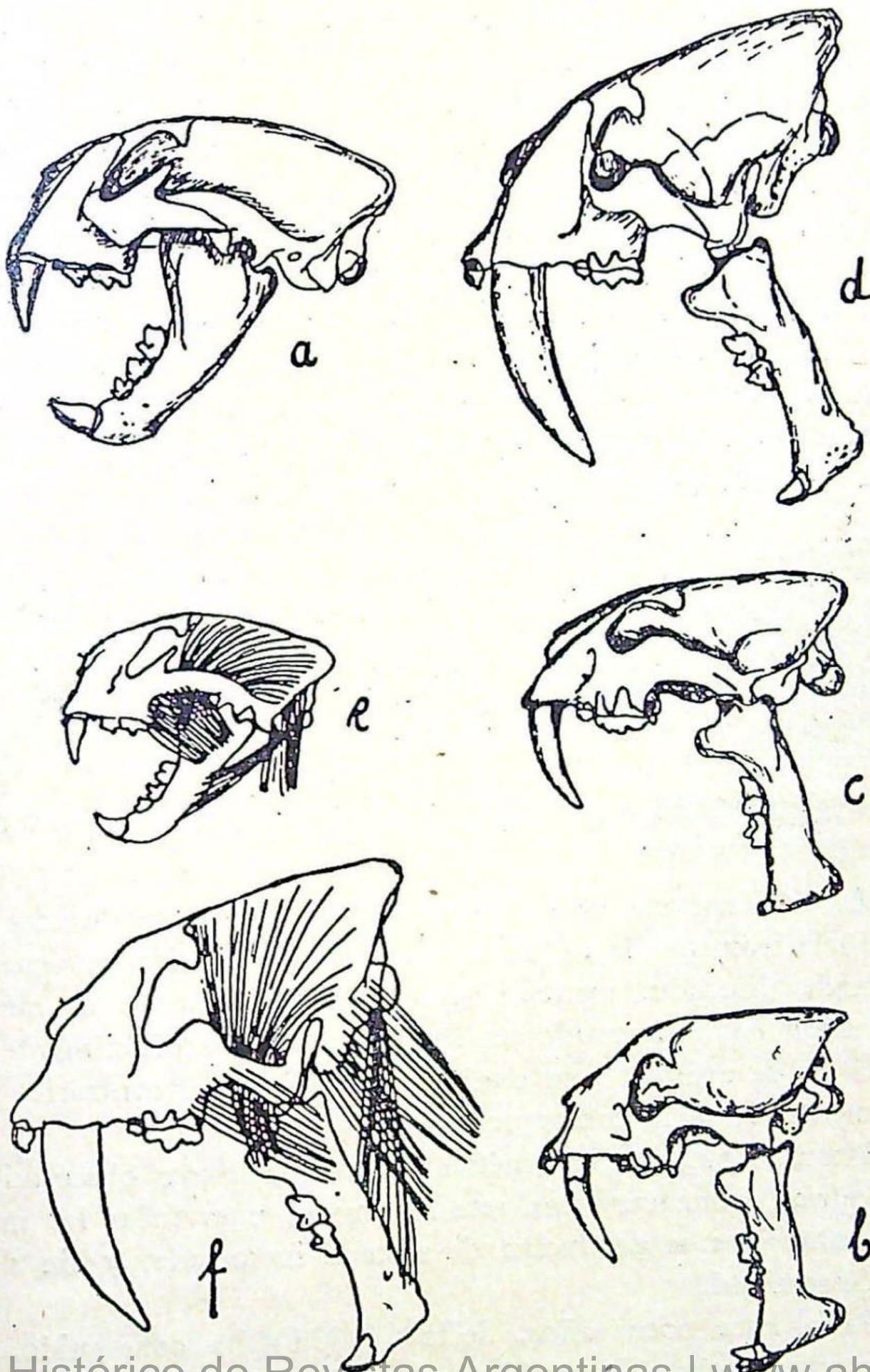


Fig. 58: Diferenciación progresiva del canino y de la mandíbula inferior en a) *Dinictis* (del terciario inferior), b) *Hoplophoneus* (del oligoceno), c) *Machairodus* del mioceno y pleistoceno, d) *Smilodon* del pleistoceno. (Esqueletos de *Smilodon* se hallan en los museos de Buenos Aires y La Plata); e y f) Musculatura de la mandíbula y cabeza y articulación de la mandíbula; e) en el león y f) en *Smilodon* (reconstruída): Según Matthew de Beurien, en *Natur und Museum*, 1933.

cilmente; la serie de los elefantes que termina en ciertos mastodontes y en el mamut con defensas tan grandes que seguramente constituían para el animal, en cierto aspecto, un factor negativo. Lo mismo puede decirse de las cornamentas excesivamente desarrolladas del ciervo gigante fósil del hemisferio norte y las corazas enterizas inmóviles de los gigantes gliptodontes del pampeano, los que, como es conocido, deben haber tomado origen de pequeñas formas con bandas libres parecidas al rabo molle, peludo, u otros dasipódidos actuales. Que estos animales finalmente se hallaban mal adaptados, puede inferirse del hecho que los armadillos pequeños y con bandas móviles subsisten hasta hoy en un número relativamente considerable de individuos y de especies, mientras los gliptodontes han desaparecido después de una corta época de florecimiento en el pampeano.

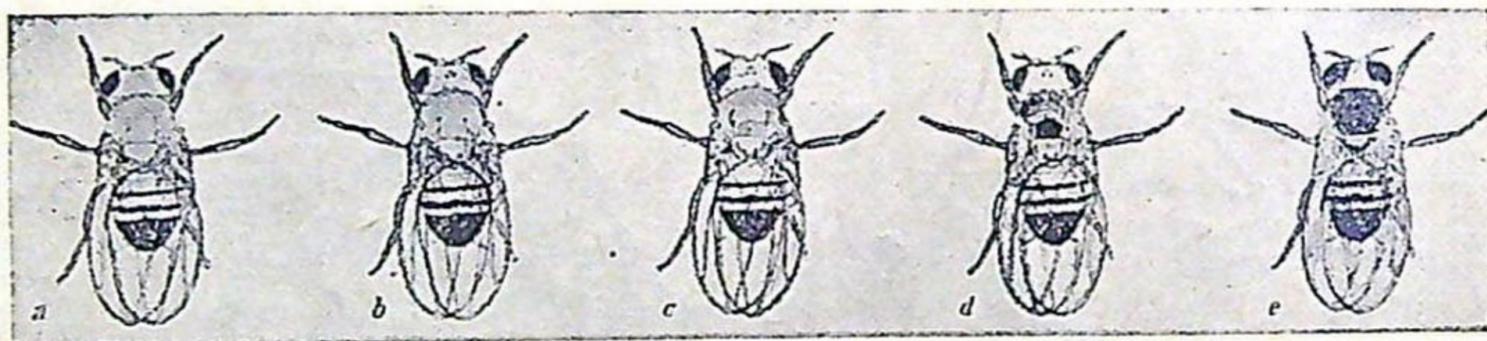


Fig. 59: Serie ortogenética del color del tórax de *Drosophila melanogaster* obtenida experimentalmente. Según Jollos en Verhandlungen der Deutschen Zoologischen Gesellschaft, 1931.

La característica de la ortogénesis es, pues, que durante una época relativamente larga, se conserva una evolución en una determinada dirección, manteniéndose ésta aún cuando el carácter en cuestión haya alcanzado un desarrollo tal que difícilmente podrá ya ser de utilidad a su dueño, sino que por el contrario, probablemente, le sería contraproducente.

Hasta hace poco la genética no podía ofrecer observaciones que podrían compararse con este fenómeno, pues todas las mutaciones conocidas se producían de manera inesperada, y sin dirección determinada.

Pero, hace pocos años, Jollos (1931) ha conseguido, haciendo actuar sobre *Drosophila* en estados larvales, temperaturas relativamente altas, pero no excesivas, y siguiendo aplicándolas durante todas las generaciones, que un carácter se modificara más y más en un sentido determinado. Así, sometiendo las larvas du-

rante 12 a 24 horas en cada generación a temperaturas entre 35° y 37°, los ojos rojos de la forma silvestre se transformaron en el curso de 10 generaciones, paulatinamente en blancos, pasando por los colores: eosina oscura, eosina, amarillo y marfil. El color blanco se mantuvo constante durante 25 generaciones y no fué posible retransformarlo, sometiendo los individuos respectivos por 20 generaciones a frío y humedad.

En otra serie de experiencias, se logró cambiar el color del cuerpo, terminando la serie con moscas de color muy oscuras ("ébano").

Sin embargo todas las series de Jollos se refieren a caracteres cuyos genes ocupan (para cada serie) un mismo lugar en un cromosoma y de los que era ya conocido que se transforman con relativa facilidad el uno en el otro, y por eso es dudoso —aparte de otras objeciones que se hacen a las experiencias del autor (1)— si sus mutaciones en dirección constante bastan para explicar, siquiera en parte, el problema de la ortogénesis.

Otra característica de las formas terminales de estas series, el hecho de que, por lo general, una vez que un carácter haya llegado a un desarrollo extremo, comience a variar de una manera desconocida para los caracteres normales (así la forma de los colmillos en el mamut; las corazas de los gliptodontes, de los que Ameghino ha figurado en su gran obra sobre los mamíferos fósiles de 1889 una gran cantidad de distintos tipos, no parece ofrecer tanta dificultad para su explicación. Hay que tener presente, que una vez que el carácter se ha vuelto inútil, cesa a su respecto la selección natural y entonces todas las mutaciones de cualquier clase que sean, tendrán aproximadamente igual probabilidad de reproducirse. Sería un caso análogo al de los órganos rudimentarios, los ojos de los animales cavícolas p. e., en los que también comienza una variación desmesurada en el momento en que dejan de tener valor selectivo.

Vamos a dar con esto por terminada nuestra revista sobre la "teoría de la descendencia y la biología moderna, en especial la genética". Creo, que quien la haya seguido, se habrá convencido que los estudios modernos han contribuido notablemente a con-

(1) Véase Timoféeff - Ressoovsky (1937).

solidar los cimientos del transformismo, aunque el problema haya resultado mucho más complejo de lo que se creía en el siglo pasado y lo será sin duda más a medida que adelanten los estudios.

Vemos hoy en día en muchísimos puntos más claro que en tiempos de Darwin, y aun, que a comienzos del siglo. En muchos casos se ha conseguido ver cómo se producen nuevas formas, y se dispone de teorías bien fundadas y por tanto muy satisfactorias para comprender cómo se han formado, así la llamada teoría cromosómica de la herencia y sus conclusiones. Se ha podido comprobar en varios casos objetivamente la existencia de la selección natural y se han iniciado estudios para poder expresar por fórmulas matemáticas la manera de su acción, no cabiendo dudas, que la teoría seleccionista, es decir el Darwinismo propiamente dicho o "Neodarwinismo", es hoy día la forma más aceptada y mejor fundada del transformismo, mientras el Lamarckismo, o sea la herencia de caracteres adquiridos, ha ido perdiendo paulatinamente terreno, con lo que, naturalmente, no está dicho, que no pueda algún día llegar a comprobarse que también a él le corresponda algún rol en la evolución y aun, que se llegue a establecer otros factores de la evolución, ni imaginados hoy día, pues no parece siquiera probable que la naturaleza siga, para producir la multiformidad de los organismos, por una única y exclusiva vía.

Sería posible que varios de los que me han hecho el honor de seguir estas clases, hayan esperado, influenciados ante todo por lecturas de carácter literario y filosófico, de índole parecida a las citadas en la introducción, que llegara yo a las conclusiones opuestas, que proclamara el derrumbe del transformismo, y ante todo, que nosotros, los hombres, no descendiéramos de antepasados simioscos. Supongo que por lo oído se habrán desilusionado. Uno de los estados por el cual han pasado nuestros antepasados, ha debido ser un organismo que sólo en detalles se diferenciaba de los monos antropomorfos actuales; y el transformismo es la única teoría aceptada por las personas competentes de nuestra época para explicar la multiformidad de los seres vivientes.

ALGUNAS OBRAS REFERENTES AL TEMA

He reunido en esta pequeña bibliografía las principales obras clásicas sobre transformismo y, además, algunas otras que, creo, pueden servir a los que deseen profundizar sus conocimientos sobre el tema. Con algunas pocas excepciones cito sólo obras que conozco; existen, pues, aparte de las enumeradas, gran número de otras no menos recomendables. No figuran en esta lista trabajos publicados en revistas. Las obras que contienen índices de literatura especialmente extensos han sido marcados con *, pero también muchas de las otras obras contienen tales índices, aunque, en general, no tan completos. Algunas obras nuevas han sido agregadas al corregir las pruebas.

I. LAS PRINCIPALES OBRAS CLASICAS SOBRE TEORIA DE LA DESCENDENCIA

- Lamarck, J. B. de: Philosophie Zoologique 2 tomos, 1809. (Hay una nueva edición con prólogo de Ch. Martin y traducciones en varias lenguas).
- Darwin Ch.: The Origin of Species 1859. (Existe traducción castellana).
- Darwin Ch.: The Descent of Man and Selection in relation to Sex, 1871. (Existe traducción castellana).
- Darwin Ch.: The Variation of Animals and Plants under Domestication. 2 tomos, 1868. (Traducida a varias lenguas).
- Haeckel E.: Generelle Morphologie der Organismen. 2 tomos, 1866. (Edición abreviada, 1906).
- Haeckel E.: Natuerliche Schoepfungsgeschichte, 2 tomos; muchas ediciones. (Obra de vulgarización, existe traducción castellana).
- Naegeli C.: Mechanisch - physiologische Theorie del Abstammungslehre, 1884.
- Weismann A.: Das Keimnlasma, eine Theorie der Vererbung, 1892.
- Weismann A.: Vortraege ueber Deszendenztheorie. 3ª edición, 1913. (De ambas obras existen traducciones a varios idiomas).
- de Vries A.: Die Mutationstheorie, 2 tomos, 1901|1903. (Traducida a varios idiomas).

II. OTRAS OBRAS

- * Abel O.: Die Stellung des Menschen im Rahmen der Wirbeltiere. Jena, 1931. 398 págs.
- * Babcock E. B. y R. E. Clausen: Genetics in relation to Agriculture, 2da. edición, New York, 1927. (La primera parte de 330 páginas es una excelente introducción general a la genética).
- * Boule M.: Les Hommes fossiles. 2da. edición. París 1923.
- * Crew F. A. E.: Animal Genetics. London 1925.

- Fisher R. A.: *The Genetical Theory of Natural Selection*. Oxford, 1930. (Contiene entre otros, la aplicación por el autor de métodos matemáticos a la selección natural, pero también capítulos sobre selección en el hombre, que no requieren conocimientos matemáticos).
- Franz V.: *Geschichte der Organismen*. Jena 1924. (Una filogénesis de plantas y animales; algo difícil de leer por utilizar el autor con preferencia los términos alemanes del idioma corriente en vez de los científicos).
- * Goldschmidt R.: *Einführung in die Vererbungs-wissenschaft*. 5ª edición. Leipzig 1928. (Excelente texto de genética general).
- * Guyenot E.: *L'Heredité*. 2da. edición. 1930.
- * Guyenot E.: *La Variation*. 1930.
- * Guyenot E.: *L'Evolution*. 1930.
(Creo que estos tres tomos, aparecidos en la "Encyclopédie Scientifique" constituyen en conjunto la obra más completa sobre el tema, aparecida en francés. Véase observación al comenzar el capítulo II. de estas clases).
- Haldane J. B. S.: *The Causes of Evolution*, London 1932. (Conferencias generales muy interesantes, con un apéndice que contiene los trabajos matemáticos del autor sobre selección natural).
- Haldane J. B. S. and J. Huxley: *Animal Biology*. London 1927. (Este pequeño libro, del que hay traducción castellana (Calpe), es una muy buena introducción a la biología moderna que no requiere conocimientos previos).
- * *Handbuch der Vererbungs wissenschaft* editado por E. Baur y M. Hartmann. Berlín. (Obra en muchos tomos, en curso de publicación; cada tema tratado por alguno de los principales especialistas).
- Hartmann M.: *Allgemeine Biologie*. 2da. edición, Jena 1932.
- Hurst C. C.: *The Mechanism of Creative Evolution*. 2da. edición. Cambridge 1933. (Véase la nota al comenzar el capítulo IV, de estas clases).
- Johannsen W.: *Elemente der exakten Erblchkeitslehre*. 3ra. edición, Jena 1926. (Obra fundamental, pero de difícil lectura).
- * Morgan T. H.: *The Physical Basis of Heredity*. 1919. (Existen entre otras, traducciones al alemán y al francés).
- Morgan T. H.: *A Critique of the Theory of Evolution*. Princeton University Press. 1919. (Traducción castellana, Calpe).
- Morgan T. H.: *Evolution and Genetics*. 1925.
- * Morgan T. H.: *The Theory of the Gene*. 2da. edición. 1928.
- Morgan T. H.: *The Scientific Basis of Evolution*. 1932.
- Morgan T. H.: *Embryology and Genetics*. 1934.
(En vista de la importancia de la obra de Morgan y de su escuela, todas las obras de éste revisten el mayor interés. Sus teorías se hallan resumidas ante todo en los dos libros marcados con *).
- Naef A.: *Die Vorstufen der Menschwerdung*. Jena, 1933.
- Nonidez J. F.: *Variación y Herencia en los animales domésticos y plantas cultivadas*. 2ª edición. Calpe, 1936. (Pequeña obra que contiene una buena introducción general a la genética; no requiere mayores conocimientos previos).

- Plate L.:** Allgemeine Zoologie und Abstammungslehre. (A partir de 1923; 4 tomos; aun no terminada). Jena.
- Punnett R. C.:** Mendelism. 7a. edición. London, 1927. (Muy buena introducción a la genética, que no requiere conocimientos previos).
- Sinnott E. y Dunn L. C.:** Principles of Genetics, 2ª edición. Nueva York y Londres 1932. (Excelente texto de genética general. contiene un capítulo sobre la inducción de mutaciones por radiaciones).
- Timoféeff - Ressovsky N. W.:** Experimentelle Mutationsforschung in der Vererbungslehre. Dresden y Leipzig 1937. (Resumen muy completo de la inducción experimental de las mutaciones).
- Tschulok R.:** Deszendenzlehre. Jena, 1922. (Véase observación al comienzo del capítulo VI... estas clases).
- Wiedersheim R.:** Der Bau des Menschen als Zeugnis für seine Vergangenheit. 7a. edición. Tübingen ... (Obra clásica sobre los caracteres ancestrales del hombre).

Cuatro lecciones sobre Metafísica

(Itinerario de la realidad en el "Diario Metafísico" de Gabriel Marcel)

Por ANGEL VASSALLO

II. CAMINO DE LA EXISTENCIA. TEORIA DE LA SENSACION. DOCTRINA DE "MI CUERPO". LA "EXISTENCIA". EXISTENCIA Y OBJETIVIDAD.

No en vano hemos llamado "itinerario" este ensayo de exposición de algunos temas del "Diario Metafísico" de Marcel, dispuestos en torno del problema del ser. El "Diario Metafísico", en efecto, exhibe un pensamiento en el acto sucesivo de constituirse, y nos invita a rehacerlo o reinventarlo con el mismo avanzar de gesto hipotético y aventurado conforme al cual ha marchado el autor. Gabriel Marcel deja traslucir la poca simpatía y la mucha prudencia que le mueven a abstenerse de dar a su pensamiento una forma de exposición que siguiera "los ritmos tradicionales de la arquitectónica especulativa".

La primera etapa de ese itinerario la hemos cumplido ya. Se detenía en el territorio de la fe —no, por cierto, de una fe cualquiera, sino de la precisamente definida por Marcel.

La conclusión de la Primera Parte del "Diario" por nosotros ya examinada en la lección anterior podría formularse con las siguientes palabras de la "Introducción": "que no hay última palabra sobre las cosas, o mejor dicho, que esta última palabra no puede asumir la forma de la verdad [es decir, del saber], y por eso el valor fundamental de la fe [de la fe de Marcel] consiste precisamente en que ella [la fe] trasciende en alguna manera toda enunciación de carácter objetivo sobre el universo".

Importa comprender bien que esta fe de Marcel no tiene una función vicariante con respecto al saber; quiero decir, esta fe no viene a ser un sustituto disminuído al que es fuerza apelar a falta de un saber objetivo adecuado. Como si dijéramos: no siéndonos posible formular la última palabra sobre las cosas en forma de un conocimiento objetivo —que sería nuestro desideratum—, no nos queda más remedio que conformarnos con la fe. Si fuera así, ello significaría que el resultado de la crítica del saber absoluto a que asistimos en la lección anterior habría sido un agnosticismo.

Muy otro, en cambio, es el sentido de la conclusión de Marcel. El agnosticismo, en efecto, supone un saber absoluto realizado en alguna parte o en alguien; tan sólo que, al mismo tiempo, consiste en negarle al hombre la posibilidad de ese saber. El agnóstico, quiero decir, comienza por conferirle al conocimiento (a la idea del conocimiento) el valor más alto; su supuesto es ¡oh, si pudiésemos tener el saber absoluto!; sólo que se lamenta de nuestra incapacidad de realizarlo: en esa lamentación consiste el agnosticismo. El agnosticismo, por lo tanto, si bien se lo mira, no es sino la otra cara del saber absoluto mismo. Podríamos decir aquí que el escepticismo y el agnosticismo, enemigos extremados del racionalismo, no saben que viven suspendidos al racionalismo —al ideal del saber absoluto— y alimentados por él; es decir, que profesan secretamente el mismo ideal.

Bien diferente, decíamos, es la conclusión a que llegamos en la Primera Parte del "Diario" de Marcel. Para Marcel, el saber absoluto (dejando de lado el que se lo pueda realizar o no; aun supuesto realizado) debe ser rehusado; debe ser rehusado porque sólo así, rehusándolo, "las exigencias de la vida espiritual podrán ser satisfechas". El cielo compacto del saber absoluto, dijimos, debe quebrarse para que el espíritu exista. Por lo tanto,

acampar en el territorio de la fe no es registrar entre los agnósticos. Por el contrario, supone plantear previamente la cuestión, escandalosa cuestión, del valor de la verdad misma (o sea del valor de la esfera del saber absoluto, de la inteligibilidad) y resolverla negativamente; es decir, en contra de la objetividad y de la inteligibilidad. Cuestión ésta que ya suscitó Federico Nietzsche (no sin mucho ingrediente de espectacular paradoja, de paradoja sabida) ante el asombro irritado de los filisteos de la cultura, o de los ascetas del conocimiento puro, según se complugo en llamarlos.

¿Por qué —para Marcel— ha de ser rehusada la verdad, aun en el supuesto de que pudiera realizarse íntegramente como saber absoluto? La razón era que la necesidad metafísica —para Marcel, según ya lo adelantamos— no es la necesidad de un conocimiento del ser, sino apetencia de ser. El ser sólo aparecía como inmanente al espíritu y el ser del espíritu se constituía en el seno de la fe. El espíritu en nuestra caracterización era esto: la subjetividad que vale; la subjetividad habiendo ser. Ahora bien: he aquí que el saber absoluto hacía imposible la asunción del sujeto como espíritu. En efecto: el saber absoluto suponía el cogito, el yo pienso, y el yo pienso es universal. El destino del sujeto, del yo pienso se encerraba en este dilema: o se realizaba el saber absoluto, y entonces el yo pienso se desvanecía en él (es decir, se desvanecía); o bien se afirmaba como yo pienso individual —pero entonces no valía, pues todo valor de verdad y consistencia de ser se contenía en el sistema del saber absoluto. El sujeto del yo pienso individual estaba irremisiblemente votado a la meja subjetividad, lo que era otro modo de desvanecerse. Así pues: o perderse en el saber absoluto, o estar votado a la pura subjetividad: dos modos de aniquilarse.

Bien otra cosa acontecía con el sujeto del yo creo. “Creer es sentirse como siendo en lo interior de la divinidad”. Aquí entre el sujeto y el objeto hay una relación concreta, y por eso “yo la pienso como impensable (a esa relación), aunque absolutamente incluida en el acto de fe”. “La fe es el acto por el que el espíritu llena el vacío existente entre el yo pensante y el yo empírico (entre la universalidad y la subjetividad), afirmando su vínculo trascendente: o más bien, la fe es el acto por el que el espíritu se hace,

el espíritu, no ya el sujeto pensante, el espíritu realidad viviente y activa”.

La fe, así, es participación en el ser; con ella operamos una *Μεταβάσις εἰς ἄλλω γένος*, el tránsito a lo absolutamente otro del conocimiento: el orden del ser, que es también el de lo metafísico.

Tal era la situación al finalizar la lección anterior. Ahora, acaso, pueda darse un sentido más cabal a las palabras de Marcel leídas hace poco, y en las que puede resumirse el resultado de la Primera Parte del “Diario”: “que no hay última palabra de las cosas, o mejor dicho, que esa última palabra no puede asumir la forma de la verdad [es decir, del saber], y por eso, el valor fundamental de la fe [Marcel dice: de la vida religiosa] consiste precisamente en que ella [la fe] trasciende de alguna manera toda enunciación de carácter objetivo [es decir, en forma de saber] sobre el universo”.

Con esta visión y complementación retrospectivas, tenemos dispuesto el pensamiento de Marcel en la forma y en el acto en que ha de lanzarse en lo que en nuestra distribución del asunto viene a ser la segunda etapa de su itinerario del ser: la teoría de la existencia, que ahora nos proponemos sugerir. Pasamos así a la Segunda Parte del “Diario Metafísico” cuya relación con la Primera cuidamos de establecer pulcramente en la lección anterior.

Sabemos ya que el conocimiento menciona el ser o la existencia, pero que no lo penetra. Así, para el realista, la existencia es aquello a que el cogito, el yo pienso, o sea, las determinaciones ideales, están referidos; es el *qué* (*that* de Bradley) al cual el *qué cosa* (el *what* de Bradley) se dirige. Fuera de esto, el realista nada sabe de la existencia: su originalidad consiste en sostener que sus determinaciones ideales corresponden a algo que hay en el *that*: mas lo que en realidad posee son esas determinaciones ideales.

Las cosas no suceden en manera muy diferente en el idealismo; antes bien, empeoran. La existencia, aquí, no es el *terminus ad quem*, el término hacia el cual el yo pienso y sus contenidos se dirigen (copiándolo, como sucede en el realismo). La existencia, para el idealista, es lo inmediato; aquello que está destinado a desvanecerse, en fuerza de la mediatización, en las determinaciones ideales, cuyo sistema, como cogito total —según sabemos— es al

mismo tiempo saber absoluto y ser absoluto. A la verdad, si bien el realismo y el idealismo mencionan la existencia, es sólo para perderla muy pronto de vista. Realismo e idealismo escamotean la existencia. (Advierto que la crítica de Marcel toma pie en el idealismo; pero vale también para el realismo).

Si llamamos ciencia al conjunto de determinaciones ideales, necesarias y universales (como determinaciones del yo pienso), Marcel diría que la ciencia tiene una tendencia natural a prescindir de la existencia. La ciencia sería; en efecto, un conjunto de qué cosas y no de qués. Ahora bien: el qué cosa, el what de Bradley, se llama, con denominación clásica, esencia. El objeto del conocimiento es siempre un conjunto de esencias. "Aquí —dice Marcel— una simple metáfora da cuenta de la situación lógica que el espíritu tiende a crearse a sí mismo; nosotros diremos que el pensamiento confiere a los objetos con relación a sí mismo, una suerte de insularidad". Es decir: el pensamiento, determinando con esencias el qué y construyendo así el objeto, tiende a cortar y reducir la adherencia del objeto al ser o existencia que adivinamos debajo de él. Y esta insularidad del objeto se hace más plena, a medida que el espíritu despliega sobre él mayormente "sus potencias inmanentes de universalidad".

"Lo que en cambio —continúa Marcel— será deliberadamente dejado de lado será el modo conforme al cual el objeto está presente a quien lo considera, o, lo que viene a ser lo mismo, el misterioso poder de afirmación de sí mismo gracias al cual se yergue ante un espectador. Se trata de saber cómo puede ser que este objeto no sea sólo un espectáculo racionalmente articulado, sino que posea también el poder de afectar de mil maneras el ser mismo de aquél que lo contempla y lo padece. Esta presencia sensible de la cosa, que, si no se confunde con la existencia misma de ella, aparece al menos a una reflexión desprevenida como su manifestación, su revelación más inmediata: he ahí lo que una filosofía orientada a la vez hacia las ideas y hacia los objetos ha de tender necesariamente a escamotear".

Digamos entonces que la ciencia se edifica sobre la objetividad, o por lo menos carga el énfasis de tal modo sobre la esencia, que deja en la sombra la existencia o el ser. (Por ciencia no entendemos aquí la ciencia positiva, sino todo saber objetivo, sea de

objetos reales, ideales o suprasensibles). El ideal de la ciencia es brindarnos un "espectáculo racionalmente articulado"; pero la metafísica no aspira a un espectáculo así; ella no aspira a visión espectacular alguna. La necesidad metafísica no es exigencia del conocimiento del ser, sino apetencia del ser mismo. Lo metafísico no es el orden del conocimiento del ser, sino el del ser mismo.

En este sentido puede decir Marcel en su "Introducción" que la posición que ha buscado definir en su "Diario" consiste en destituir a la verdad (es decir, al orden de la objetividad) de un valor trascendente que cierto racionalismo automáticamente le confiere, y, al mismo tiempo, otorgarle a la existencia esa prioridad metafísica de que el idealismo [sobre todo] ha pretendido privarla".

Al punto a que hemos llegado, la esfera de la ciencia (saber objetivo y válido) es la objetividad; lo metafísico, en cambio, es el orden de lo existencial. Ese orden de lo existencial es el que debemos explorar ahora. La empresa que acometemos parece paradójal al principio. Pues ¿no intentamos hacer una teoría de la existencia, teoría con pretensiones de verdad? Pero he aquí que una teoría de la existencia parece implicar necesariamente traducir la existencia en objetividad. No es posible, en otros términos, delinear el estatuto de la existencia, sin hacer de la existencia un objeto, y, por tanto, "un espectáculo racionalmente articulado".

Aunque en el punto en que nos hallamos no podemos contestar satisfactoriamente a esta observación, justa y legítima (sobre todo para el que está fuera de la cuestión), y sin perjuicio de volver después sobre ella, diremos provisionalmente que la existencia bien puede ser dada en una revelación ontológica no objetiva, y solamente así; ella se nos podría presentar para que la reconozcamos (no para que la determinemos conceptualmente, idealmente, como acontece con los objetos), para que la reconozcamos "a la manera de un territorio que uno explora".

Vamos a iniciar el camino a la existencia partiendo de la sensación. Si nos fijamos en ello, caeremos en la cuenta que así nosotros en nuestro usual modo de pensar, como el psicólogo y el físico, todos concebimos la sensación como un mensaje. Aspiro un perfume y me aseguro de que emana del jardín vecino. ¿Qué ha

sucedido? Ha habido, me dirán indistintamente un físico o un psicólogo, transmisión de cierta onda, de cierto efluvio: tanto que una determinación física de ello es posible. Algo ha viajado entre el jardín y mi cuerpo. Un hecho físico, ciertas partículas emitidas por el jardín han salido al encuentro de las terminaciones de un nervio olfativo —o algo parecido— y ese hecho físico, entonces, ha sido traducido en mi conciencia como una sensación.

Todos admitimos, en efecto, acaso sin pensarlo ni mucho ni bien, que la sensación es una suerte de traducción, hecha de acuerdo a un código personal, de algo que no es en sí mismo más que un hecho físico que se trasmite de un punto a otro del espacio. En nuestro caso, la sensación sería un hecho físico traducido en lenguaje olfativo.

Así hablamos en un mundo de objetos, es decir, en un mundo en que hecho físico y sensación son objetos de conocimiento, espectáculo. Pero quizá forzando este modo de ver objetivo, y sin salirnos de él, podamos mostrar lo insostenible de este modo de entender la sensación, y ser llevados así hasta el umbral de lo que ella es en sí misma; para luego, instalados en ella, notar muy cambiado el paisaje de lo que la sensación es.

Traducir, según resulta de su propia definición, no es más que sustituir algo dado por algo también previamente dado. Pensad en la traducción de una palabra a otro idioma. En general, pues, para que haya traducción es necesario que algo que yo me doy de cierta manera sea sustituido por mí a otra cosa que me estaba dada de otra manera. Mas, es fácil darse cuenta de que nada de eso puede pasar en el caso que nos ocupa. El hecho físico, en efecto, es algo que (antes de su pretendida traducción, la sensación) no me es dado: sucede, por decir así, en un plano infra-sensorial (si por casualidad me fuera dado, lo sería tan sólo por otra sensación, para la que se volvería a plantear el problema que nos ocupa). “Si mi razonamiento es correcto —dice Marcel— no tiene ningún sentido llamar a la sensación una traducción”. “Ella, la sensación en cuanto la padecemos, es inmediata (no una referencia), y no la traducción de algo que no sería ella misma. Ella está en la base de toda comunicación, de toda referencia y de toda interpretación, y no puede ser ella misma una comunicación ni una traducción”.

En resolución, diremos nosotros, la sensación no es un men-

saje: para poder entenderla así es necesario estar ya fuera de sensación. Sólo entonces a la sensación se la puede ver referida a un objeto, a un hecho, y como emanada de él: sino que entonces la sensación no es ya la sensación en su suceder prístino, virginal. La dialéctica de la sensación, su drama, es que ella tan luego como es pensada, viene a ser un "paraíso perdido". La sensación intelectualizada u objetivada se transforma al punto en una referencia a un objeto, y un objeto ella misma.

Tomada en sí misma, absolutamente, la sensación es una afección, no una noticia sobre algo, o traducción de otra cosa. Sentir no es recibir un mensaje, ni traducción ni interpretación de un objeto. Visto desde dentro, sentir no es recibir (un mensaje) sino participar inmediatamente. Hay en la sensación un ser parte en lo sentido, un *assimilari objeto*, según la fórmula escolástica; es decir, un venir a ser lo mismo que, asimilarse a aquello que se siente: un venir a ser la misma cosa que lo sentido.

Mas para entenderla así, y retraerse al ser prístino de la sensación es menester instalarse de golpe en un mundo que no sea un mundo de esencias.

La sensación en cuanto es afección, participación, inmediatez pura, es, por eso mismo inespecificable. De ella, en su pureza, no cabe decir que sea así y así. "Carácter éste (el de inespecificable), dice Marcel, sin duda incompatible con la naturaleza de un objeto cualquiera —ya que según sabemos el objeto se define en función de wahts, de esencias —; pero carácter que pertenece de derecho a lo infra-objetivo cuya realidad nos estamos aplicando a fundar.

Así como en la solución provisional de la fe, el sujeto y el objeto estaban unidos en una relación concreta, que por serlo, era impensable como relación —bien que contenida dentro del acto de fe—; así también en la sensación hay una participación en lo sentido, antes de que lo sentido sea objeto.

Resumamos esto: Para que la sensación se haga de algún modo inteligible, es necesario que el espíritu logre instalarse de golpe en un mundo que no es un mundo de ideas. Si es posible mostrar —como lo hemos intentado— que la sensación no es susceptible de ser concebida como un mensaje, como una comunicación entre dos estaciones telegráficas distintas, es necesario que ella

sea una participación inmediata de lo que usualmente llamamos el sujeto, en un ambiente o clima (a une ambiance, dice Marcel) del que ninguna verdadera frontera lo separa.

El objeto (el objeto de la objetividad) está en el sujeto, en el yo pienso, con una imanencia —es decir con una interioridad— abstracta; o sea, como un tejido de esencias, que son universales.

En el sujeto de la sensación, en cambio, el objeto, lo sentido, está como una presencia efectiva, adherente; el sujeto, en cuanto sensación, se baña (por decirlo así) en un ambiente o clima de maciza plenitud; maciza plenitud que constituye al sujeto mismo de la sensación en cuanto siente. Y más claro no me es posible exponer esto.

De esta manera, la sensación se constituye en el comienzo—humilde, sin duda— del ingreso del sujeto (sigámoslo llamando así todavía) a un orden que no es la esfera de la objetividad, sino de lo existencial; del acceso, no a la idea de lo existente, sino al ser existente mismo.

Para que la sensación se hiciera de algún modo inteligible ha sido necesario instalarse de golpe en un mundo que no es un mundo de ideas. Otro tanto estamos forzados a hacer para que adquiriera un sentido aquella relación (que es negación de toda relación, según veremos) que guardo con mi cuerpo, relación en cuya virtud lo tengo precisamente por mío.

Mi cuerpo se me aparece como un objeto privilegiado entre los otros objetos. Ese carácter privilegiado finca en que mi cuerpo es mío. ¿Qué quiere decir mío aplicado a mi cuerpo? ¿En qué consiste el índice diferencial que distingue a mi cuerpo de todos los otros objetos del mundo? Podría decirse que ese privilegio le viene a mi cuerpo de ser él el intermediario de que me sirvo para obrar sobre los otros objetos y comunicarme con ellos. Sin embargo, puestos a examinar despacio la cosa, acaso veríamos que hay serias dificultades en concebir a mi cuerpo como un objeto del que yo me sirvo, dificultades que en definitiva obligan al rechazo de esa concepción instrumentalista de mi cuerpo.

“Cuando yo utilizo un instrumento cualquiera —dice Marcel— me limito, en realidad, a especializar y prolongar una manera de hacer que [por sí misma] ya pertenece a mi cuerpo. Todo

instrumento no sólo es instrumento con relación a mi cuerpo, sino que hay entre ambos [entre mi cuerpo y cualquier instrumento] una profunda comunidad de naturaleza”.

Si lo que dice Marcel es cierto —y parece en efecto que lo es—, todo instrumento se define como tal sólo en relación con mi cuerpo. Siendo esto así ¿cómo el cuerpo mismo, el cuerpo instrumentista, podría concebirse como un instrumento? El instrumento supone un quién relativamente al cual, del cual es instrumento. Para concebir el cuerpo como instrumento necesitaríamos pensar un alma o yo físicos, es decir, munidos de facultades o poderes de los que los dispositivos mecánicos a que mi cuerpo parece reducirse no serían más que la prolongación —así como los instrumentos son, según dijimos, como prolongaciones de modos de funcionar de mi cuerpo. Sólo así yo establecería entre mí mismo y mi cuerpo la relación instrumental que tiene mi cuerpo con los demás instrumentos. ¿Pero es que mi yo puede ser concebido como esa alma física instrumentista que es necesario pensar para que de ella mi cuerpo sea el instrumento? Y si no es posible pensarla así ¿cómo mi cuerpo podría ser el instrumento de algo (mí mismo) absolutamente otro que él? Pues ya hemos dicho que todo instrumento es como la prolongación de aquello de que es instrumento.

Parece difícil o absurdo concebir por lo tanto que mi cuerpo es mi instrumento.

Mi cuerpo, en realidad, me es presente a mí mismo y yo a él de tal manera que la afirmación “yo me sirvo de mi cuerpo” es muy indigente para expresar la riqueza ilimitada de las relaciones contenidas en la conciencia que yo tengo de mi cuerpo. “Algo niega en mí —dice Marcel —la exterioridad de mi cuerpo con respecto a mí mismo, exterioridad implicada en la noción puramente instrumentalista de mi cuerpo. De ahí esta protesta casi imposible de reprimir: “Yo no me sirvo de mi cuerpo; yo soy mi cuerpo”. Para Marcel, el materialismo no es más que la organización de esta protesta. Es que justamente para poder tratar a mi cuerpo como instrumento debe considerarlo como no mío. En ese caso, yo adopto respecto de mi cuerpo la actitud de una tercera persona. Así mismo, cuando considero a mi cuerpo en sus relaciones con los demás objetos (como uno de entre ellos), o bien en su estructura

propia (como la Anatomía), estoy ante mi cuerpo como ante un objeto de conocimiento posible. Es decir: que ya no es mi cuerpo.

Para definir la relación concreta —que a fuerza de ser concreta deja de ser una relación— que hay entre yo y mi cuerpo, es tan excesivo decir esto: “yo soy mi cuerpo”, como decir esto otro: “yo no soy mi cuerpo”. Absolutamente correcta es la expresión “mi cuerpo”, a la que le corresponde, de la parte del yo, esta otra: “yo soy en cuanto encarnado” (yo soy en cuanto corporal). Al mío de mi cuerpo, corresponde la encarnación de mi yo. “La encarnación —define Marcel— es la situación de un ser que se ve unido [inextricablemente] a un cuerpo”.

De golpe, la oposición sujeto-objeto (yo-cuerpo) se encuentra aquí trascendida —como en la fe, como en la sensación.

Y por esto mismo, en fin, yo no puedo pensar mi muerte, sino sólo padecerla. Pensar mi muerte es descomponer lo indescomponible: la encarnación. Después, sólo podría representarme la detención, el pararse de esa máquina (“de cette machine là”), ni siquiera la de mi cuerpo.

La presencia efectiva —que ya tocamos en la sensación— de mi cuerpo a mí mismo, y de mí mismo a mi cuerpo; el misterioso poder de afirmación con que mi cuerpo se me impone y por el cual me hago existente —pues fuera de mi cuerpo mi mismidad vive exilada al infinito— hacen que la encarnación, mi cuerpo, sea el ser existente tipo.

‘El mundo existe para mí —dice Marcel— en el sentido fuerte de la palabra existir, en la medida en que yo guardo con él relaciones (que son también la superación de toda relación) del tipo de las que tengo con mi propio cuerpo’. Existencia, pues, es lo mismo que ser existente. El mundo en cuanto existente, se construye sobre el tipo y en las líneas de prolongación de la existencia como encarnación o “mi cuerpo”; es decir, que el mundo existe para mí en tanto lo aprehendo como vinculado a mí por el mismo hilo que me vincula a mi cuerpo —vínculo que es también la superación de toda vinculación objetiva.

Resumamos en grandes líneas el argumento de esta lección. El conocimiento, la esfera de la objetividad, menciona la existencia, mas no puede penetrarla. Entre la objetividad y la existencia existe un hiatus (una distancia) que el yo pienso no puede salvar.

En el tránsito a la existencia hay un pasaje a lo absolutamente otro de la objetividad.

Ahora, instalados en la existencia, puede verse que la objetividad está contenida dentro de lo existencial. La objetividad supone la existencia, a la que vagamente menciona; mas la existencia no supone la objetividad que sobreviene dentro de ella, dentro del orden de lo existencial.

Y es así también que esta lección ha querido insinuar en un primer aspecto esta tesis del "Diario Metafísico" que "consiste —son palabras de Marcel ya referidas al principio— en destituir a la verdad de ese valor trascendente que cierto racionalismo automáticamente le confiere, y al mismo tiempo, otorgarle a la existencia una prioridad metafísica de que el idealismo [en especial] ha pretendido privarla".

La Política Financiera Argentina

Desde el 20 de febrero de 1932 al
20 de julio 1933

Por ALBERTO HUEYO

II

En mi exposición de la semana pasada he explicado los orígenes de la crisis mundial causada por la guerra europea y sus consecuencias sobre la economía argentina, reflejadas sobre la última presidencia del Sr. Irigoyen, el gobierno provisional y durante los comienzos del gobierno actual.

He hecho también algunas referencias a las crisis anteriores a 1873 y 1891 comparándolas con la última, y para mí más intensa, que estalla en el mundo el año 1929.

He referido cómo estas perturbaciones económicas se hallan ligadas a perturbaciones de orden político, recordando las revoluciones de 1880, de 1890 y la de 1930 y señalando cómo las medidas inflatorias que se toman durante las presidencias del Dr. Juárez Celman y de Hipólito Irigoyen conducen a ambos a la renuncia, siendo abandonados por todas las fuerzas que los han acompañado, sustituido el primero constitucionalmente por el Vice-Presidente Dr. Pellegrini y reemplazado el segundo por el gobierno revolucionario del General Uriburu.

Me he referido también a la Presidencia de Nicolás Avellaneda mostrando cómo las medidas de orden y economía, no obstante el malestar producido por una crisis de tanta duración, conducen

a la conciliación de los partidos en lucha el año 78 y dan fuerza al gobierno para resistir el movimiento revolucionario del 80.

No he pretendido hacer un estudio completo de estos períodos tan interesantes para la historia económica del país. hubiese sido mi mejor deseo hacerlo pero realmente los datos estadísticos referentes a esas épocas no son de cómoda obtención.

Vale la pena, sin embargo, que el Ministerio de Hacienda o las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas se preocupen de reunir en un sólo volumen esos antecedentes, consignando los datos de exportación e importación; los presupuestos tal como resultan ejecutados, con el rendimiento de los impuestos, la marcha de los gastos en cada ejercicio financiero y los cambios impositivos; el estado bancario, comprendiendo el movimiento de los depósitos, adelantos y descuentos, y proporción de las reservas; emisiones fiduciarias; exportaciones e importaciones de metálico, fluctuaciones en los cambios internacionales y movimientos de la deuda pública, flotante y consolidada.

Estos datos reunidos en una publicación estadística, desde la organización hasta nuestros días, servirían a los hombres de estudio para analizar bien los distintos períodos de nuestra historia económica, penetrar en las causas que han conducido a situaciones críticas, pues muchas veces los gobiernos a los cuales se responsabiliza por acontecimientos que los envuelven no tienen en realidad otra culpa que haber recibido la herencia de errores pasados.

En cuanto al gobierno del General Justo también lo hemos visto desenvolverse dentro de un ambiente revolucionario en su iniciación, y yo atribuyo la firmeza de su posición a la seriedad de sus primeros actos de gobierno, que han ido produciendo resultados benéficos para la economía nacional, a los que he de referirme al final de esta exposición.

Si el gobierno hubiese perdido la calma y contagiándose del pánico existente hubiera desatado emisiones a granel y afectado el crédito por moratorias no justificadas, el final hubiese sido muy otro, porque con un cambio internacional de desastre, sin crédito público interno ni externo, ni tranquilidad bancaria y con la economía del país afectada como lo estuvo hasta mediados del año 1934, no era posible pensar en la estabilidad política.

Y habrá que pensar después, si países como el nuestro que

han llegado ya a un grado de desarrollo económico y social que les da en el mundo una personalidad, las revoluciones pueden seguir siendo medios de rectificar errores de gobierno y si no hay que confiar más en los métodos evolutivos de perfeccionamiento, que se realizan no sólo cuando el poder pasa de un partido a otro, sino aun cuando se transfiere dentro de miembros de la misma fracción política u orden social.

Para ello será necesario el cuidado de nuestras instituciones democráticas, la libre emisión del voto para los ciudadanos y el respeto absoluto a los veredictos populares, aun cuando se juzguen equivocados por los que se consideren los mejores, y aun cuando las orientaciones de esa mayoría pueda significarnos daños materiales; pues así como se dice que el hombre aprende a golpes, los pueblos no llegan a la experiencia ni a la sabiduría bajo tutela, sino después de un ejercicio muy prolongado de la libertad.

Hecha esta pequeña introducción, volvamos al tema de nuestra conversación. Hemos pasado ya las dificultades de los primeros meses del año 32 y el Ministerio de Hacienda, en medio de las tareas propias de una administración que comienza, debe preparar un plan de fondo para impedir que se repita una situación como la que he descripto en mi conferencia anterior. Junto al estudio del presupuesto dejado por el gobierno provisional, al Ministerio a mi cargo le corresponde la tarea de estudiar los proyectos que se insinúan desde todos los sectores de la opinión. Son discutidos y pesadas las ventajas e inconvenientes de todos aquellos que reúnen méritos suficientes para ser tenidos en cuenta.

Al mismo tiempo el Ministerio de Hacienda va haciendo un análisis a fondo de la situación y previo examen de todo género de planillas que se hacen y se rehacen, del cálculo aproximado de reducción de los gastos y del posible rendimiento de los impuestos, abrigo la esperanza de llegar a una nivelación de las entradas y salidas del presupuesto, decidiendo hacer de este programa el punto central de la política del Poder Ejecutivo. Añado a esta parte del plan, la emisión de un empréstito que deno-

mino patriótico, cuyo monto podrá llegar hasta un máximo de 500 millones de pesos. Los títulos reeditarán el 6 por ciento de interés, con 1 por ciento de amortización acumulativa, amortizables únicamente por sorteo y a la par. Bajo estas bases reposan los proyectos que se envían al Congreso. En general, cuando ellos llegan a conocimiento del público, la impresión es de desaliento. Se les considera un plan minúsculo ante la gravedad de los problemas que afectan al país tanto en el orden bancario, como en el monetario, de cambios internacionales y crédito público.

Era poco conocida en ese tiempo la influencia que el equilibrio del presupuesto, tiene sobre esos aspectos de la actividad económica. Más adelante esas nociones se han hecho más familiares. Los estudios de los técnicos que analizaron la situación de Francia bajo el ministerio de Poincaré; Inglaterra, que inmediatamente después de la guerra, preocupada con su problema monetario llega a gravar a sus habitantes con cargas progresivas que ascienden hasta las tres cuartas partes de la renta y en general todas las misiones enviadas a países que como Australia, Brasil, Chile, etc., las solicitan de otros países más experimentados, todos dedican sus primeras palabras a la necesidad de llegar a un efectivo y real equilibrio del presupuesto como medio de sanear las finanzas públicas.

Es que el equilibrio del presupuesto, significa que el Estado cuenta con los recursos necesarios para hacer frente a los gastos de todo orden de la administración. Se pagarán en adelante, regularmente, los sueldos de los empleados, los servicios de la deuda, las cuentas del comercio procedentes de provisiones y las que provienen de las obras públicas, las jubilaciones y hasta los subsidios de distinta clase que se dedican a beneficencia y caridad.

No es extraño pues, que el equilibrio del presupuesto determine una situación de confianza colectiva. Los títulos de deuda pública se afirman en sus cotizaciones ante la seguridad de un servicio regularizado, el comercio desarrolla sus operaciones sin el temor de que el gran consumidor que es la Nación demore sus pagos y ponga a las firmas proveedoras en dificultades o en trance de acudir a sus créditos en los bancos. El pago puntual de los sueldos de la administración normaliza a su vez los pagos de alquileres y otras necesidades de la familia de los empleados.

Ahora bien; si el estado falla en su presupuesto por cien o doscientos millones, todo se perturba dado el sinnúmero de operaciones que se afectan y teniendo además en cuenta el encadenamiento natural de las transacciones comerciales. El cliente no paga al minorista, éste no lo hace al mayorista y esta última falla va finalmente a afectar las reservas del comerciante o bien a incidir sobre los bancos por medio de adelantos o descuentos que se hace necesario solicitar.

Por otra parte, cuando el Estado, agotado su crédito, como era el caso del año 32, no tiene los recursos para hacer frente a sus necesidades, no se sabe con certeza cuál es el rubro de gastos que va a paralizarse; y en este caso los títulos de la deuda susceptibles de una extremada sensibilidad, son los primeros que acusan quebrantos en las cotizaciones.

Finalmente, cuando el desequilibrio del presupuesto se produce por gastos excesivos, afecta también los cambios internacionales. En esos casos el gobierno vive, no de sus recursos ordinarios provenientes del impuesto, sino de los que le proporciona el uso del crédito, manteniendo en esa forma un estado de inflación. Las transacciones aumentan artificialmente y los precios se elevan. Esta suba hace que el mercado interno se vuelva desventajoso para la venta de sus productos y mercaderías y favorable para proveerse en el exterior. En esta forma el país se convierte en deudor del extranjero y el cambio manifiesta síntomas de declinación.

Si estos desequilibrios asumen caracteres graves, y si a las necesidades reales de girar al exterior sobreviene la desconfianza en que la moneda mantenga sus cotizaciones, la fuga consiguiente de capitales al extranjero produce exportaciones de metálico. La situación demanda entonces medidas rigurosas para corregir los desniveles de la balanza de pagos, pues si no detienen a tiempo, pueden llevar a la suspensión del patrón de oro. Tal fué nuestro caso en Diciembre de 1930 al cerrarse la Caja de Conversión.

Falta que me refiera ahora al proceso a la inversa, es decir, al efecto de la nivelación del presupuesto sobre la moneda y los cambios internacionales. Cuando ese equilibrio se produce, ya apelando el Estado al aumento de los impuestos, o bien a reducción en los gastos administrativos, quita al contribuyente en el

primer caso o al público en general en el segundo, poder adquisitivo. Esta circunstancia determina una contracción de los gastos privados. El fenómeno produce una baja en los precios internos. Los gastos en el exterior se dificultan por ese motivo, el extranjero encuentra ventajas en comprar en el país debido a la tendencia decreciente de los valores y en esta forma, la balanza comercial muestra tendencia a la nivelación. Disminuye así la presión sobre el cambio y la moneda deja de estar amenazada.

Demuestro con lo que antecede, que esta parte del plan del gobierno no fué empresa de limitadas proporciones. Muy al contrario, encaraba en sus fundamentos los problemas de orden monetario, bancario y de crédito público que preocupaban a la Nación. Nada extraño pues, que el gobierno lo declarase el eje del restablecimiento financiero y lo mantuviese con toda energía.

Vale la pena mencionar ahora, cómo se preparó ese presupuesto de 1932 que, con el otro que me tocó en suerte en el año 33, habían de ser los menores entre los que le han precedido y los que han venido después. El de 1932, completamente ejecutado durante mi ministerio, llegó a 827 millones de pesos, es decir, operaba una reducción de más de 278 millones sobre el de 1930 correspondiente al Sr. Yrigoyen, mediando un solo año de intervalo y casi 100 millones menos que el inmediatamente anterior, el de 1931, correspondiente al Gobierno Provisional.

Como he dicho, el presupuesto dejado por el Gobierno Provisional fué sometido a una prolija revisión por el Poder Ejecutivo y, después de prolongados acuerdos de ministros, se le introdujo una economía de 14 millones de pesos en los gastos administrativos, que agregada a las rebajas en la escala de sueldos de todas las categorías desde el Presidente hasta el sueldo mínimo de 160 pesos, importaban en conjunto una reducción de 27 millones de pesos. En esa forma fué el presupuesto al Congreso.

La Cámara de Diputados después de una discusión de varios días que hará honor a los fastos parlamentarios argentinos, sancionó el proyecto. En el Senado el asunto fué también contemplado minuciosamente y, después de ligeras modificaciones,

volvió nuevamente a la Cámara de Diputados para su sanción definitiva el 2 de Junio de 1932.

Señalo esta fecha porque la Cámara de Diputados en su primera consideración introdujo una sensata modificación, que fué aceptada por el Senado, disponiendo una economía global, en parte suplementaria, de 30 millones de pesos dejando librada al Poder Ejecutivo la forma de realizarla. Habiendo pues corrido casi medio ejercicio, esa economía de 30 millones a realizarse en seis meses, representaba en realidad una de 60 en el ejercicio entero y ésto en un presupuesto ya exprimido por el Gobierno Provisional y por las medidas propuestas por el gobierno actual, hacía la tarea bien difícil.

Sin embargo, a pesar de todos los inconvenientes, las economías se realizaron, el propio señor Presidente, los ministros, altos jefes de reparticiones públicas y hasta los presidentes de las cámaras legislativas rivalizaron en una misión bien ingrata. El Ministerio de Hacienda por su parte, cortando autorizaciones dictadas con excesiva liberalidad, señaló una nueva reducción de 30 millones en los gastos de inversión. Es decir, en todo se completó según el reajuste definitivo enviado al Congreso una disminución de 84 millones sobre el presupuesto dejado por el Gobierno Provisional.

La fecha tan avanzada en la sanción definitiva del presupuesto, a que me he referido, creaba otro género de dificultades que afectaban al impuesto a la renta que recién se creaba y cuyo producido se calculaba en 51 millones de pesos. Difícil es que el público se haya dado cuenta del esfuerzo administrativo que significó la organización de esta nueva renta de la administración. Nada se pudo preparar antes en lo relativo a ella, teniendo en cuenta que en el Senado se había creado una seria oposición recién vencida momentos antes de la votación. El proyecto resultó aprobado por escasa mayoría. A partir de ese día 2 de Junio, fecha en que la Cámara aprobó el presupuesto en segunda revisión, fué posible recién trabajar en la organización de esta rama de la renta pública, improvisándolo todo, local, empleados, creación de oficinas, controles, papelería e instrucciones destinadas a los inspectores y al público. No obstante todos estos tropezos se recaudaron 40 de los 50 millones autorizados. Siempre

he de recordar con este motivo, los inteligentes y activos esfuerzos del joven Director de esta repartición, el Dr. Ernesto Malacort, uno de los funcionarios más meritorios con que cuenta la administración nacional, quien secundado por un personal idóneo, ajeno a las recomendaciones, elegido previo examen riguroso de competencia, llegó a operar esa verdadera hazaña.

En lo demás, el Ministerio de Hacienda, poniendo todo su empeño en la recaudación y su máxima energía en la contención de los gastos, llegó al fin del ejercicio con sólo un déficit de 8.600.000 pesos, que agregados a los del Consejo Nacional de Educación y Ferrocarriles del Estado, que escapaban a la acción del Ministerio y sumados a los gastos provenientes de leyes especiales y acuerdos de gobierno, formaron un total de 29 millones de pesos.

Entre los esfuerzos hechos en mi vida, no creo que tenga uno mayor. Y entre mis actos de gobernante, ninguno tan beneficioso a la comunidad, como esos 84 millones de economías, arrancados a los sacrificios colectivos, que permitieron hacer frente a las erogaciones del año 1932. No deseo para mi país verlo envuelto en un momento semejante y a nadie desearía la tarea que me cupo en suerte. Alguna vez he dicho que al abandonar mi puesto para reintegrarme a la vida privada, más de un vacío he notado en el círculo de mis afecciones personales.

El otro aspecto del plan preparado por el Poder Ejecutivo lo constituyó el Empréstito Patriótico, cuyo monto como lo he expresado, llegaba a 500 millones de pesos. Esta operación estaba destinada a liquidar la parte más apremiante de la deuda flotante, sueldos atrasados por 100 millones y deuda por provisiones del Estado por 200 millones, obligaciones cuya falta de pago colocaba en posición muy difícil a numerosas familias, a gran número de firmas de plaza y se reflejaba en la situación de las instituciones bancarias.

Otro de los objetivos de la ley de Empréstito Patriótico, fué el de hacer frente al descubierto del Gobierno con el Banco de la Nación, que había llegado a la cantidad de 180 millones de pesos.

Con respecto al monto del empréstito, cabe decir que nunca esperé que el público agotara la subscripción; no abrigué seme-

jante ilusión. Lo prueba mi declaración en el Senado manifestando la esperanza de llegar a los 150 millones, que fué casualmente la cifra máxima que fué posible conseguir en una plaza agotada y abatida por el temor y la desconfianza.

Las subscripciones contaron sólo excepcionalmente con el auxilio de la clase acomodada de la población, dado que el empréstito, en sus nueve décimas partes o sea 135 millones, fué cubierto con aportes menores de mil pesos. El Ministerio de Hacienda ha de guardar cartas emocionantes, hasta de niños de escuela de familias modestas, que ponían en su totalidad sus pequeños ahorros a disposición del gobierno. En ello ha de buscarse el falso miraje de algunos hombres públicos que probablemente, después de pulsar la disposición de círculos allegados, anunciaron que ni un solo centavo sería levantado y que la emisión estaba destinada a sepultarse toda íntegra en la Caja de Conversión.

El régimen de la ley contemplaba la posibilidad de lanzar en la parte no subscripta, una emisión de medio circulante mediante la caución de los títulos correspondientes en la Caja de Conversión. Sólo pueden darse una idea del escrúpulo con que enviaría un proyecto de esa naturaleza al Congreso de su país, quien era conocido por la persistencia de sus opiniones antiemisionistas. Escogí ese medio por no hallar otro mejor que salvara las dificultades. Considero que dí a la población de la República la oportunidad de evitar el mal si subscribía la cantidad necesaria y no llegándose a ella, no quedaba otro recurso al gobierno que el envío de los títulos a la Caja.

Declaré a la Cámara que la operación examinada a la luz de un rigorismo en materia de emisión, no estaba exenta de crítica; y por eso mismo y porque la consideraba un mal necesario, empeñaba mi palabra de no ir en su ejecución una línea más allá de lo que fuera indispensable. La ley pasó en la Cámara de Diputados después de agitado debate y recibió más tarde en el Senado la sanción precipitada y angustiosa a que me he referido en la conferencia anterior. Con los recursos de esta ley los sueldos de la administración quedaron al día, las cuentas del comercio se pagaron en su totalidad, y cuando llegó el turno al descubierto del Banco de la Nación, sostuve contra la opinión del Directorio de esta Institución, contra el dictámen de la Junta Con-

sultiva Honoraria o de Notables, como también se la llamó, y contra el pensar de mis colegas en la Junta Autónoma de Amortización, que la disposición de la ley a ese respecto era autoritativa, que dependía por consiguiente del criterio del gobierno la decisión de si era llegada o no la oportunidad de ponerla en práctica y que así como estando en peligro la existencia del Banco de la Nación, no dudaría en llevarle ese recurso y otros más si fuera necesario, nada ni nadie me resolvería a quebrar mi palabra empeñada, allegando al banco recursos provenientes de una emisión de billetes sin otra garantía que el depósito de títulos públicos que no llenaban ni medianamente los caracteres de un respaldo monetario aceptable.

El Banco de la Nación sintió más adelante afirmarse su situación por los medios que están al alcance de cualquier establecimiento bancario, es decir, llamando al depósito mediante el alza de intereses. Además el juego de la ley de Empréstito Patriótico le proporcionó también nuevos medios procedentes de los pagos del gobierno y cuando algunos meses después, exactamente el 2 de Febrero de 1933, tuve oportunidad de poner en posesión de la Presidencia de esa institución al Sr. Jorge Santamarina, al comentar en mi discurso los progresos alcanzados, en el monto de los depósitos y en el encaje, y refiriéndome a la ayuda que a pesar de todo se había llevado al comercio y a la producción, pude agregar, que todo ello se había realizado sin recurrir a las "medidas extremas que algunos habían considerado indispensables". Efectivamente, el Banco según su balance al 31 de Diciembre había aumentado sus disponibilidades en 89 millones de pesos descompuestos en la siguiente forma: 10.200.000 pesos de créditos en el exterior, 63.800.000 pesos en margen de redescuento y 15.600.000 pesos en sus existencias. Vale decir, un mejoramiento de 108 % sobre las mismas disponibilidades de doce meses antes, durante la permanencia del Gobierno Provisional

La mejora de la situación financiera que se produjo como consecuencia de las medidas adoptadas por el Gobierno, por una parte, y por otra el peligro que implicaba la persistencia en ciertos sectores de la opinión del país de doctrinas inflacionistas que pudieran perjudicar la posición alcanzada y comprometer el por-

venir, determinaron al Ministerio de Hacienda a apurar la creación de algunas instituciones necesarias a la organización económica de la Nación.

Bajo este aspecto, nada más urgente que la fundación del Banco Central de la República Argentina. Teníamos dispuesto todos los elementos de su mecanismo; la Caja de Conversión, por un lado, con sus funciones de canje de billetes y de guarda del tesoro metálico, la Comisión de Redescuento, por otro, encargada de dar mayor elasticidad a la circulación por medio del redescuento de papeles comerciales; actuaba en el mismo sentido la Junta Autónoma de Amortización, creada circunstancialmente por la ley de Empréstito Patriótico, y teníamos, finalmente, la Comisión de Control de Cambios. Todos estos organismos funcionaban aisladamente, sin la existencia de un rodaje central o mecanismo de dirección que armonizara la acción entre los departamentos emisores y los de distribución del crédito.

Por otra parte, la posibilidad de que el Gobierno pudiera recurrir a la emisión de billetes por medio del fácil expediente de enviar fondos públicos a la Caja de Conversión, puesto en acción por la ley de Empréstito Patriótico, constituía un precedente muy peligroso. Ya habíamos visto poco después un proyecto apoyado en el Senado, que autorizaba al Banco Hipotecario a remitir cédulas a la Caja de Conversión, canjeables por billetes para destinar su importe a préstamos en dinero efectivo.

Este proyecto despachado favorablemente por la Comisión de Hacienda del Senado, motivó mi concurrencia al recinto durante la discusión, para declarar que él hacía recordar las funestas iniciativas de los asignados y mandatos territoriales de tan ingrata memoria durante la Revolución Francesa y que contrariaba asimismo los sanos propósitos que animaban al Poder Ejecutivo en materia de emisión de moneda. Por esta razón, me veía en la necesidad de manifestar en su nombre la más absoluta divergencia con el proyecto. Felizmente la iniciativa resultó aplazada y no volvió nunca a la consideración de las Cámaras.

La Nación había tenido que apelar, es cierto, al Empréstito Patriótico en un momento angustioso para las finanzas nacionales; pero una vez pasadas las circunstancias que hicieron imprescindible esa medida excepcional, debía colocarse el régimen de la emisión

sobre base más segura y esta base no podía ser otra que la creación del Banco Central con facultad exclusiva de emisión de moneda.

Existía a este respecto el proyecto de mi antecesor el Dr. Enrique Uriburu, pero en mi opinión el Banco Central de la República Argentina estaba no sólo destinado a tener una acción interna de regulación del régimen bancario y monetario, sino también que le aguardaba en el porvenir un excelente papel en el mecanismo de los cambios internacionales que rigen el comercio entre las naciones. De ahí mi propósito de vincular su creación a alguno de los grandes bancos del mundo y aprovechar a la vez las ventajas de su técnica y experiencia.

La organización de un banco central de reservas no es asunto simple de reunir y armonizar disposiciones existentes en otros países. Se requiere también, como afirmaba Niemeyer, que se adapte a las condiciones económicas del país en el cual se implanta. Las características de los países industriales de Europa y Norte América difieren absolutamente de las que distinguen a países ganaderos y agrícolas como Australia y la República Argentina.

Por otra parte, aun tratándose de un asunto bien estudiado como fué el caso de los Estados Unidos con su Banco de Reserva Federal, meditado por espacio de casi 20 años, e instituido después de un voluminoso informe presentado por la comisión nombrada por el presidente Taft presidida por el senador Aldrich, que recorre los principales centros de Europa en procura de estudio e información, al decir de uno de sus gobernadores, don Benjamín Strong en el año 1926, le faltaba la experiencia de una crisis para determinar si la institución era apropiada a las necesidades de su país y si realmente consultaba los propósitos que se habían tenido en vista al implantarlo.

Y estas dudas se confirman poco tiempo después. Efectivamente, a raíz del cataclismo de 1929 el presidente Hoover en su mensaje al Congreso, declara que "esta obra que se consideró perfecta, propiciada por los más destacados funcionarios y técnicos, adolece de graves defectos; ella no ha logrado hacer frente a la grave emergencia actual. En cambio, el sistema inglés, que ha sufrido choques más violentos en lo económico, ha permitido con tener las dificultades, sin que se registre una sola quiebra bancaria".

Por estas razones y además porque de las transacciones externas de la Argentina en la proporción de un tercio se encuentran concentradas en el Reino Unido, se vió al Ministro de Hacienda argentino golpear las puertas de la institución bancaria más prestigiosa del mundo.

El Gobernador Norman respondió solícito al pedido del Gobierno argentino, declarando que anhelaba para el Banco de Inglaterra estar en alguna forma vinculado a la creación del Banco Central de la Argentina y envió una brillante comisión de técnicos presidida por Sir Otto Niemeyer, Director del Banco de Inglaterra, miembro a la vez del Directorio del Banco Internacional de Ajustes de Basilea y Presidente de la Comisión Financiera en la Liga de las Naciones.

Las conclusiones del técnico inglés, si bien con pocas modificaciones, han sido, podría decirse, seguidas casi al pie de la letra por las leyes que han venido después en cuanto al Banco Central y a la Ley de Bancos, se apartan de ellas en lo referente a la creación del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias. Sería mi más patriótico deseo, que en la liquidación de la crisis todavía pendiente, esta institución intervenga con eficacia y llegue por otros caminos que los propuestos por el Sr. Niemeyer, a la normalización económica del país.

La venida del técnico inglés fué criticada en su tiempo y hasta motivó una interpelación del Dr. Matienzo en el Senado de la Nación. Sin embargo, muchos países afectados por trastornos financieros han reclamado el consejo de expertos internacionales, especialmente de aquellos que, por su actuación en los países envueltos por la guerra mundial, adquirieron gran experiencia en materia de perturbaciones monetarias; mal del cual tuvieron que curarse la totalidad de las naciones en conflicto y también muchas de las que permanecieron ajenas a él.

Además, al instituirse un Banco Central en nuestro país, no podía dejar de aprovecharse la vinculación con otras instituciones del mismo carácter pertenecientes a otras naciones. Estaba a la orden del día en ese momento la tendencia de agrupar los Bancos Centrales bajo la superintendencia del Banco Internacional de Ajustes de Basilea, que actuaría a la manera de un clearing universal a fin de impedir que los saldos adversos adventicios de la

balanza de pagos entre los diferentes países, se tradujesen en exportaciones de metálico, con su consiguiente perturbación en el régimen de las monedas.

En la cooperación de los bancos centrales, cuando las principales monedas del mundo lleguen a una situación de estabilidad, es seguro que ha de hallarse el medio compensador de esos grandes movimientos de capitales que las actividades económicas o el pánico injustificado trasladan de país a país, alterando a veces el equilibrio de cambios entre las distintas plazas comerciales del mundo.

Era evidente entonces que si nuestro banco central debía ponerse desde su iniciación en contacto con organismos de su misma clase existentes en otros países, la manera más atinada de conseguirlo era que el Banco de Inglaterra, institución de prestigio universal, perteneciente por lo demás a un país predominante en los renglones de nuestro comercio exterior, presidiese su organización; y una vez terminada su tarea, dejase un técnico que a la vez que asesorase al directorio que se nombrase, en un arte complejo y completamente nuevo entre nosotros, fuese un informante ante los otros bancos centrales de cómo eran administrados los intereses confiados a su cuidado.

No sé si esta última función hubiese lastimado alguna susceptibilidad. En todo caso, baste saber que el Banco de Inglaterra ha aceptado un representante del Banco de Reserva Federal y éste a su vez ha mantenido un representante de aquél, perfectamente enterado de la marcha de la respectiva institución.

Esta clase de funcionarios destacados en distintas partes del mundo recibiendo de cada país informaciones fehacientes, han de ser utilísimos en la misión que dejo expresada. Servirán para que se tomen a tiempo medidas para conjurar ciertas crisis, pues es muchas veces una deficiente información sobre el estado de las finanzas mundiales, lo que hace que llegue tarde una política apropiada a las circunstancias.

Quando un grupo de bancos centrales, manejados con arreglo a principios de sólida técnica impere en las diferentes plazas comerciales del mundo, no sólo han de evitarse muchas de las perturbaciones monetarias a que me he referido, sino que además los fondos sobrantes del mundo han de tener un radio de acción más amplio, con beneficio para los países nuevos, pues la segu-

ridad de que gocen a favor de una completa información de banco a banco, permitirá una mayor movilidad de capitales con el abaratamiento consiguiente y la mayor uniformidad de los tipos de interés entre las distintas plazas.

Pero, para que un país aspire a que se le confíe dinero en esas condiciones es menester que haya demostrado, por una larga experiencia, que su organización bancaria es apropiada para mantener una real estabilidad de su moneda. El hecho de que exista un Banco Internacional de Ajustes y la circunstancia de que éste, recibiendo depósitos de los otros Bancos Centrales, dedique parte de sus actividades a operaciones de compensación entre diferentes países, no es suficiente para que cualquier otro pueda considerarse autorizado para aprovechar de semejantes ventajas.

Estas operaciones que implican crédito dispensado al país que evita traslaciones que perturban su economía, no se conciben si no las afianza una institución responsable, eficazmente dirigida y organizada bajo las bases que distinguen a los bancos centrales, entre las que especialmente se descuentan: la de estar libre de la acción de los gobiernos, poseer facultades exclusivas de emisión y desarrollar sus actividades exclusivamente con bancos, es decir sin relación directa con las actividades comerciales. De otra manera se hallaría, como es natural, imposibilitado en momentos de emergencia para realizar las funciones de ayuda que le son peculiares, pues tendría que empezar por dedicar sus recursos a remediar la propia situación.

Pero entramos ya con esto a tocar los caracteres que distinguen a los bancos centrales en lo que a su faz interna se refiere, aspecto que me abstendré de desarrollar con extensión porque resulta más conocido del público, en razón de haber sido bien explicado con motivo de la discusión en el Congreso de los proyectos enviados por el ministro Pinedo.

Sólo he de expresar a este respecto, que nuestra ley de Conversión dictada en el año 1899, no se consideraba ya apropiada para hacer frente a las grandes necesidades que reclamaba el desarrollo del país. Nacida después de las perturbaciones del año 90, cuya causa se atribuía a las grandes emisiones de papel moneda inconvertible, fué necesario en esa época dar la seguridad de que mientras esa función dependiese del Estado, tanto el país como

el extranjero abrigasen la confianza absoluta de que no se incurriría de nuevo en los abusos anteriores. Así nació el régimen automático de esa ley. La Caja fué reducida a la mera misión de entregar papel por oro y oro por papel al tipo fijo de 44 por ciento.

Exactamente el régimen del acta de Peel de 1844, que ha regido durante un siglo casi las funciones del departamento de emisión del Banco de Inglaterra, y que se dictó también como una valla opuesta a los abusos de los bancos emisores.

El régimen rígido y automático funcionó sin interrupción desde su creación en el año 1899 hasta Agosto de 1914, época de su primera clausura. Decretada su apertura bajo el gobierno del Dr. Alvear, se cierra de nuevo en Diciembre de 1929 para no volverse a abrir. Durante su vigencia este mecanismo ha vivido rodeado de un respeto casi religioso, que no derivaba seguramente de las tímidas sanciones del Art. 3º de la ley, que no determinaban ninguna penalidad, sino más bien de que la opinión pública consideró siempre que en esa función ciega y mecánica reposaba la buena moneda del país. Una gran fuerza moral ha amparado a la Institución y ningún gobierno se hubiese atrevido a tocar la Caja, sacando de sus planchas la más insignificante tira de papel moneda sin llevar a sus arcas el correspondiente contra valor en oro.

Durante mucho tiempo la autoridad de esa ley llenó con eficacia su propósito de contener a los gobiernos emisores, pero la experiencia recogida, el desarrollo de la vida económica moderna y las características especiales de la producción argentina, exigían el cambio de sistema. Los flujos y reflujos de metálico en el país determinados por sus buenas o malas cosechas, y por el precio tan cambiante de los productos ganaderos y agrícolas, provocaban contracciones de la circulación fiduciaria contrarias a veces a las necesidades del mercado. En muchas ocasiones el exceso de medio circulante, no requerido por las necesidades del país, originaba especulaciones, y otras, la contracción de la circulación coincidía con necesidades de numerario. La banca nacional, entonces, por ayudar a la producción, adoptaba posiciones peligrosas aumentando descuentos y adelantos en momentos en que se retiraba papel de la circulación y se debilitaban los encajes.

Era necesario así, que nuestro país evolucionase hacia el régi-

men de circulación elástica. Algo se hizo en ese sentido al dictarse la ley de redescuento en el año 1914, pero los gobiernos tuvieron siempre prevención de poner en práctica ese expediente. Los bancos, por su parte, se resistían a usarlo por temor de que ello fuese tomado por el público como un síntoma de debilidad.

La implantación del redescuento entre nosotros fué determinada por una necesidad premiosa, durante días angustiosos para la banca en el año 31. Se encomendó esa función a una comisión que desempeñó su cometido con gran comprensión del delicado instrumento que la Nación ponía en sus manos; y desde el principio hasta el fin de su actuación una absoluta y hasta diría una exajerada escrupulosidad presidió la elección de los documentos presentados.

Pero el país no podía contar siempre con que la elección recayese en personas de la capacidad, el conocimiento y la corrección de las que fueron designadas tanto por el Gobierno actual, como por el Gobierno Provisional que le precedió.

Era necesario confiar esa delicada función de crear moneda a una institución extraña a las influencias políticas y ello se ha conseguido por la creación del Banco Central, que tiene entre sus facultades la del redescuento de papeles comerciales. Queda en esa forma llenada una de las necesidades más importantes y delicadas requeridas por el perfeccionamiento de nuestro régimen monetario.

Otra función de la cual se resistía nuestra incipiente organización bancaria, era la que desempeñan los bancos centrales en su papel de guardadores de las reservas de los bancos, falta que todas nuestras crisis han evidenciado, cuando se ha visto amenazada una o varias instituciones de crédito con el peligro de extender el pánico hacia las demás.

No habría otro apoyo a que acudir en esos casos, que el que podía proporcionar el Banco de la Nación Argentina, que era a su vez un establecimiento comercial afectado como los otros, como lo probó su delicada situación durante el período comprendido entre el año 30 y mitad del 32.

La ley bancaria provee a esa necesidad, determinando que todo banco que opere en el país debe subscribir parte del capital del Banco Central y depositar en sus arcas una parte de sus reservas. Con este aporte y con las funciones emisoras de que está investido,

el Banco Central se halla habilitado para allegar sus recursos a cualquier miembro de la comunidad bancaria que esté en peligro.

Merced a estos instrumentos las crisis posteriores argentinas han de revestir caracteres menos violentos, pero no se crea que la sola existencia de un Banco Central sea un seguro que evite catástrofes económicas. Lo prueba el sacudimiento ocurrido en Estados Unidos. Su estudiado Banco de Reserva Federal no evitó que la renovación presidencial en Marzo de 1933 tuviese lugar en medio de un feriado bancario, del cual este país se salvó al transponer difíciles situaciones en el mes de Abril de 1932.

Es que al Banco Central, que es un instrumento de regulación monetaria, no hay que complicarlo creando a su lado instituciones que si no son de inflación inmediata, pueden ofrecer el peligro de generar una superabundancia de medios de pago.

Además, establecimientos de esa naturaleza han de manejarse con suma capacidad. Con mucha razón dice Withers en su libro, "The Meaning of Money": "La buena banca, no es el producto de las buenas leyes, sino de los buenos banqueros." "Lo mismo", agrega, "que una constitución política, por más sabiamente elaborada que sea, fracasará inevitablemente si los gobernantes son incompetentes o deshonestos, lo mismo ningún sistema bancario, por hábilmente imaginado que sea, hará por sí sólo buenos bancos, si estos no tienen para dirigirlos, jefes capaces y experimentados, ni los protegerá contra la desconfianza o la sospecha de la clientela si otros rodajes del mecanismo bancario han resultado malos".

Hay que pensar además, que el temperamento latino rara vez da el tipo del banquero, frío ante la realidad, sin optimismos exagerados ni pesimismo inspirados en el pánico. Ese espécimen de funcionario que Inglaterra, podríamos decir, tiene en el hombre de la calle, hay que saber seleccionarlo pues no abunda en otros países, aun en los Estados Unidos que han descollado en otras manifestaciones de la industria y el comercio. El banquero inglés es como su marino, como sus hombres de Estado, posee una exacta noción de su responsabilidad frente a los capitales que están confiados a su guarda, a las vidas que lleva en su barco o a los grandes intereses que el país pone en sus manos. No toma riesgos, no se lanza en aventuras, la prudencia domina todos sus actos. Qui-

zás en esta cualidad, más que en la sabiduría de sus leyes se encuentre la razón de esa admirable estabilidad de la banca inglesa, mencionada por el presidente Hoover en el mensaje al congreso que he recordado.

En cuanto a nuestro Banco Central, con sus ramificaciones conocidas, sólo la experiencia enseñará si el plan ha sido bien concebido. Podremos decir de él lo que del Banco de Reserva Federal dijo su Gobernador Strong: le hace falta la experiencia de una crisis. Nacido como su congénere del Norte en el período de la curva ascendente, es necesario ver cómo se comporta cuando la línea muestre una tendencia declinante, ciclo que muchos economistas creen que no se encuentre muy lejano. Por eso convendría que la prudencia de los gobernantes estuviese más en los hechos que en las palabras.

En el mundo, señores, nada hay cambiado desde que estalló la crisis; las barreras aduaneras que limitan el comercio entre naciones, no han sido derribadas. La situación ha variado para nosotros, debido a que en otras regiones de la tierra las cosechas fueron malas y quiso la buena fortuna de este país que las nuestras fueran buenas. Por otra parte, han estallado conflictos armados y se mantiene en todas partes una inquietud de guerra que da a las fábricas una gran actividad y mantiene en las poblaciones un poder de compra artificial. Una serie de buenas cosechas en el mundo y un afianzamiento de la paz universal, y podríamos vernos de nuevo muy cerca de la situación que pasamos en 1932.

Cuando hemos visto desmoronarse la situación de Francia que parecía definitivamente asentada después de Poincaré, y hemos presenciado la conmoción de Estados Unidos extendida del año 29 al 33, nación ésta acreedora del mundo entero, dueña del mayor stock de oro, con una variedad de producción infinita y el 90 por ciento de su comercio dentro de los límites de su propio territorio, no podemos sorprendernos de que la economía argentina, que reposa en la fragil armazón del precio de sus productos, se halle libre de nuevos sacudimiento. Sólo el tiempo dirá si hay algún rodaje de más en nuestro sistema bancario o si hay que perfeccionar alguno de los existentes.

En este orden de ideas me permito pensar que la obra del perfeccionamiento bancario no está completa y que los gobernantes

tes futuros deberán pensar en la transformación del Banco de la Nación, en establecimiento mixto.

Desde que es posible producir inflación, lo mismo cuando se emiten billetes que cuando se emiten créditos, tiene que producir sensación de peligro la existencia de este gran establecimiento, al cual tanto debe el progreso del país, que absorbe alrededor del 40 por ciento de la actividad bancaria de la república, manejado por hombres que el Gobierno nombra y remueve a voluntad.

¿Qué recurso puede dar al Banco Central la autoridad suficiente para hacer entrar al Banco oficial dentro de los carriles de un acertado desempeño, si el Directorio de éste se siente amparado por un Poder Ejecutivo imprudente? ¿Qué Directorio de Banco Central se atrevería a negar su ayuda al Banco oficial si se presentara su Directorio manifestando que al día siguiente no le será posible abrir sus puertas?

La respuesta es muy sencilla: el Banco Central para evitar un cataclismo de esa naturaleza, empleará todos sus resortes, los legales y los extralegales, aun cuando ellos desataran la inflación, para contener un peligro que conmovería toda la economía nacional. Y si ese es el caso, debe comprenderse que no hay estabilidad monetaria posible si no se procede a su reorganización.

Mientras los gobiernos no hacen sentir su influencia en los bancos oficiales, todo se desenvuelve normalmente, pero la historia de todos los países y muy especialmente la nuestra, tanto la antigua como la más reciente, enseña que los gobiernos en momentos de dificultades echan mano de los recursos de los bancos oficiales y comprometen su estabilidad.

El Banco de la Nación Argentina con capital mitad del Estado y mitad de los particulares, manejado por un grupo de comerciantes que administren lo propio, libre de lo que Bagehot llamaba el elemento amateur, penetrados un poco sus miembros de que el manejo de las finanzas es asunto reservado al gobierno y que la condición más valiosa de un administrador de banco, aquella de la que más depende la solidez del establecimiento cuyos destinos les están confiados, reposa en ese sencillo instinto del hombre formado en el comercio, que sabe percibir detrás de los balances que la clientela presenta, la verdad del estado de los negocios

de una firma y su capacidad para devolver las sumas que se le acuerden en concepto de crédito.

Un Directorio designado en esa forma y completado con representantes del gobierno en minoría, que hagan sentir la acción de fomento que todo establecimiento semi-oficial debe al desarrollo del país, en compensación de las ventajas que recibe, operaría en nuestro primer instituto de crédito transformación más completa, pues sus recursos son más cuantiosos, que la observada en el histórico Banco de la Provincia de Buenos Aires, que ha visto volver para él los caracteres que lo destacaron en cierta época entre los primeros bancos del mundo.

No se me ocultan las dificultades del problema; sé que la enagenación importaría una estimación del activo, que sería muy dificultosa en medio del proceso de liquidación de la crisis pasada. Pero arreglada como está la deuda del Estado con el Banco y a favor de la abundancia de capitales existentes en el mercado, que van tomando destinos discutiblemente provechosos, necesario es acometer la empresa, pues perdida esta oportunidad es difícil que otra tan favorable pueda presentarse. La enagenación de la mitad del activo del Banco puede ser hasta un recurso valioso para el Estado. Por otra parte, la existencia de un establecimiento de la magnitud y el carácter del Banco de la Nación mal orientado será siempre, lo repito, un factor de perturbación económica.

Falta ahora que me refiera a un hecho vinculado a la solución de la crisis soportada por el país durante el tiempo de mi permanencia en el Ministerio de Hacienda. Me refiero a la situación de cambios. La Comisión de Control recibía la totalidad de las divisas provenientes de las operaciones de exportación y las distribuía a los importadores de acuerdo con las necesidades del país. Este mecanismo hacía frente en todo o en gran parte a las necesidades corrientes, pero existía acumulada al mismo tiempo una cantidad importante de cambio atrasado que no encontraba los medios de salir al exterior.

Desde que me inicié en mis funciones, diversas gestiones para resolver esa dificultad se hicieron sentir en el Ministerio de Hacienda. Esas operaciones pendientes hacían daño al crédito del país, tal como un atraso en la deuda pública: y pesando a la vez sobre el

mercado de cambios, constituían un factor que impedía la regulación de la situación monetaria.

Desde un principio sostuve que esos atrasos no eran operaciones de las cuales el gobierno fuera responsable, desde que provenían de transacciones absolutamente privadas. No era posible tampoco darles preferencia deteniendo con ello el pago de otras operaciones más premiosas, tal como el pago de la deuda externa o la provisión de artículos indispensables para la vida de los habitantes del país o para la actividad de su comercio e industria.

La gestión se hizo más insistente a fines del año 32. Sugerí entonces en conversaciones con los representantes de Baring Brothers la conveniencia de realizar una operación a largo plazo con amortizaciones escalonadas, que el gobierno suscribiría en Londres, mediante la entrega en Buenos Aires de los fondos bloqueados que serían destinados a la liquidación de la deuda flotante.

Se recibieron con este motivo dos proposiciones de alto interés y bajo tipo de colocación para los títulos, que fueron desechadas. Sostuvo el Ministerio en esa oportunidad que, tratándose de una deuda que el Gobierno suscribiría sin estar obligado a ello y cuyo producto se destinaría a levantar letras de tesorería, no se podía razonablemente pretender que este acto de buena voluntad le significase un recargo de intereses.

En ese estado las tramitaciones, llegó el Dr. Roca a Londres en desempeño de la función de negociador del tratado con Inglaterra, e informado por el gobierno de S. M. que previa a cualquier gestión comercial debía encararse el arreglo del asunto de los cambios atrasados, pidió autorización al Ministerio de Hacienda para negociar una propuesta mejorando las condiciones que habían sido propuestas anteriormente. Analizada la proposición por el Ministerio e introducida una modificación relativa al tipo de interés, se inició la gestión. Los banqueros ingleses insinuaron en respuesta otras soluciones. Fué entonces que el Ministerio de Hacienda precisó sus bases. Los esfuerzos del Dr. Roca, por una parte, y una conferencia celebrada en Buenos Aires con los representantes de Baring Brothers, a quienes se significó que el país desgraciadamente no podía mejorar sus condiciones, hicieron que la proposición se examinara de nuevo detenidamente y fuera aceptada. El empréstito quedó convenido en los términos siguientes: 4 % de inte-

rés, emisión en libras esterlinas, colocación de los títulos a la par y 5 años sin amortización; ventaja muy importante esta última, pues el servicio de la deuda en esa parte no pesaría durante los primeros tiempos sobre el mercado de cambios.

Esta operación —la primera a estar a mis informes intentada por un gobierno como medio de liquidar a largo plazo el cambio atrasado— no se puso en ejecución, según lo convenido, hasta tanto no quedara finiquitado el arreglo comercial pendiente del tratado Roca-Runciman. En esta forma se mantuvo en suspenso la efectividad de una ventaja hasta que no se hubiera recibido de la otra parte la respectiva compensación.

El empréstito convenido tenía una doble importancia, no sólo por su monto, que se presumía crecido, sino porque ya se vislumbraba que constituiría más adelante un fondo de maniobra de primer orden para intentar la conversión de los Empréstitos internos; primer paso hacia operaciones del mismo carácter que debían acometerse en el exterior.

Acontecimientos posteriores habían de determinar mi salida del gobierno, y los fondos del empréstito de cambios congelados fueron recibidos por mi sucesor el Dr. Pinedo, quien los utilizó llevando a término operaciones de gran importancia que han permitido una reducción considerable en los servicios de la deuda pública.

Y llegaron así, a mediados del año 33, las circunstancias que que determinaron mi salida del gabinete. En ese tiempo la oposición a la política del Ministerio de Hacienda se intensificaba en algunos círculos de la opinión. El partido Demócrata Nacional había lanzado la declaración que hice conocer en la conferencia anterior. Otros centros de actividades vinculados a las industrias nacionales, indicaban la necesidad de medidas de excepción. La moratoria de la deuda y la desvalorización de la moneda eran reclamadas: la primera, como alivio a las cargas impositivas, y la segunda como medio de valorizar los productos nacionales.

Se decía entonces que el Ministro de Hacienda, dedicado a fortalecer las finanzas, olvidaba los problemas nacionales. No se si se ignoraba que existía una ley orgánica de Ministerios que delimita las funciones de cada departamento de Estado. Sé muy bien

lo que es colaborar en una acción general de gobierno; no he hecho otra cosa desde mi incorporación al gabinete nacional; pero sé también que es necesario ejercer esa alta función con sumo tacto y discreción, pues más fácilmente de lo que se cree, degenera en abuso, invadiendo la esfera de otro departamento del Estado, con lo cual se perturba la armonía del gabinete y se daña en definitiva esa misma acción de gobierno que se pretende favorecer.

De acuerdo con estos conceptos no se podía pedir al titular de Hacienda que se arrogase funciones propias del Ministerio de Agricultura, desempeñado en ese tiempo por su talentoso colega el Dr. De Tomaso, quien (es bueno que se sepa porque a menudo se olvida), ya había mandado al Congreso su proyectada ley de granos, la de carnes y la de elevadores. Por otra parte, era ya ley de la Nación la de crédito agrario, que en esos momentos se reglamentaba por el ministerio a mi cargo. Se encontraba además en la Cámara de Diputados con sanción del Senado el proyecto creando la Comisión Nacional de Colonización. Se estudiaba también por el Ministerio de Agricultura con la cooperación de la Sociedad Rural Argentina, Asociación de Cooperativas, Unión Productores Agrarios y Federación Agraria, el régimen de los arrendamientos. Acababa de celebrarse, finalmente, el tratado con Inglaterra que proveía a la colocación de los productos nacionales. Pero nada de eso, por lo visto, conformaba a cierta parte de la opinión. La desvalorización de la moneda, nunca mencionada en los acuerdos del gobierno y jamás insinuada por el Ministro De Tomaso, era para algunos el único medio de salir de las dificultades.

En estas circunstancias, en el mes de Julio, una cuestión relacionada precisamente con la delimitación de atribuciones entre los ministerios, que afectaba por tercera vez al departamento a mi cargo, determinó mi salida del gabinete. Hubo gestiones durante tres días para suavizar asperezas, pero insistí en mi actitud indeclinable, convencido además de que ninguna acción de gobierno podía ser útil si no reinaba verdadera armonía en las funciones de relación entre los distintos departamentos del Estado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vale la pena a esta altura de la disertación hacer una comparación de situaciones entre los comienzos de este gobierno en Fe-

brero de 1932 y su posición a fines de Julio de 1933, fecha de la aceptación de mi renuncia.

Me he referido a la situación del Banco de la Nación mejorada por la acción del Empréstito Patriótico. En cuanto al estado bancario en general puede observarse que el año 31, último del Gobierno Provisional, se caracterizó por retiros de depósitos equivalentes a 425 millones, circunstancia que hizo indispensable poner en acción el redescuento de documentos comerciales en la Caja de Conversión que llegó a la elevada cifra de 460 millones. Este factor y la recuperación de préstamos hizo que el año pudiese terminar con existencias mayores en los bancos.

El panorama en los primeros meses de 1932, época de iniciación de este gobierno, era sin embargo bien desalentador. Es cierto que durante los primeros tres meses los depósitos bancarios parecían haber alcanzado cierta estabilidad, pero durante el mes de Abril experimentaron un brusco descenso de 50 millones. Los bancos continuaban su política de restricción, y ello no obstante, las reservas experimentaron una reducción de 30 millones que pasaron a engrosar las sumas retenidas por el público, que no veía segura la situación bancaria.

Es durante estos meses de Abril y Mayo la época en que se experimenta la máxima tensión en nuestro país; es ese el punto más bajo de nuestra depresión y ya vimos en la conferencia anterior con qué apuro y ansiedad fué despachado el empréstito patriótico a fines de Mayo.

Los meses de Junio y Julio son aquellos en que se inician los pagos del gobierno como consecuencia de la mencionada operación de crédito y esos pagos van a marcar un intenso movimiento bancario, por los fondos que pasan sucesivamente de los depositantes a las cuentas del gobierno y de éstas a la de los particulares, empleados y acreedores. Estos momentos señalan cambios bruscos en las existencias de cada establecimiento, algunos de los cuales se ven obligados a defender sus encajes. Pero a partir del mes de Agosto la reacción se insinúa. Efectivamente, en este mes hay ya una sensación de alivio, las columnas de depósitos empiezan por primera vez después de largo tiempo su movimiento de ascenso y van a terminar el año con un aumento de 106 millones. El redescuento desciende en el mismo período en 34 millones y,

ello no obstante, las existencias de los bancos sobrepasan en 120 millones las acusadas al principio del ejercicio. No puede haber duda de que la situación ha sido dominada.

En el semestre siguiente que termina el 30 de Junio de 1933, el último correspondiente al Ministerio a mi cargo, la situación no se modifica fundamentalmente; la única circunstancia digna de nota sería el aumento de existencia en la Cámara Compensadora que de 93 millones al 31 de Diciembre de 1932 pasa a 138 millones al 30 de Junio siguiente, es decir, un aumento de 50 por ciento, lo que puede tomarse también como un índice de mejoramiento.

El interés bancario que el 28 de Febrero del año 32 era de 7.92 % y que en 31 de Julio del mismo año ascendió a 7.96 %, bajó al 31 de Julio de 1933 a 6.88 %. Por otra parte los bancos particulares que a principios del año 32 pagaban por los depósitos a plazo tasas que excedían del 5 %, ya a partir del mes de Setiembre manifestaban algunos no tener interés por esa clase de operaciones.

En cuanto a la situación monetaria puede decirse que durante todo el período de mi Ministerio fué mantenido el valor de la moneda argentina, no registrándose ninguna salida de oro de la Caja de Conversión —salvo la muy pequeña ya dispuesta por el Gobierno Provisional— no obstante la autorización acordada por el Congreso al Poder Ejecutivo para usar la reserva de oro para los servicios de la deuda. El porcentaje de garantía metálica que era el 29 de Febrero de 1932 de 47,2 % se reduce en sólo 3,62 % al 31 de Diciembre del mismo año, a pesar de los 170 millones emitidos por la Caja de Conversión en caución de títulos del Empréstito Patriótico, y se eleva de nuevo a 44,02 % al 30 de Junio de 1933.

Los cambios con el exterior acusaron también síntomas de estabilidad. En el mes de Julio, días antes de mi renuncia, la exportación tuvo dificultades en algunos renglones por falta de tomadores de las letras. Ningún banco quería pasar de un día a otro en posesión de monedas extranjeras, circunstancia que denotaba una señalada confianza en la moneda argentina. Esta mala disposición del mercado para absorber el cambio extranjero motivó la proposición que hice a la Comisión de Control de Cambios

para adquirir oro con el importe de las divisas sobrantes, depositándolo como reserva en el Banco de Inglaterra. En esa forma se activaría de nuevo el movimiento de exportación.

En lo que se refiere a la deuda pública, la flotante acusa durante los diez primeros meses de mi gestión una reducción de 365 millones, desapareciendo de la circulación 24 millones de bonos del tesoro emitidos por el Gobierno Provisional y registrándose al mismo tiempo un aumento en la deuda consolidada, lo que se debió a la emisión del Empréstito Patriótico, que liquidó los atrasos de sueldos y las cuentas impagas del Estado. Pero tomando en globo ambas deudas se registra una diferencia en menos de pesos 42.600.000

En cuanto a las cotizaciones de los títulos que a fin de 1931 eran de 80 el 5 % en Londres y 46 el 6 % en Nueva York, y que en Junio de 1932 se cotizaban los primeros a 62 y los segundos a 34.25 (tercera parte de su valor), llegan en la época de mi salida del Ministerio a 96 y 66, respectivamente.

En lo demás ya se sabe que el equilibrio del presupuesto y el pago puntual de los compromisos externos e internos formaron las bases en que descansó la política financiera del gobierno.

No creo que nadie discuta hoy que el equilibrio aproximado del presupuesto no fuera un hecho efectivo. Si las Memorias del Ministerio y los asientos de la Contaduría no fuesen suficientes, el hecho estaría demostrado por la reducción de la deuda pública y por la circunstancia de que en los 17 meses de mi gestión no se aumentó en un sólo centavo la deuda bancaria del gobierno.

Como complemento del cuadro que presento guardo con sumo cuidado y con orgullo entre mis papeles un documento firmado por el Tesorero de la Nación el 16 de Julio de 1933, fecha exacta de la presentación de mi renuncia, que dice textualmente: "En la fecha los sueldos y gastos de administración están al día. El monto de la deuda al comercio, por no haberse presentado las correspondientes facturas, no pasa de 400.000 pesos m|n. Mis informes me dicen además que a fin de mes, después de pagada toda la Administración, quedaba en las Cajas del Estado una existencia de 24 millones de pesos.

Esta es la situación que dejé, muy distinta por cierto de la que recibí.

Y termino. Comprendo que en lo relativo a mi actuación existan todavía discusiones. Sería ingenuo de mi parte abrigar la ilusión de que ella pudiese haber conformado a todo el mundo.

Me consuela pensar que otros hombres en otros países han debido lamentarse igualmente de esa falta de uniformidad en los sentimientos de su pueblo.

El actual Primer Ministro del Imperio Británico, M. Neville Chamberlain, cuando como Secretario del Tesoro daba cuenta del ejercicio financiero correspondiente al año 1933 y presentaba a los Comunes el que debía regir en 1934, decía estas sencillas palabras:

“Sería vana pretensión de mi parte esperar aprobación unánime a la política que he perseguido desde que ocupé mi cargo. Diferencias de temperamento, distintas tendencias políticas y divergencias de apreciación al considerar ciertas situaciones conducen fatalmente a conclusiones opuestas”. “Es muy posible también —agrega— que si otros hombres hubiesen estado en mi lugar habrían adoptado métodos distintos. Pero el país debe dejar lo hipotético y pensar sólo en lo que se ha hecho; y para darnos cuenta del acierto y la prudencia que hemos demostrado nos bastará echar una mirada a lo que está sucediendo en el mundo. Tengo la certeza que con cualquier comparación que hagamos mostrará que no tenemos nada que envidiar y nada de que arrepentirnos”.

Alude enseguida al equilibrio del presupuesto logrado y al pequeño superávit obtenido, circunstancia que demuestra que se ha pasado lo peor, e indica que en adelante no se requerirán mayores sacrificios impositivos a los contribuyentes, ni nuevos descuentos en los sueldos de los empleados.

“El pueblo británico —termina diciendo— es lento para darse cuenta del peligro y remiso para variar sus hábitos aun cuando la necesidad de un cambio salte a la vista, pero tiene en cambio una suprema virtud. Déjesele pensar que el país está en peligro y no habrá sacrificio de comodidad, de dinero, de salud y hasta de vida que no esté dispuesto a hacer. Cuando en 1931 se nos presentaron dificultades, los sacrificios que pedimos a nuestro pueblo fueron sobrellevados con coraje y con resignación. La

verdadera recompensa está en que ellos han salvado a la nación.”

Esto mismo pediría igualmente yo a mis conciudadanos: ponernos de nuevo en la situación angustiosa del año 32, analizar sin pasión a la que llegamos a mediados de 1933 y echar una mirada a lo que sucedía en ese tiempo en el resto del mundo.

En el año 1932, mientras en otras partes el desequilibrio cuantioso del presupuesto era un hecho normal, aquí en pocos meses habíamos transformado, mediante difíciles economías, un déficit que parecía inevitable en una situación de casi equilibrio, y esto después del resultado de los ejercicios de 1929, 1930 y 1931, cuyos saldos desfavorables fueron de 248, 342 y 152 millones de pesos.

En 1933 se repite la hazaña, no obstante los 96 millones de reducción dispuesta por el Congreso en el cálculo de recursos.

En pocos meses, además del año 32, se habían puesto al día los sueldos de la Administración y los pagos de comercio sin que esa situación volviera otra vez a presentarse.

Habíamos pasado también lo peor de la depresión mundial sin que en nuestro país tuviese que lamentarse el pánico proveniente de un cierre de puertas bancario.

Y finalmente: mientras en casi la totalidad de los países del mundo, sin exceptuar los más destacados, la suspensión de pagos de la deuda era un hecho general que debía lamentarse, aquí por lo menos, en este rincón de nuestra América, existía un pequeño país que podía levantar bien alta su frente para decir que había hecho el honor a su firma en condiciones difíciles.

Con lo que dejo expuesto espero haber satisfecho los propósitos de la invitación del Colegio Libre de Estudios Superiores explicando la acción financiera del actual gobierno en los primeros 17 meses de su gestión.